

CARAS Y CARETAS

EN EL MEJOR DE LOS MUNDOS



ESTO
ES LO DIFICIL
Ese pedacito de cara, quita el sueño a muchas mujeres. Los puntos negros lo invaden todo; pero desaparecen con Heno de Pravia. Hecho con finos aceites, posee la pureza y la eficacia necesarias.
Masaje diario, suave y lento, con espuma hecha con agua muy caliente, renovándola según se enfríe. Enjúguese sin aclarar: los puntos negros saldrán con una ligera presión. Aclárese con agua casi helada, para cerrar los poros. Así se mantendrá ese «pedacito difícil» tan igual y tan terso como sus mejillas.
Heno de Pravia
JABON HENO DE PRAVIA
$ 0,70
EN LA CAPITAL FEDERAL
PERFUMERIA
GAL
MADRID BUENOS AIRES
Para limpiar los dientes suavemente, desinfectar y perfumar la boca, Pasta Dens (tubo, $ 1,35). Para baño y fricciones, y para perfumar el pañuelo, la finísima Agua de Colonia Flores del Campo (Floralia).



Las últimas piezas del moblaje habían sido llevadas a los carros de mudanza, precedidas por los grandes cajones en los que las expertas manos del viejo embalaron la vajilla de loza y los artículos de vidrio, colocándolos aparentemente en desorden, pero, en realidad, con tal arte que ni un solo plato llegaría roto. En las habitaciones vacías que propagaban el eco no quedaban más que pajas, trozos de papeles, frascos de remedios y algunos objetos viejos que no valía la pena

llevar. La esposa del inquilino que cambiaba de casa recorrió por última vez los cuartos, seguida por el viejo encargado de mudanzas.

Detrás de la puerta de uno de los dormitorios colgaban los restos de una chaqueta de cuartel adquirida, durante la guerra, en la proveeduría militar de Basra y degradada sucesivamente al aprendizaje del golf y luego a los trabajos de jardinería.

—¿Ya no le sirve al patrón? — preguntó el anciano. — ¿No? En ese caso me la quedaré, si la señora lo permite. ¿Y estos botines viejos tampoco? ¿Y esto?... — y mostraba una bolsa de palos de golf, sin correas y tan excesivamente usada que ya no toleraba compostura.

La inglesa sonrió:

—¿Qué piensa hacer con eso?

—¡Oh, algún día servirá para algo! — replicó el viejo con un ademán vago. Luego saludó con una respetuosa reverencia, a la que respondió su clienta con leve inclinación de cabeza y Giovanni Valdarno, marchese del Ferice, el mejor encargado de mudanzas de Valparaíso, se retiró llevándose los restos grotescos.

Es un marqués auténtico, de apellido brillante en muchas páginas de historia de las que él tiene una idea vaga y confusa. Su estirpe se extiende en línea ininterrumpida durante siglos. Los Valdarno se sentaron a la diestra de reyes y contribuyeron a elegir pontífices. Pero él alienta vagamente la certidumbre de que ninguno de esa ilustre multitud de antepasados fué capaz de embalar loza como don Giovanni; en este punto, por lo menos, es el más grande de todos.

Su padre fué un noble tarambana de una fibra moral poco apreciable y cuya única característica memorable parece haber sido una extraordinaria aptitud para adherirse siempre al partido perdedor en aquellos tiempos en que todos los habitantes de Italia debían pronunciarse por un partido o por otro. El marchese Giuseppe no era un partidario fogoso, de aquellos que sacrifican todo por una causa; sostuvo varias y aparentemente lo único que pidió a cada partido fué que fracasara. Se adhirió, con igual imparcialidad, a Garibaldi, a los franceses y a los austríacos. Su falta de tino político lo obligó por fin a abandonar Italia sin otra cosa que su título y por largo tiempo este recluta del gran ejército de los "nobili decaduti" llevó una existencia sumamente precaria. La educación de un Valdarno no incluía ninguna aptitud que pudiese ser aplicada a ganarse el pan de cada día. En el curso de los años fué a parar a Valparaíso y encontró albergue bajo el techo del Hotel Inglés, que aun existe, deslucido anacronismo, a un costado de la Plaza Sotomayor. No se instaló precisamente en los departamentos de lujo sino en la buhardilla, casi tocando los tirantes del techo, y su principal ocupación consistía en lustrar botines. Era un "mozo".

En aquel entonces Valparaíso era un lugar muy remoto, remanso en que paraban toda clase de restos humanos llevados a la deriva por el destino. El Canal de Panamá y el Ferrocarril Trasandino se encontraban a medio siglo en el futuro y la ciudad distaba de ser, lo que es hoy, un cenit sudamericano lleno de "Babbits" con nombres exóticos. Allí, en aquellos tiempos, nadie preguntaba lo que uno había sido en otro hemisferio; por lo contrario, demostrar interés por el pasado de una persona se consideraba la forma más desagradable de la falta de tacto. Sin duda, el marqués se creyó en el último escalón de la categoría social — y así era, en efecto, — y en su postrada situación buscó cualquier consuelo a su alcance. Entre la servidumbre del Hotel Inglés se contaba una linda camarera cuya sangre araucana parecía tener un tinte, muy leve por lo demás, de la de los Conquistadores. Era una de esas mujeres que parecen nacidas para cuidar maternalmente un patito inválido o algo así, y encontró su destino en ese extraviado vástago de los Valdarno. Se casaron en debida forma y fuéronse a vivir en un rancho de adobe de dos cuartos, rodeado de altos geranios y de la pintoresca suciedad de un suburbio indolatino, que se extendía en la falda del cerro frente al puerto. La "marchesa" se dedicó al lavado y el "marchese" abandonó la tarea de lustrar botines y desde entonces y por el resto de su vida no se ocupó, que se sepa, en ningún otro trabajo. Se pasaba el tiempo sentado a la sombra del rancho, fumando toscanos — esos ásperos cigarros italianos atravesados de punta a punta por una paja — cuando podía conseguirlos, y contemplando el mar, interminablemente, con vaga mirada. Quizás entreveía el naufragio de una nave otrora majestuosa.

Su hijo, único vástago de esa unión, vivió la niñez ordinaria de los chicuelos de los barrios míseros, revolcándose en el piso del rancho o persiguiendo, medio erguido en sus piernitas vacilantes, las gallinas que con entera libertad entraban en la vivienda. En aquella época apenas se comenzaba en la América del Sur la educación para la plebe y su madre creyó sin duda que el niño había realizado algo superior aprendiendo a leer y escribir, cosa que ella no había conseguido. No se sabe cuáles eran los pensamientos del padre, pero, probablemente, es más piadoso no profundizar este punto. Llegado el muchacho a la adolescencia, entró de mozo de servicio en casa de una familia para la cual lavaba su madre. Difícil saber en qué época despertó en él su talento latente para la mudanza de mobiaje. Es, en este respecto, una institución y como tal parece haber funcionado desde el principio de las cosas. Durante treinta y cinco años, por lo menos, se ha dedicado a ese oficio en que no tiene igual. Verdadero mago en tal arte, sólo a él recurren los ingleses para quienes no es cosa extraordinaria un traslado de casa a seiscientas o mil millas de distancia. El hombre acomodará los lares y penates en un vagón de diez toneladas de los ferrocarriles del Estado, se encaramará sobre ellos como un gallo viejo y los entregará intactos después de un viaje de cuatro días hasta Concepción, en el sur, proeza meritoria si se tiene en cuenta que el hurto ha llegado a ser por allá un arte ex-

Todos conocen su estirpe noble, pero sus compañeros la consideran con una indiferencia demasiado rara en una democracia. Lo llaman, breve y afectuosamente, Carne Seca. Se explica el sobrenombre pues es un viejecito enjuto y arrugado que quizá fué también en su juventud un mozo enjuto y arrugado, pero de esto hace tanto tiempo que ya nadie lo recuerda. Siempre pareció viejo, pero nunca más viejo. Quizás la asociación constante con canastos y paja evoca la idea de una gallina en relación con su persona magra y sus ojillos nictitantes. Su manía es la de coleccionar chucherías insignificantes. Nada le agrada más que juntar residuos de mudanzas domésticas, pero escrupulosamente pide siempre permiso para llevárselos, por más faltos de valor que sean. Nadie sabe para qué usa esa extraordinaria colección.

No tiene hijos, pero se ha casado dos veces. Su primera experiencia matrimonial fué harto vulgar; en cambio, la segunda adquirió caracteres románticos. Como lo han descubierto los escritores modernos, el hombre de edad madura es el héroe ideal de la aventura sentimental. Todo el barrio se interesó por el noviazgo de Carne Seca. Su prometida era una costurera, veinte años menor que él. Distaba bastante de ser bella, según el juicio del mundo, pero, como se sabe, el amor es ciego y por otra parte, el marqués solía ser corto de vista. La cortejó durante mucho tiempo. La joven era más bien esquiva y no parecía impresionada por el incentivo de la riqueza del pretendiente, que todos creían no desdeñable, pues era un hombrecillo frugal y, evidentemente, del tipo de los que ahorran. Por fin el hombre estrechó el cerco. Dábase cuenta de que no era un mozo e hizo lo posible para remediar los estragos del tiempo: un buen día se presentó luciendo una dentadura postiza nueva y esos molares espléndidos subyugaron definitivamente el corazón de la dama. Se casaron y el día de las bodas celebróse en el rancho del novio una fiesta que comentó todo el barrio. La orquesta, que consistía de un músico con una mandolina, tocó sin cesar toda la noche, un aire de dos notas infinitamente repetidas y los invitados bailaron la cueca hasta que el sol del nuevo día los sorprendió mareados y exhaustos, pero felices.

Sucedió eso hace muchos años y ya no hay una disparidad de edad ostensible entre el "marchese" y su consorte. Esta se considera una mujer dichosa, y con razón. Su "viejo" es en cierto modo un hombre público y no tiene ninguno de los defectos de los maridos de sus vecinas. Su única debilidad, que a menudo la preocupa, es esa costumbre de llevar a casa tantos trastos que ya llenan el rancho y le dan un aspecto de cambalache. Sólo una vez le dió un disgusto, pero gracias a la Virgen bendita la cosa pasó para siempre y él no ha vuelto a mostrar síntomas de repetir la calaverada.

La culpa la tuvo el sombrero de copa.

El marqués acababa de embalar los muebles de un alto funcionario del Banco Anglo Sud Americano que se trasladaba a otra ciudad para ponerse al frente de una sucursal. Este señor, que debía asistir con frecuencia a casamientos y funerales, poseía un sombrero de copa, pero nunca se le había ocurrido comprar una sombrerera para el transporte del mismo. Su esposa le recordó esta necesidad día tras día durante una quincena antes de la partida y cuanto más se la recordaba, tanto más impacientemente recibía la advertencia y tanto más inevitablemente olvidaba el asunto. Y el caso fué que, ya vacía la casa y cargados los carros, quedaba el sombrero de copa en el suelo del dormitorio principal.

—¡Qué lástima! — exclamó la señora. — Y ahora, ¿qué haremos con esto?

Pocas cosas más susceptibles de echarse a perder que un sombrero de copa. Ahí estaba, en el suelo, inmaculado y reluciente, sólidamente respetable y a la vez patético en su fragilidad. El viaje debía ser hecho por mar y el marqués no acompañaba el moblaje hasta su destino. De lo contrario, habría resuelto al instante el problema del transporte del sombrero de copa. Poseía el orgullo de su oficio y se habría encargado de llevar cuidadosamente un canario, una planta fina en una maceta, o cualquier forma de "impedimenta" humana, de un niño de pecho para abajo.

—El patrón puede llevarlo puesto — sugirió. La señora percibió fugazmente la visión de su marido con sombrero de copa mientras lo transportaban en un bote a remo desde la rada de Antofagasta.

—Me parece que no. Sería incómodo — replicó, reprimiendo su emoción. — Tendremos que dejarlo.

Los ojillos del viejo brillaron de contento.

—En ese caso, ¿me permitirá la señora que me quede con él? — preguntó con amable tono.

—Sí, sí — asintió la señora. — ¡Lléveselo! El sombrero es bueno.

El sombrero era bueno. La "marchesa" misma, que por lo común refunfuñaba al ver aparecer a su marido con alguno de sus gajes profesionales, tuvo que reconocerlo, si bien no atinó a decidir para qué podía servir. Nadie, en el barrio, llevaba un "tarro de unto", según su expresión. Su marido se lo probó delante de un espejo tan descascarado de mercurio que un cliente lo había abandonado. Y vióse las facciones, aunque un tanto indecisas, transfiguradas por ese soberbio aditamento. Era una cara de inconfundible expresión aristocrática. En ese instante el virus penetró en sus venas.

—¡Por Dios! — exclamó, mirándose en una y otra postura.

—¿Qué pasa? — preguntó su esposa, que cuidaba el puchero puesto a cocer en un brasero.

—Que me queda bien — replicó el marqués, pavoneándose.

—Eres un tonto, Juan — observó apaciblemente la marquesa. — Siéntate a la mesa. Ya está la comida.

Pero los pensamientos del marqués continuaron desarrollándose como fuego bajo cenizas. Guardó el sombrero en lugar seguro y de tiempo en tiempo, cuando se hallaba solo, se lo probaba una vez más. Con una banda de papel colocada debajo del filete le sentaba perfectamente. Y poco a poco, el viejo se sentía imbuído cada vez más por la conciencia de su nobleza potencial. Su mujer notó que le pasaba algo raro, pero no sospechó la verdad. Se le presentó inesperada e impresionante.

—Pancha — le dijo una noche, durante la cena, el "mudador", — ¿sabes que soy de sangre noble?

—¡Claro, viejo! — replicó su mujer, sirviéndose otra cucharada de sopa de algas y soplándola vivamente. — Todo el mundo sabe que eres marqués.

El hombre asintió con un movimento de cabeza.

—Los Valdarno son gente muy importante en Italia — continuó. — Me encontré una vez con un marinero de un barco italiano. El hombre era de Novieto, que es la ciudad de los Valdarno, y me contó casos muy interesantes.

La "marchesa" del Ferice siguió soplando su sopa.

—Nunca he tenido noticias de mis parientes de Italia — dijo el viejo con cierto acento de tristeza.

—No es nada raro — observó su mujer. — Ellos tampoco han tenido noticas tuyas.

—Es verdad. Quizás no me he portado con el debido respeto y están disgustados conmigo. Pero haré que las cosas cambien.

—¿Cómo? — Y su mujer lo miró con sincero interés.

—Tengo la intención de ir a visitar a mis parientes, — replicó el marqués con tono deliberadamente despreocupado. — Al fin y al cabo, no estamos del todo mal. ¿Por qué no hemos de ocupar la posición que nos corresponde? Tal vez podamos ir a vivir en Italia.

Su esposa se alarmó:

—¿Qué dices? ¿A tu edad hacer un viaje a tontas y a locas? ¡Estás loco!

Y no dudó de que el juicio del viejo empezaba a padecer de debilidad senil. No era psicoanalista: ¿cómo iba a adivinar los complejos íntimos que habían sido estimulados y puestos en actividad por la influencia sutil y siniestra de ese sombrero de felpa?

—¿Qué iremos a hacer en Italia? Gente como nosotros, nacidos y criados en Chile...

Formuló todas las objeciones posibles, sin resultado. La imaginación del simple encargado de mudanzas, dormida durante muchos años, había despertado de repente. Sólo Dios sabe qué visiones desvariadas ocupaban su espíritu ingenuo e inculto y cuán era su idea de una familia italiana noble. Probablemente, algo al estilo de Alicia en el País de las Maravillas. Pero era obstinado en su propósito, con esa sorda terquedad de los viejos. Y salió con la suya, ante la estupefacción de los vecinos.

En su debido tiempo el marchese del Ferice atravesaba los campos umbríos en el pesado ambiente de un coche de tercera clase que siguiendo la ribera del Tíber rodaba hacia el norte. Entre las chozas de piedra se extendía el trigo, de poco más de un pie de alto y salpicado por las manchas rojas de as amapolas. El tren resoplaba y jadeaba entre huertos de árboles frutales con vides colgadas de tronco a tronco. A lo lejos divisábanse las montañas, manchadas de viñedos y olivares y tenuemente neblinosas bajo el cálido sol italiano.

El marchese contemplaba el paisaje con la sonrisa de un niño satisfecho. En el largo viaje hubo incidentes que casi lo inclinaron a arrepentirse de su empresa, en particular tres días de viento huracanado en medio del Atlántico durante los cuales el barco se convirtió en una especie de cascada oscilante. De buena gana el viejo habría cambiado entonces toda su parentela nóble por unos cuantos metros de tierra firme. Pero todo eso pasó. Pasó y quedó olvidado ante las magníficas impresiones de la Ciudad Eterna. ¡Roma! ¡Qué ciudad, Dios mío! El marqués no había imaginado nunca algo semejante. Por supuesto, siempre se había considerado un hombre de la ciudad y tenía a Valparaíso por una ciudad más o menos lo mismo que cualquiera otra del mundo. Roma fué algo inesperado y asombroso, pero a través de sus emociones el viejo experimentó una sensación de orgullo. Esa era una gran nacion en cuyos anales su apellido representaba algo.

El tren se detuvo en la estación de Novieto y el anciano descendió dificultosamente. Novieto no era, por cierto, una localidad favorable para los constructores del ferrocarril. Fué construída en épocas en que cuanto más difícil era el acceso a una población, tanto más tranquilos vivían sus habitantes. Se levanta en un despeñadero, casa sobre casa en un racimo que culmina con la masa imponente del Duomo. Lo único que puede hacer el ferrocarril es dejarlo a uno al pie de la cuesta. El marchese del Ferice echó a andar con su valija de mano hasta la plazuela llena de sol que se extendía frente a la estación y en su estropeado italiano llamó a un cochero.

El conductor de la "vettura" invitó ceremoniosamente al pasajero a subir al vehículo a la vez que dirigía un guiño burlón a los otros cocheros. En aquellos días de turistas ingleses y norteamericanos extravagantemente vestidos, se necesitaba mucho para llamar la atención de un cochero italiano. Sin embargo, el marqués era un tipo notable. Llevaba puesto — un tanto desmejorado por las vicisitudes del viaje — el ominoso sombrero de felpa del gerente de banco, causa originaria de la aventura. El resto de su vestimenta era también de etiqueta y aunque no había contribuído para ella el nido de urraca del rancho de Valparaíso, parecía a primera vista de esa procedencia. Un chaqué, hecho para un hombre de mayor estatura, le palmoteaba las flacas pantorrillas y una pechera postiza intentaba a cada momento con terca rebeldía salir de los confines del chaleco. Su nariz larga y huesuda, sus facciones pálidas e insignificantes, los mechones de cabello rígido, antaño color de paja y ahora blancos, los ojillos que pestañeaban al sol al mirar en actitud de miopía, todo se combinaba para darle cierta semejanza con un ave vieja y en muda de plumas.

Llegado al "albergo" almorzó substancial pero frugalmente con "macaroni" y vino tinto y luego se encaminó en busca del solar de sus mayores. Dejó la valija en la posada. Sin duda no tardaría en instalarse bajo el techo ancestral pero creyó más correcto efectuar primero una visita formal al jefe de la familia. Recorría pausadamente las calles empinadas y tortuosas. Anhelante por conocer su herencia experimentaba sin embargo un extraño placer en postergar el momento, ahora que se hallaba tan cerca de la meta de su largo viaje. Esa era su ciudad, la ciudad de los Valdarno, y entonces, caminando entre cosas y sonidos que no le eran familiares tuvo quizás la hora más feliz de su ilusión. Sentíase un "señor", un soberano de incógnito. ¿Qué diría toda esa buena gente de las calles si conociera su nombre y su rango?

Era día de mercado en Novieto y en la "piazza" los aldeanos habían instalado debajo de parasoles verdes innumerables puestos de venta de legumbres. Este espectáculo no llamó la atención del viejo: era como en Chile; pero la vasta y penumbrosa Catedral, mucho más rica y de ornamentación más complicada que los templos de su país, lo atrajo de verdad y permaneció largo rato en actitud admirativa delante de la imagen de pesado manto de San Pedro, que con una mano tendida y los dedos cargados de joyas parecía un vendedor de objetos de similor convertido en piedra. Pero entretanto transcurría el tiempo; convenía apresurarse. Con bastante dificultad en el acento, el anciano preguntó por el camino para ir al Palazzo Valdarno.

El palacio era un edificio cuadrado, de aspecto macizo, con entrada al nivel de la calle, grandes columnas de relieve en la fachada y pesados "cornicione". Sobre la doble puerta tachonada de grandes cabezas de clavos, aparecía, casi borrada por el tiempo, la divisa de la familia: un escudo complicado, de mucho cuarteles. Por primera vez un asomo de desaliento asaltó el corazón del "marchese": el palacio Valdarno era tan friamente formidable... Lo contempló un rato dudando, como un niño el primer día que va a entrar en la escuela. No se decidía a

llamar. Sentíase a la vez importante e insignificante. Por fin cruzó la calle y se acercó al portero.

Este último lo recibió con indiferencia que pronto se trocó en sorpresa al leer la tarjeta que el "marchese" había hecho imprimir en Roma, precisamente para esa ocasión. "¡Dio mio!" Giovanni Valdarno, marchese del Ferice. El portero se rascó con el índice la mejilla regordeta mientras miraba alternativamente la tarjeta y el pintoresco personaje que tenía delante sonriendo ingenuamente. El hombre había pasado toda su vida al servicio de la familia y estaba seguro de conocer todas sus ramificaciones. ¿Quién había visto alguna vez un marqués con ese tipo? Sin embargo, no le correspondía a él juzgar y por otra parte el visitante presentaba el mejor de los pasaportes para esa entrada: la inconfundible nariz de los Valdarno. Llamó, con el timbre, a un lacayo.

El "marchese" siguió a este funcionario de esplendorosa librea ya bastante empañada. Cruzó así un vestíbulo y subió luego por una carmomida escalera de mármol. ¡Esta sí que era una casa! Muchas conocía él, por razones de su oficio, pero jamás había visto una que se le pareciera. El criado lo condujo a través de media docena de salones sombríos siguiendo una larga faja de alfombra tendida sobre el pavimento de mármol. Por fin le dijo:

—Tenga la bondad de aguardar aquí, Excelencia.

La cara del viejo se iluminó. ¡Excelencia!, ¿eh? ¡Eso era algo! Hizo una señal de asentimiento.

—Diga al señor que acabo de llegar de la América del Sur — dijo en su execrable italiano y se dispuso a examinar las magnificencias que lo rodeaban.

Otra persona de espíritu fríamente crítico habría opinado que el tono de ese ambiente era demasiado presuntuoso. En un extremo del salón se levantaba un estrado y un dosel recamado con el escudo de la familia pero harto ofendido por la polilla; junto a las paredes se alineaban sillas de respaldo vertical y tapizadas en damasco descolorido; grandes espejos en pesados marcos antiguos tallados en piedra reflejaban gran parte del pavimento de mármol y flotaba el olor de humedad de las habitaciones que rara vez se abren. Nada menos hospitalario; pero la mirada ilusionada del anciano teñía todo de color rosa. Era más magnífico de lo que había imaginado. Resonaron pasos en el corredor, las puertas fueron abiertas de par en par y un señor alto, delgado, vestido de riguroso negro, entró en el salón.

Don Lotario Valdarno, príncipe de Valdarno — tenía treinta o cuarenta títulos más — era un noble italiano a la antigua. Las cosas están cambiando en Italia, como en otras partes, y en los miembros de la aristocracia hay una tendencia creciente a dedicarse a los negocios, es decir, a competir con el vulgo. Pero don Lotario era irreductible y se aferraba todavía a la vieja tradición de que un noble sólo puede adquirir riqueza dignamente mediante el matrimonio y éste con una persona de su mismo rango. Los Valdarno y otras familias nobles vivían cambiándose, como quien dice, ajuares matrimoniales y así durante generaciones. Se sacrificaban para proveer las dotes hasta que un nuevo matrimonio reparaba en parte las mermas de fortuna. En consecuencia, se empobrecían lamentablemente. El príncipe Valdarno vivía en decorosa pobreza en Novieto la mayor parte del año y por cierto que era la suya una existencia tediosa. Cuanto más pobre tanto más detestaba la moderna insolencia de la plebe que no se conformaba con permanecer en el lugar que le correspondía. Jamás se le ocurrió adoptar una medida práctica para remediar el mal, limitando su desaprobación a un silencioso desprecio. A su juicio, cumplía su obligación con el mundo siendo el príncipe Valdarno y era asunto del mundo atender debidamente sus necesidades, pero por desgracia descuidaba este deber con una impiedad cada vez mayor.

Recibió la tarjeta de su pariente con viva satisfacción. La identidad del visitante no era un misterio para él. Cien años son poca cosa en Italia y el padre del "marchese" era todavía un escándalo familiar que se recordaba como reciente. El príncipe tenía muy presente en la memoria el episodio del hermano menor de su padre: vióse envuelto en angustiosas dificultades en el tiempo de la guerra, fué exilado y no se supo nada más de él. ¿Conque se había trasladado a América? Muy bien. En América todo el mundo era fabulosamente rico. Sin duda esa persona, el hijo de su tío, era un hombre de cuantiosa fortuna. Una oleada de satisfacción meció el corazón del príncipe Valdarno. Se apresuró a trasladarse de sus habitaciones privadas al "piano nobile" para dar la bienvenida al pariente recién llegado.

Colmado de lisonjeras esperanzas entró en el salón con paso inusitadamente ágil. Pero se detuvo de pronto. ¿Qué era eso? Miraba, sin dar crédito a sus ojos, al individuo que tenía delante. Con decepción creciente, veía un viejecito grotesco, de párpados enrojecidos, de dentadura postiza mal ajustada. El visitante, que se inclinaba y sonreía con extremada afabilidad, tenía en la mano un sombrero de felpa de pelo erizado y revuelto como el plumaje de un pato al viento, y de ese sombrero sobresalían indecentemente bandas de papel doblado. Bajo el fondo irónico del escudo de los Valdarno en el dosel se destacaban, absurdos, el chaqué desmesurado del viejo "mudador", la pechera postiza (que había elegido ese momento crítico para librarse una vez más de la custodia del chaleco), y los pantalones abolsados. Sin duda era uno de esos americanos llenos de rarezas: un excéntrico, evidentemente. El príncipe, poseído por el asombro, olvidó sus refinados modales. Mudo, miraba con prolongada fijeza, alta la prominente nariz patricia.

El "marchese" del Ferice, desconcertado por tan frígido recibimiento, cesó de sonreír, se turbó. La cosa se ponía difícil, por Dios. Sin embargo, recobróse con un esfuerzo y avanzando, tendió la mano, a la vez que tartamudeaba un saludo en el italiano más vil.

El príncipe Valdarno apartó por fin de la cara del visitante la mirada hipnotizada para dirigirla maquinalmente a la mano tendida que emergía del holgado refugio de la manga. Y su sorpresa se trocó en una indignación reprimida. ¡No era ésa la mano de un Valdarno! Callosa, hinchada, con una retícula de suciedad, en nada, absolutamente en nada se parecía a sus propias manos blancas, alargadas, de uñas marfileñas y puntiagudas. Había algunos miembros jóvenes de la familia cuya conducta reprobaba el príncipe pero ninguno de ellos se habría atrevido a una afrenta semejante. Era ésa la mano de

un jornalero, una mano indecente para presentarla al príncipe Valdarno en su propio palacio. La indignación le quitaba el aliento.

Con un esfuerzo recobró el dominio de sí. Volvióse hacia el lacayo que aguardaba y le ordenó secamente:

—¡Haga salir a este hombre! ¡Es un impostor!

Y salió del salón, sin volver la cabeza.

Pocas semanas después un viejecito tomó el funicular que corre a un costado del Palacio de Justicia para subir al cerro que domina las aguas azules de la bahía de Valparaíso. Vestía todavía de chaqué pero llevaba un sombrero de paja, nuevo y reluciente; el primer sombrero que el "marchese" había comprado en muchos años. Por lo general contaba con su oficio para proveerse de prendas de vestir. La mujer guardabarrera lo saludó sonriendo:

—¿Cómo le va, don Juan? ¡Tanto tiempo que no lo he visto!

En la esquina de la calle San Enrique se encontró con un carro cargado de muebles. El conductor y el peón lo acogieron con respetuosa efusión: muchas veces les había proporcionado trabajo. La noticia de la llegada lo había precedido en el barrio. En cada puerta veía una cara amiga. Los chicuelos le gritaban "¡Carne Seca!" y echaban a correr, como de costumbre, pero esta vez el viejo no los amenazaba.

Se detuvo a la puerta de su rancho y por un momento se quedó contemplando con ojos parpadeantes la escena familiar. Allí, de los tirantes, colgaba su colección: ropas viejas, correas, bastones rotos, adornos, marcos. Recordaba perfectamente dónde había obtenido cada una de esas cosas. Le halagó el olfato el olor hogareño del ajo y del humo del carbón de leña. Un botón carmesí comenzaba a abrirse en el rosal plantado en una lata de querosén herrumbrosa; una gallina, tan conocida para él como su misma mujer, cruzó el umbral. Una onda de emoción vaga pero profunda apretó la garganta del "marchese".

Su mujer se atareaba junto al brasero, como de costumbre. No lo había visto llegar.

—¡Pancha! — exclamó con voz ahogada.

La mujer se sobresaltó.

—¡Mire! ¡Es el viejo! ¡Caramba! ¡Qué sorpresa! — corrió a su encuentro, entre exclamaciones de contento. Le tomó la valija y lo hizo entrar. — ¡Cuánto tiempo desde que te fuiste! Vinieron muchos clientes preguntando cuándo volverías. "¿Cómo vamos a hacer para mudarnos — decían — si no está don Juan?"

—¿Eso decían? — preguntó el viejo sonriendo halagado.

—¡Por supuesto! Te aseguro que te sobrará trabajo. ¿Y cómo encontraste a tu familia noble?

El "marchese" se sentó pesadamente. Sentíase muy cansado.

—Todo magnífico... muy magnífico — dijo. — Pero, Pancha: uno tiene su hogar donde lo quieren...

—¡Claro! Siéntate a la mesa. Ya está la comida.

El "marchese" acercó la silla a la mesa. Una dicha apacible saturaba su alma. Se le había pasado la locura.

L. I. CRAWFORD

DIBUJO DE CABALLÉ

LA VOZ MAGICA

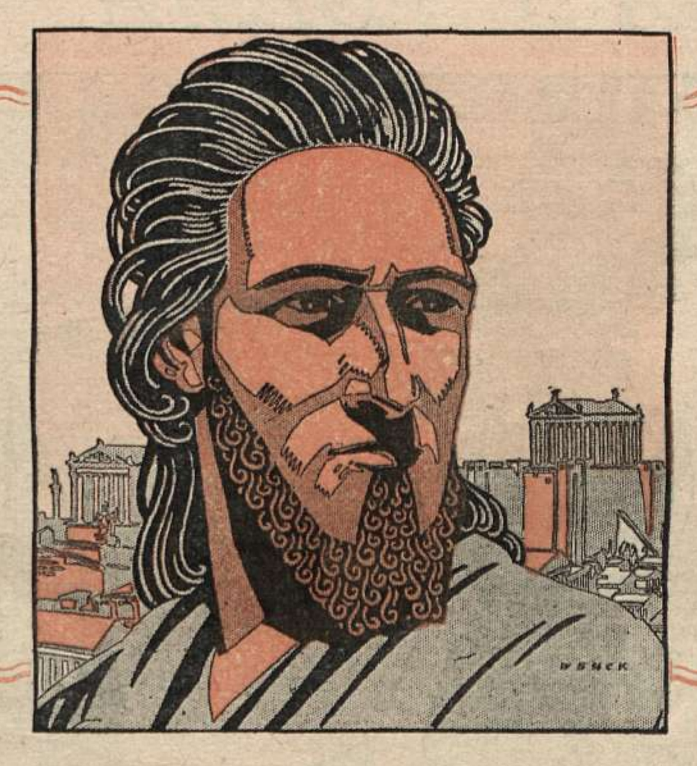
Por OSCAR CARRANZA

¡Qué magia tiene esa voz
que hace dormir a los niños!
Cuando me paré a escucharla,
la hería un sollozo fino,
y, al sol de la siesta, el pueblo
vibraba en el doble ritmo.

Poco a poco la voz mágica
triunfó con suave dominio,
y poco a poco su música
acalló al recién nacido;
y hacia la calle soleada
salió un silencio infinito,
salió un silencio de madre
cándido en sueños de niño,
y, al sol de la siesta, el pueblo
guardó en secreto sus ruidos.

Y yo me fuí muy despacio,
andando en mí aquel camino
que me llevaba al recuerdo
de un cuarto fresco en estío,
donde aun canta la voz mágica
que hizo dormir a otros niños.

Oscar Carranza



Flavio Josefo, historiador y guerrero, disfruta de otra fama en la historia. La de ser uno de los grandes afortunados, uno de los favoritos, a los cuales la suerte, en trágico sorteo, le salvó la vida y le despejó el porvenir. Sus obras son famosas, pero su limpieza en el juego ha despertado siempre agudas sospechas entre los historiadores y la continuará despertando mientras se recuerde el sugestivo episodio que a continuación relatamos.

JOSEFO, UN GRAN TRAMPOSO DE LA ANTIGÜEDAD

Nació en Jerusalén, en el año 37 de la era cristiana. Sus padres pertenecían a la nobleza, a la estirpe sacerdotal. Desde niño manifestó mucho talento, gran penetración y una extraordinaria agudeza en los juegos. A los catorce años, era tanta su sabiduría que los pontífices no desdeñaban su compañía. Los fariseos se apresuraron a hacerle ingresar en su secta; pero él se afanó, también, en conocer a los hombres y, en particular, a los de baja estofa, jugadores y bandoleros, de todos los cuales aprendió esas artes que se ha dado en llamar malas. Efectuó un viaje a Roma y, naturalmente, se perfeccionó tanto en lo uno como en lo otro, sirviéndole de mucho, para lo segundo, un cómico judío, favorito de Nerón y muy estimado en las casas de juego de la Suburra. Cuando Flavio Josefo regresó a su patria bien pudo jactarse de haber aprovechado el tiempo que estuvo en la capital del mundo.

En Judea le confirieron el mando de algunas tropas, con las que se distinguió en algunas acciones contra Tito y Vespasiano. Pero, los romanos, si bien es verdad que le habían enseñado mucho, no lo habían enterado de todo. De esta manera, en muchos puntos de ciencia militar, los conocimientos de Josefo sólo estaban a la altura de los de un mediocre decurión, razón por la cual, en lo más fuerte de su campaña, vióse precisado a encerrarse con cuarenta de sus más valientes soldados en una cueva. Vespasiano, que era su rival y que, además, era un guerrero que sabía apreciar el tiempo en lo que el tiempo vale, para no demorarse más ante la entrada de aquella cueva, le propuso a Josefo una rendición honorable, dejándole todos sus títulos y caudales. Josefo se apresuró a aceptar; pero, tras él estaban sus soldados. Los soldados judíos sabían perfectamente que, en cuanto al jefe, los romanos cumplirían con lo prometido; mas no ignoraban que, en lo referente a ellos, lo que les aguardaba era la más dolorosa esclavitud. E hicieron lo que correspondía: lo amenazaron de muerte a Josefo, en el caso probable de que su sentido práctico triunfara. La situación se complicó verdaderamente Los soldados enloquecieron y, en pleno pánico, decidieron matarse unos a otros. Fué el momento aprovechado por el jefe. Hombre de palabra fácil, logró disuadirlos del terrible proyecto apelando al recurso de que aquello de suicidarse equivalía a una cobardía y que lo mejor era recibir la muerte de mano ajena. Echaron suertes para saber quién sería el primero que había de morir a manos del que le siguiese; y, Josefo, que fué el celoso director del sorteo, tuvo la fortuna de que no le fallaran las malas artes que aprendiera en las tabernas griegas del Aventino. Quedó último y, con una dádiva, convenció al que le precedía sobre las ventajas de entregarse a los romanos. Vespasiano le concedió la vida a ruegos de Tito, que lo conocía y apreciaba, llevándolo consigo al sitio de Jerusalén; pero, con unos deseos locos de darle su merecido a aquel favorito de la más trágica de las suertes. La compañía de Josefo no dejó de serle útil al guerrero romano. Hizo cuanto pudo para persuadir a sus conciudadanos que se entregasen. Pero fué en vano. Los defensores de Jerusalén no eran tan dóciles como los cuarenta soldados de la caverna. Los romanos pasaron como pasaban, pasan y pasarán los vencedores sobre los pueblos derrotados. En el séquito de ellos iba Josefo y con ellos llegó a Roma y recibió los más grandes honores. En Roma vivió y trabajó mucho. Escribió varios tratados históricos y no olvidó, de vez en cuando, las visitas a aquellas escuelas de la pillería donde aprendió tanto o más que en las doctas academias, con cuyo saber no hubiera logrado salvar su vida en el angustioso trance de la cueva, que fué sepulcro de treinta y ocho de sus compañeros de juego.

Falleció en el año 102 de nuestra era.

E. SUANERO

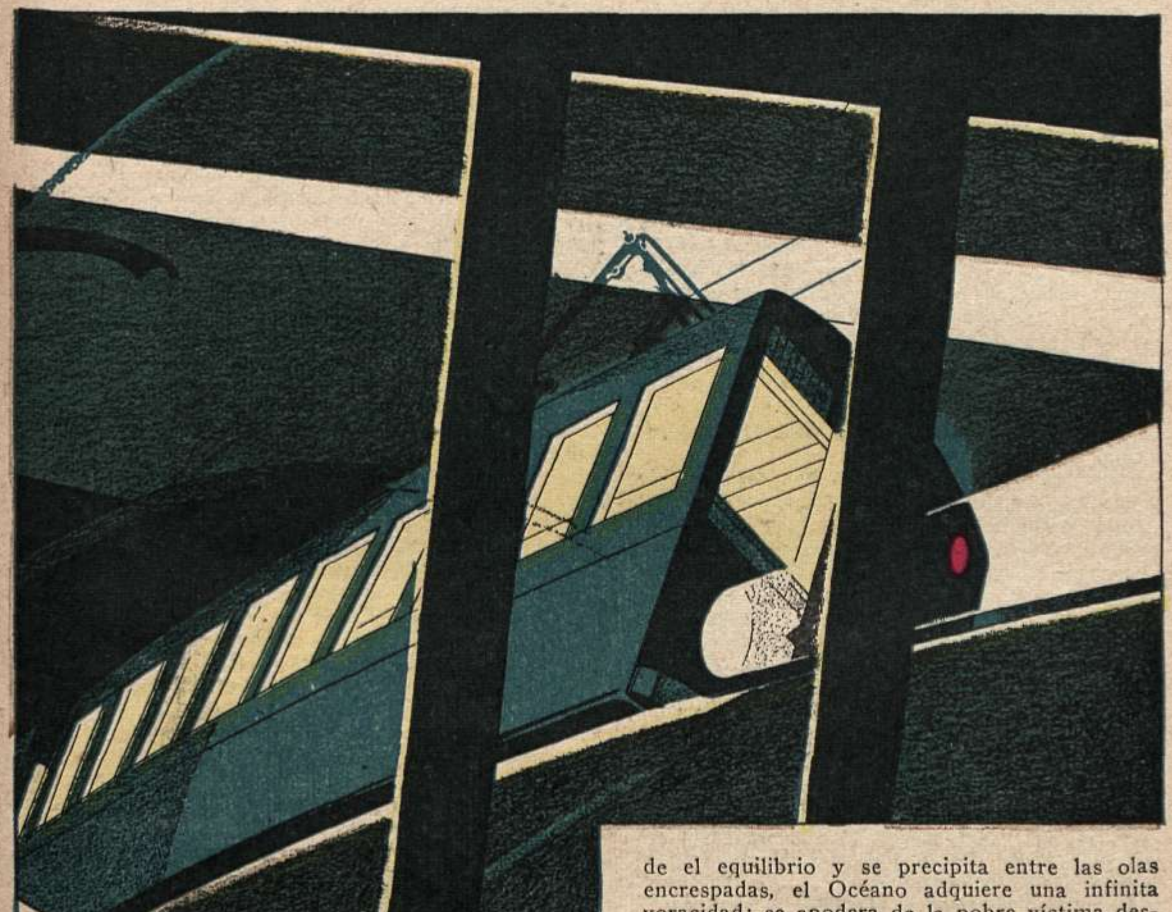
DRAMA Y POEMA DE



Por JOSE Ma. SALAVERRIA

La calle es la imagen de la publicidad, y sin embargo está llena de secretos y ocultaciones. El sol la ilumina de día con una claridad cegadora, por la noche la alumbran poderosas lámparas eléctricas, y sin embargo, la más hermética obscuridad reina en su atmósfera vibrante de rumores. Cien mil personas podrán cruzar la calle en una jornada; cien mil personas que hablan a gritos, que discuten y gesticulan, que se abrazan y se sonríen, que se transmiten sus saludos y sus afanes; sobre la muchedumbre que va y viene, sin embargo, parece flotar la soledad y el vacío. ¿A dónde se dirige esa mujer del paso precipitado? Podemos apresarla como un sujeto de experimentación. Una persona entre cien mil. La gran capital moderna no tiene ningún parecido con el desierto; en el desierto no existe defensa contra el ataque de las bestias feroces ni contra el terror y la melancolía, mien-

LA GRAN CIUDAD



tras ahí, en torno a esa mujer que pasa, la civilización ha acumulado cuantos inventos pueden imaginarse para defender la vida y hacerla más grata y fácil. Guardias armados protegen a los transeúntes. Leyes prudentísimas, encuadernadas y conservadas en palacios severos, aguardan vigilantes el grito del desvalido, del atropellado o del humillado para acudir a ampararlo. Y la civilización de mecánica y electricidad llega a tan prodigioso extremo, que basta apretar unos botones, unos timbres, para que las mayores maravillas sean consumadas repentinamente. Con un toque de timbre acudirá al momento un servidor con todo lo necesario para aplacar la sed o el hambre. Con otro toque de timbre responderá a nuestra voz de auxilio una voz desde el confín del mundo. Con sólo oprimir un botón se movilizará inmediatamente un equipo de bomberos o un pelotón de policías. La prontitud en el servicio y la defensa, en la protección y la vigilancia es lo que hace sublime este máximo esfuerzo cerebral, admirable e irreprochable civilización que todo lo ha previsto.

¿Lo ha previsto todo? ¿También la suerte de las almas rotas? Cuando un navegante pierde el equilibrio y se precipita entre las olas encrespadas, el Océano adquiere una infinita voracidad; se apodera de la pobre víctima descuidada y la engulle con una monstruosa avidez; pero antes de sumirla en su fondo irreparable le consiente que flote por un momento en la cresta espumosa, que gesticule frente al cielo impasible, que grite clamores de inútil desesperación en la ensordecedora trompetería de las olas y el huracán. El buque se aleja con todas sus luminarias brillantes, con todos sus aparatos previsores y todas sus molicies. El náufrago es en vano que clame al cielo, a los hombres y a la ciencia. Nadie le escucha y tiene que perecer. En el último instante de su horrorosa tragedia se halla como el alma absolutamente sola que interpela al Universo. Sola y caída, indefensa y desahuciada ante la Vida que marcha y huye. Así va esa mujer por la calle cargada de rumores. En medio de la muchedumbre pasajera se encuentra mucho más solitaria que el viajero que ha perdido el rumbo en el desierto. Cien mil personas pueden envolverla, estrujarla, rozarla con su piel, trasmitirle el calor y el olor de sus cuerpos; las siente latir a su lado, y ninguna, sin embargo, será capaz de comunicarle el verdadero calor que necesita. ¡Hombre al agua! Pero en este caso no hay nadie que profiera la gran voz de alarma. Nadie se entera cuando cae un náufrago. Las cien mil personas que cruzan por la calle parecen criaturas de un sueño; son como fantasmas que algún ser remoto y alucinado hiciera transitar ciega y automáticamente; tienen oídos y no oyen, tienen ojos y no ven. Sólo pueden ver y oír el mundo que se alberga

dentro de cada uno de ellos, porque alguien que parece alucinado les ha transmitido a ellos también la tremenda alucinación de su egoísmo.

Cualquiera se figuraría que esa mujer tiene un sitio determinado adonde ir; que en alguna parte le espera algún ser amigo o algún refugio de paz. Su paso es acompasado, su dirección es derecha; parece que se dirige a algún lado fijo. Pero de pronto se siente perdida en una esquina. Una esquina la ha desenmascarado. Cuando es necesario decidirse por una dirección, por la derecha o por la izquierda, entonces se averigua que en realidad no tiene adónde ir. Es lo mismo que marche por un lado que por otro, pues no va a ninguna parte. Dobla la esquina y sigue marchando con su andar acelerado y recto. En la próxima esquina volverá probablemente a detenerse en la acera como un humano signo de interrogación. Ahora, por lo pronto, se ha parado ante la boca de acceso del ferrocarril subterráneo. En la boca del "Metro" titubea un instante, como resistiéndose a una última determinación. Al fin se decide, y la sima profunda se apodera de ella rápidamente y la engulle. Ha desaparecido.

¿Por qué los desesperados han desistido de utilizar los viaductos, las pistolas, los venenos como trampolín para el último y verdadero salto mortal? Todos eligen ahora el tren subterráneo. El túnel sombrío que conduce al mismo centro de la muerte. ¿Quién de esos que se apresuran por los corredores, que desembocan corriendo en los andenes será el predestinado? ¿Quién de esos que cruzan a mi lado será el que se precipite bajo las ruedas? El juego detectivesco de la pesquisa quisiera señalar a éste, a aquél entre los que pasan, porque llevan marcada la señal de la predestinación. Pero pronto acude la triste verdad a desengañarnos. Nosotros no podemos nada contra la fatalidad. Ningún acto tuyo podrá nunca desviar la mano inflexible y misteriosa del destino. El suicida predestinado se halla por ahí, acaso en ese tumulto de gente aglomerada que se empuja por los pasadizos y las escaleras; tal vez pase a tu lado y tú no lo distingues. Va conducido por la mano de la fatalidad, y hagas lo que hagas él llegará a su fin dramático.

Nuestra civilización sabe manejar a maravilla estas mutaciones de escenografía desconcertante. En la profundidad del "Metro" es como si nos trasladásemos repentinamente a un mundo imaginario. Allí la atmósfera adquiere un temple y un sentido artificial, con un olor extraño, con una temperatura incalificable. De un silencio expectante se pasa a un temblor pavoroso del tren que se aproxima en la tiniebla del túnel y estalla luego en voces de empleados imperiosos y en el rumor vocinglero de la multitud apresurada, que sale como de un buque que hace agua y huye por las escalas de salvamento atropelladamente. El golpetazo automático de las portezuelas al cerrarse pone fin al alboroto, y otra vez el convoy vuelve a colarse por la angostura sinuosa del túnel, como un nuevo Caronte encargado de conducir almas muertas a los infiernos. Ese es el momento que eligen los suicidas. Un grito llena la especie de catacumba imaginaria: un grito lacerante, y todo se ha hecho irreparable; cuando huye el tren por la tiniebla del túnel sinuoso, se lleva un muerto consigo y deja detrás un cuerpo machacado.

¡Cuántas veces nos hemos parado en el andén, ilusos pesquisidores, a contemplar el convoy vertiginoso que conduce su cargamento de almas contradictorias! Vidas en suspenso, colgando de los garfios de la incertidumbre. Cuando emerjan a la superficie de la calle, volverán de nuevo a ocupar su sitio en la escena del teatro social a cielo abierto; mientras tanto, ahora se aglomeran en el vagón subterráneo como existencias paralizadas sobre las cuales puede trabajar la fantasía a su capricho. Unas vienen del dolor y marchan derechas hacia otro dolor; otras van espoleadas por el hambre; otras caminan por la cuerda floja de la frivolidad; otras han pedido al amor lo que acaso el amor no puede dar. Por las bocas de salvamento de las estaciones irán escapándose las vidas que en el vagón se han paralizado, libres y salvas otra vez. Alguna, sin embargo, se quedará allí dentro. Alguna que no ha podido superar la violencia de su drama interior. Lamentable náufrago bajo las ruedas inexorables del tren.

¿Se ha quedado allí, sobre los rieles ensangrentados, aquella mujer que perseguíamos? No se ha escuchado ningún grito; no ha resonado el clamor de la multitud conmovida y horrorizada. Los trenes llegan y van con su automatismo reglamentario. ¿En qué vagón desconocido se ha alejado, perdida para siempre, la mujer de ojos que miraban hacia dentro, hacia su tragedia interior? El subterráneo pulpo de cien tentáculos la habrá arrebatado a quién sabe qué profundidades incógnitas, a qué reconditeces de desesperación. Ya no queda nada. Bajo la tierra como sobre el pavimento de las calles, la vida oculta sus heces trágicas en un universal y tácito disimulo. El ademán de la vida se mantiene en reserva, como si nada estuviese pasando debajo de los cráneos y dentro de los corazones. Nada. Los cuerpos están cubiertos con vestidos y los rostros se velan con gestos impasibles o distraídos. Pero si fuera posible de pronto abrir en canal a todas las personas que transitan, no sería el espectáculo de las entrañas palpitantes lo que más espantaría, sino la revelación de las tragedias que se ocultaban en los cerebros y los corazones.

¡Arriba! ¡Hacia la luz!... Por las escaleras del ferrocarril metropolitano salimos todos precipitadamente, escapando de las tinieblas dudosas y de los ruidos extraños, huyendo de ese tropel de conjeturas siniestras que pululan allí dentro. Las escaleras por donde se descuelgan los suicidas de mirada alucinada. ¡Arriba en busca de la salvación! La calle a cielo abierto ha sido recuperada. ¿Pero posee menos conjeturas de horror y desesperación la calle luminosa y estrepitosa? La espiral de la muchedumbre transeúnte nos apresa y arrastra, y otra vez sentimos cerca el vaho y el latir de los seres desconocidos que nunca alcanzaremos a adivinar. ¿En qué repliegues de la muchedumbre se habrá sumergido aquella mujer que tenía el rostro sellado con la marca de la fatalidad? Daríamos cualquier cosa por descubrirla, por interrogarla, por conocer la llaga y el abismo de su vida quebrada. Pero el océano de la calle es ininteligible. Las olas ruedan y se suceden con la constancia despistadora de las olas en el mar. Cien mil personas pasarán ante nuestros ojos y todas nos parecerán iguales e inútiles. Aquella, sin embargo, no era igual a las demás ni era indiferente. ¡Perdida! La gran ciudad la habrá engullido en su fondo vertiginoso, mientras alrededor nuestro, en la perplejidad del no saber "adónde" ni "por qué", se insinúa sigilosamente el misterio.

José Mª Salaverría

Madrid, marzo de 1934.

DIBUJO DE ALVAREZ



Consecuencias

Por ALEC VAUGH

Sobre la alta meseta verde de una isla del Pacífico oriental, voló trinando un pájaro de plumas brillantes: un joven "canaco", sentado con las piernas cruzadas a la puerta de su cabaña de "attar", tomó bien pronto la flecha y el arco. El arma aguda y ágil describió en el cielo una elegante trayectoria. El canto del pájaro se hizo más penetrante, sus alas palpitaron febrilmente y cayó por fin sobre el terreno limpio con un ruido sordo, como el de un coco.

El "canaco", satisfecho, tomó el peso al pájaro muerto: lo menos diez bocados, y las plumas amarillas y verdes de la cola substituirían ventajosamente al ramillete de helechos que él llevaba en la base de los riñones ligado con la cuerdita que le sujetaba el "pareu". El joven efectuó diestramente la substitución. Luego, en la noche fresca, emprendió la marcha y atravesó la villa bamboleándose orgullosamente y exhibiéndose como un pavo real.

Desde atrás de la empalizada del barrio de las mujeres, en la rica cabaña de Koko, una muchacha lo observaba, fascinada por la alegre mancha de color sobre la lisa piel color de ébano. ¡Cómo se hinchaban los músculos de aquel largo espinazo; cómo era de fuerte y de alto aquel joven! ¡Ah! ¡Tener un marido como ése, en vez de compartir con otras cinco mujeres los favores del viejo jefe encanecido y rugoso a quien la había vendido su familia por el precio de siete cerdos!

Prisionera dentro de aquel cerco, trabajar todo el día, cocinar y entretejer canastas y esteras; ser ultrajada y odiada por las otras mujeres: no era vida aquella para una joven. Nunca una diversión, nunca un baile, nada. Y todo porque Koko poseía muchos cerdos, para comprarse las mujeres de toda una villa. ¡Ah! ¡Si un joven como aquél, con plumas amarillas y verdes, hubiese tenido los siete cerdos que su padre exigía por ella! ¡Pero no los tenía! Ningún joven los tenía. ¡No era justo!

—Pronto seré vieja — pensaba la joven "canaca". — Pronto tendré quince años. Dentro de un año o dos, un hombre como ése no me mirará siquiera. Debo irme — resolvió de pronto — antes de que sea demasiado tarde. Huiré esta noche, esta misma noche, sí. Regresaré a mi pueblo, con los míos...

◆

Su regreso no fué por cierto festejado. En el pueblo habían experimentado ya bastantes disgustos a causa de las mujeres descontentas. Primero Juria, luego Matea, ahora ésta. Y Koko no se conformaría tan fácilmente como los maridos de las dos primeras. Koko era rico, poderoso. Una guerra entre los dos pueblos parecía inevitable. Murmurando, los ancianos se reunieron en consejo.

Era necesario dar una lección a las jóvenes mujeres descontentas.

—Mandémosla de nuevo con Koko — propuso uno de los viejos. — La acogida que le hará su dueño quitará a todas las mujeres de nuestro pueblo el deseo de faltar al juramento de sus propios padres.

Pero la familia de la culpable sostenía una táctica distinta.

—Aun permitiéndole que se quede, podremos estar seguros que estos casos no se repetirán — argumentaban. — Demos un bando; proclamemos: "Por una vez, pase; pero que no ocurra más".

—¿Y bastará la lección?

—Bastará: así será más eficaz — volvió a la carga la familia. — El miedo a lo desconocido obrará más seguramente que un castigo conocido. Si nuestras hijas no saben qué castigo espera a las mujeres infieles, el terror las invadirá.

Y decidieron entonces, con satisfacción por parte de los viejos: "Quede la mujer; anúnciese el bando; mándense centinelas; avísese a los guerreros. Estamos en guerra".

◆

La guerra en el Pacífico oriental es un hecho demasiado frecuente y demasiado vulgar para intranquilizar a los europeos responsables de la paz en la isla. Cuando las noticias de las primeras hostilidades desarrolladas sobre la colina llegaron a la costa donde surgían los "bungalows" de los blancos, el residente francés estaba ebrio.

—Iré la semana próxima — anunció sin apresurarse.

Su ayudante de campo, que era joven y aventurero, se atrevió a rebatir diciendo que volver a ir él era peligroso y que disminuiría el prestigio de la república.

—Déjeme ir a mí.

Pero el residente sacudió la cabeza.

—Si le sucediera cualquier desgracia, en París me harían a mí responsable.

—No me ocurrirán desgracias — respondió el ayudante de campo, que deseaba gozar de una fiesta indígena sin la presencia agobiadora de su superior. — Déjeme ir. Pondré las cosas en claro. Sé cuál es mi deber.

—Haga como quiera — replicó el residente, demasiado ebrio para seguir discutiendo.

El ayudante de campo, que conocía la fórmula, al llegar al lugar convocó a los representantes de las familias interesadas.

—¿Qué ocurre? — preguntó.

Los amigos de Koko dijeron:

—Por la muchacha fueron pagados siete cerdos. Debe volver con su marido.

Dijeron los amigos de la mujer:

—Koko maltrataba a su mujer. No se la restituiremos.

—Entonces, restituiréis los siete cerdos que os pagamos — rebatieron los hombres de Koko.

El ayudante de campo comprendió que la discusión hubiera sido interminable. Fué a sentarse a la sombra de una cabaña y dejó que los interesados se pusieran de acuerdo entre ellos; en cuanto a él, mató el tiempo discurriendo con los ancianos neutrales y sorbiendo "kava" en una copa nunca vacía: "kava", la bebida que hace doblegar las rodillas dejando claro el cerebro.

Mientras tanto, habían comenzado los preparativos para la fiesta con que debía celebrarse la paz.

Eran las catorce. Al caer la tarde, los litigantes no habían llegado todavía a un acuerdo. El olor de la carne asada y de las especias de la sopa indígena se difundía por la comarca. El sol se iba poniendo: estaba cercana la hora fresca y fragante de la noche. Los viejos, con los ojos lúcidos, esperaban delante de las cabañas; las muchachas entrelazaban flores para adornarse con ellas los cabellos; los guerreros, con los tambores entre las rodillas, estaban sentados esperando la señal de la paz acordada, para batir con palmas y dedos la llamada al banquete.

Por décima vez, el embajador del ayudante de campo preguntó a los litigantes si habían llegado a una decisión.

—No, todavía no — respondieron.

Pero se hacía tarde y el embajador les advirtió. La carne iba a estar demasiado cocinada y el perfume del "yam" y del "taro" iba a diluirse. El honor de la familia es una bella, una noble cosa, pero ¿es motivo suficiente para que un hombre sabio se pierda un banquete?

Imperiosamente una alta figura obscura se puso en pie:

—Basta de discursos — ordenó. — Que la muchacha permanezca con los suyos. A Koko le serán devueltos cuatro cerdos. Quien se oponga, hable, mientras yo cuento hasta veinte. Uno, dos, tres...

Su voz sonó clara y resuelta. Una boca se abrió para protestar, pero, como en el olor de la carne asada se había insinuado, hacía un instante, un lejano indicio de quemada... la boca se cerró a prisa.

—Diecinueve... veinte.

El consejo dejó escapar un grito armónico. La guerra había sido conjurada.

La paz fué celebrada a la manera tradicional del Pacífico oriental; con copas enormes de "kava"; platos de puré de "taro"; enormes pedazos de cerdo asado; con un ensordecedor concierto de tambores, con cantos y danzas de las mujeres; batiendo palmas sobre las caderas y los muslos; con coros y discursos. Por fin, el claror estático de la luna y al fulgor incierto de una docena de antorchas, se inició la competencia de los saltos, de las luchas y de los tiros de lanzas. Lanzas tras lanzas volaron, brillando en la semiobscuridad, hasta incrustarse en el cerco trazado en el tronco de un árbol.

El ayudante de campo, con las piernas poco seguras, pero con la mente clara, avanzó, tambaleando, hacia el blanco. No había visto nunca atletas tan ágiles y expertos. Para demostrar cuánto apreciaba la bravura de aquéllos, se apoyaría en el tronco, ofreciéndose como blanco de las lanzas. No tenía miedo, así diseñarían el contorno de su cuerpo sobre la corteza del árbol.

Ilusionados, los guerreros iniciaron la delicada tarea. La primera lanza voló y se incrustó en la madera, temblando, a un centímetro del hombro derecho del ayudante de campo. Fué alcanzada pronto por la segunda y por la tersera lanza. El reía cada vez que una lanza alcanzaba el signo. Se divertía locamente. ¡Pensar en aquel pobre residente borracho y solo en la costa! Otro guerrero levantaba entretanto otran lanza: él lo distinguía en todos los detalles: el brillo de sus dientes cándidos; el blanco madreperla de la esclerótica, la masa crespa y bruñida de los cabellos, el gran brazo impulsado hacia atrás, el brillo de la luna sobre

la lanza. De pronto sus piernas se debilitaron más aún; sintió caerse, intentó erguirse sin lograrlo y quedó arrodillado. Sus miembros empezaron a temblar. "Maldito "kava", pensó, mientras oscilaba hacia adelante. Luego tambaleó de lado, lentamente, y recibía la pesada lanza en plena garganta.

◆

El residente francés estaba esmaltando la espada cuando le llegó la noticia de la muerte del ayudante de campo. "¡Pobre muchacho!", fué el primer pensamiento. El segundo fué: "¿Qué figura haré en este asunto?"

Reflexionó largamente y llegó a la conclusión de que era necesario absolutamente ocultar la verdad. Dos vías de salvación se presentaron a su mente; explicar enteramente el episodio como un error fatal; una lanza habría alcanzado por casualidad al ayudante de campo durante una gira de inspección por las colinas. O bien exagerar la cosa: decir que había estallado una revuelta en el "bush"; que la costa estaba en peligro, la residencia y la misión asediadas. Y reclamar el pronto envío de socorros armados.

La segunda solución le pareció la mejor. Podría salir de ella, con un poco de habilidad, hasta una promoción en su favor.

— Pida auxilios por radio — ordenó a su secretario. — Concentre en la residencia a todos los funcionarios blancos: todos los plantadores y los negociantes a las misiones. El pueblo está en asedio

◆

El radio anunciador de que una rebelión indígena había estallado en el Pacífico oriental, fué recogido por un corsario inglés en el golfo de Carpentaria; por un escuadrón francés en Saigón; por un acorazado norteamericano en aguas de las Filipinas. Este acorazado era el que estaba más cerca de la isla; su comandante era un hombre poseído de una gran fiebre de acción. Desde hacía seis meses navegaba por las aguas de los trópicos; su hígado estaba envenenado por la inacción; su sangre, por el alcohol. Pasarían fácilmente otros seis meses antes de su próxima licencia: y un año de soledad es mucho para una mujer joven. El recordaba con rabia el rápido relámpago que había iluminado los ojos de Elsie al conocer el nuevo destino de su marido: el Extremo Oriente en vez de Panamá. Un año en vez de seis meses. La memoria de aquella fría belleza que él había tenido, pero que no había sido suya nunca, cruzó locamente el cerebro del comandante. Elsie estaba lejos y libre de él. Un deseo irresistible de acción le quemaba las venas. Y ordenó que la proa fuese puesta al sudeste.

Alta y verde, la isla surgía del Pacífico azul: parecía muy feliz y tranquila. No fué necesario hacer sonar la sirena: antes de que el acorazado arrojase el ancla, un barco se había separado de la costa. Una vez a bordo, el residente explicó volublemente al oficial norteamericano los peligros de la situación. El comandante escuchó mientras observaba atentamente el rostro del francés. No creía una palabra de aquel complicado relato, pero no tenía ninguna intención de traicionarlo. Se limitó a batir la mano sobre el hombro de su interlocutor y a ordenar que le trajeran un cuarto de "rye".

— Ha hecho usted muy bien — declaró. — Mandaré a las autoridades, a París, un informe muy favorable. Y ahora tomaremos las medidar más eficaces para garantizar el restablecimiento del orden. Ante todo, bombardearé el lugar donde ha ocurrido el incidente; luego haré desembarcar un puñado de hombres con el encargo de pacificar el interior. Voy a dar las órdenes.

Impartió, en efecto, órdenes muy explícitas:

— Aquí no hay ningún desorden y no quiero que sean provocados. Dispare una docena de cañonazos mirando muy alto, de modo que los proyectiles vayan a caer en la laguna, en la otra orilla. Luego haga desembarcar veinte hombres. Los indígenas tomarán los cañonazos como un saludo y es fácil que preparen una fiesta. Que los muchachos se diviertan también. Pero, ¡cuidado con hacer un pastel!

Todo se desarrolló según el plan trazado. Los indígenas, enorgullecidos por el saludo de los cañones, que tomaron como honores fúnebres tributados al ayudante de campo, prepararon un banquete oportunamente suntuoso. Y los veinte marineros norteamericanos, cuando llegaron a la colina después de dos horas de marcha, sudorosos, sedientos, cansados, aprovecharon de la bienvenida "canaca" como lo hubieran hecho marinos que no han tocado tierra durante quince semanas.

El comandante norteamericano mandó a Wáshington y a París informes extremadamente laudatorios del coraje y de la habilidad del residente francés, quien, a su vez, explicó a su ministerio y al almirantazgo norteamericano cómo la pronta intervención del comandante había salvado la vida y el honor de la residencia entera.

Dos semanas después, cuando el comandante pidió un mes de licencia por razones "estrechamente personales", sus superiores, en vista del espíritu de iniciativa y del coraje por él demostrados en aquella circunstancia, no tuvieron corazón para negársela.

El telegrama anunciador del regreso del oficial fué abierto por su mujer en Atlantic City en el instante en que se esforzaba por resistir a las apasionadas insistencias de su amigo, que le suplicaba huir con él inmediatamente. Elsie estaba enamoradísima de aquel joven; de su marido, en cambio, no había estado enamorada nunca. Pero no veía por qué debía de alterar su bien ordenada existencia, por qué abandonarse abiertamente a una emoción que tal vez no iba a ser eterna. Su marido iba a permanecer ausente al menos durante otros seis meses. Si al término de aquellos seis meses la vida sin él le parecía intolerable, podría reflexionar en la posibilidad de una fuga. Pero ahora...

La noticia del inesperado retorno de su marido alteró completamente la situación. Vuelto su marido, su libertad terminaba. No podría ya ver libremente a su joven y enamorado amigo.

"Diré que sí, si insiste con suficiente vehemencia", pensó.

Y se dejó convencer.

Entonces, la mujer del comandante no era solamente una mujer práctica; era también orgullosa. Entre otras cosas, se preocupó de no dejarle al marido ni siquiera una cuenta pendiente. Y halló, si bien con dificultad, la manera de renunciar a un costoso vestido que su modista le estaba por terminar.

Su carta le llegó a la modista precisamente en el momento en que ésta le daba la última puntada al vestido, y fué un verdadero golpe para la pobre mujer. Esta no tenía una casa instalada: trabajaba privadamente para pocas clientas fieles y comprendió que tendría que deshacerse del vestido que le había quedado entre sus brazos, vendiéndolo a alguna de las grandes casas de moda a un precio inferior al costo. ¡Y tanto trabajo que le había costado! Contempló tristemente la falda de satén color rosa té.

También una de las maniquíes contemplaba el vestido con deseo mal contenido. Si tuviese un vestido como aquél, aunque fuera por pocas horas, podría causarle una impresión definitiva al hermoso inglés que encontraba en los baños todas las mañanas, y que la había invitado a cenar alguna noche.

En la playa, en traje de baño, la pequeña modelo no había tenido nada que envidiar a las grandes damas que vivían en los palacios suntuosos de la costa. Era ágil y armoniosa; tenía grandes ojos luminosos. El inglés estaba visiblemente enamorado de ella: nadaba largamente con ella, la alcanzaba sobre el flotador; charlaban juntos durante horas. El tenía una agradable sonrisa afectuosa, honesta. Y la muchacha habría sido tan feliz de ser para él algo más que una aventura estival... "Podría inducirlo a lo que yo deseo, si tuviera un vestido como aquel", pensaba, mirando la "toilette" rosa que representaba para ella tanto, y que pertenecía probablemente a una mujer que tenía ya un guardarropa riquísimo.

—¿Para quién es ese vestido? — preguntó por fin.

La modista movió los hombros, resignada.

—¡Quién sabe! La señora que lo había ordenado, no lo quiere más. Posiblemente lo venderemos en conjunto con otros rezagos, a fines de estación.

—¡Ah, si me lo dejara llevar una sola vez!

La mujer de cabellos grises miró con indiferencia a la muchacha:

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Me han invitado...

—Si realmente te agrada...

—¿Puedo llevarlo? ¿De veras?

—Pero, sí.

◆

El hermoso inglés que había estrechado relaciones con la modelo en la playa, estaba sentado en la escalinata de un albergue, golpeando con la punta de su bastoncito sobre sus zapatos de goma. Era un gran alivio para él estar de incógnito, una vez siquiera, libre de su título y de su dinero. Era divertido y agradable huir con una muchacha de la cual no conocía ni su origen ni su estado patrimonial: una mujer simplemente joven, bella y simpática.

¡Su amiga de la playa era tan fresca, tan alegre e independiente! Una agradable compañera, una amiga leal. Poder tener siempre cerca a alguien como ella... Poder tener una mujer así... Era ya tiempo de elegir mujer: no se podía jugar eternamente con las mujeres. Su propiedad en el Lincolnshire, fuente de su riqueza, estaba esperando desde hacía mucho tiempo el ojo vigilante del patrón. Le agradaría instalarse en aquella gran casa antigua, en medio de aquel paisaje noble y sereno, con una mujer joven... Pero una muchacha como su amiga de la playa, tal vez no se adaptaría a un cuadro tan majestuoso. Ambos pertenecían a dos mundos distintos. La muchacha desentonaría. Los trajes, los discursos, los amigos de ella, él se los imaginaba de tal manera que formarían un profundo contraste con la antigua residencia. Y todo esto le importaba mucho a quien, como él, tenía un gran nombre, deberes y responsabilidad.

De pronto, se sintió muy solo. ¡Era tan linda, su joven amiga! "¡Ah, si no fuera un par de Inglaterra!", pensó.

—¿Le he hecho esperar mucho? — preguntó a su espalda una voz fresca.

El se dió vuelta y permaneció sin hablar delante de una exquisita aparición blanca y rubia, que estaba con una "toilette" rosa té infinitamente simple y elegante.

"No puede ser verdad lo que veo", pensó, extraviado. "Esta no es la muchacha con la cual me baño en la playa."

"No puede ser verdad", continuó repitiendo mientras la comida seguía su curso y luego mientras bailaban en el "roof-terrace" del albergue. "Esta muchacha no desentona, en efecto, en mi ambiente", siguió reflexionando. "Está en su puesto aquí, como en la orilla del mar. Y tendrá la misma gracia espontánea y distinguida con un traje "tailleur", o de amazona, a la grupa de uno de mis caballos, así como en el puesto de honor en la gran mesa de Buchan Castle..."

Valía la pena probar. Aquel era el romance de su vida: el romance que se encuentra una vez sola, idéntico al sueño. La miró larga, tiernamente:

—Vuelvo a Inglaterra dentro de tres días — dijo por fin. — ¿Estarías contenta de venir conmigo?

—¿Yo?

—Naturalmente, nos casaremos antes.

◆

Un mes después, en un gran dormitorio que se abría entre prados verdes y árboles centenarios, la joven mujer se ocupaba en ordenar sus vestidos en un gran armario de nogal macizo. Había muchos vestidos en aquel armario, pero sus manos se detuvieron a acariciar uno: un vestido de noche, de satén rosa té.

—¡No estaría aquí sin ti! — murmuró la joven mujer. — ¡A ti te debo todo!

Pero su felicidad la debía a un incidente mucho más remoto.

Su presencia en aquella rica mansión, en calidad [illegible] a de un par, la debía al regreso de un [illegible] la marina norteamericana a una casa vacía; a la promoción de un f[illegible] francés, borrachón; a los funerales d[illegible] ayudante de campo; a la resolución de una muchacha "canaca" de gozar su romance antes de ser vieja, y a un pájaro de plumas brillantes que había volado cantando, en una tarde de sol, sobre una isla verde del Pacífico oriental.

◆ ALEC VAUGH ◆



CASTIGO DE DIOSES

Por MARIA VICTORIA ELIZALDE

Casandra, joven princesa de Troya, hija ilustre de Príamo y Hécuba, paseaba un día por las arenosas costas del Helesponto. Un sol ardiente brillaba con todo su esplendor y el céfiro suave, tibio, acariciaba la naturaleza. Casandra frente a tan soberbio espectáculo, sonreía bella y feliz, entregada a la dicha de esa vida que todo le brindaba.

Paso sobre paso, fué aproximándose a la orilla. El mar, los dominios soberbios del gran Neptuno, fueron siempre de su predilección y ese día, vestido de verde vivo y recamado en oro por los fuegos solares, produjeron en ella más pasión que nunca por la gloria de existir.

En eso, un grupo de figuras gentiles emergió del agua. Casandra quedó mirando, mas pronto las conoció:

—¡Las Oceánidas! — dijo.

—Ellas somos — repuso una, — las hijas del gran Océano. Pero marchamos, una larga excursión nos aguarda.

—Esperad, ¿a dónde vais? — se apresuró a interponer Casandra con su inquietud en acecho.

—Lejos — respondió nuevamente la de antes. — Vamos a llevar la ofrenda de nuestra amistad al titán Prometeo que sufre encadenado a una roca por designio de Zeus.

La joven que ya antes tuviera trato con seres ultraterrenos se decidió de inmediato.

—¡Os acompaño! También yo podré hacer llegar hasta él una palabra de consuelo y aliviar en algo su desventura. ¿Me lleváis?

—Muy gustosas; serás portadora del recuerdo de los mortales a quien Prometeo tanto favoreció.

Las Oceánidas dieron a Casandra un velo hecho con hilos de plata y escamas, y envuelta en él pudo sumergirse conjuntamente con sus compañeras.

Así hendieron las ondas sosegadas, salpicadas por el polvo de cristal que las aguas producían a su paso. El mundo marino se abrió ante los ojos ansiosos de Casandra: magníficos delfines, tritones soberbios, ninfas blancas y las ne-

reidas más bellas. Todo en tropel al árbitro caprichoso de las olas saladas, fué visto, admirado y luego... dejado atrás.

Pronto, sin embargo, se divisó la roca. Negra y erizada salpicaba de tragedia el panorama, efecto que aumentaban los gritos estridentes del titán, en confusa mezcla con las aguas que violentas se estrellaban en la piedra.

—¡Oh, Zeus, no triunfarás! ¡Se aniquilará tu poder! Aunque triunfes ahora en el Olimpo, no eres omnipotente y caerás — rugía el coloso en lucha feroz con sus cadenas.

Las Oceánidas quedaron espantadas. Ese espectáculo de violencia entre dioses, era un abismo de potencias que anonadaba. Ellas, dulces por condición y más aún por la misión que las llevaba, se aproximaron blandamente:

—Prometeo, titán fuerte, las Oceánidas admiramos tu valor y respetamos tu potencia. Esta situación es efecto de un poder superior que equilibra el Universo y no hay menoscabo a tu dignidad.

Tal declaración aunque piadosa y sincera no sirvió de gran consuelo al castigado.

Casandra habló a su vez:

—Prometeo, amigo de los hombres, tus males pronto verán su fin...

Mas mientras así decía, su rostro cambió de expresión, los ojos perdieron el poder de fijación en elementos exteriores y una videncia interna absorbió sus aptitudes.

—¡Titán, cesen tus imprecaciones! La divinidad de Zeus lanzará sobre ti tremendo castigo — anunció dominada por conocimientos ocultos.

—¡Zeus, poder reductible, no te temo, pues caerás! — lanzó más alto el coloso indómito.

—Prometeo, calla, calla — suplicó Casandra.

—Mujer mortal, no tiembles. No hay poder si no es eterno.

—No obstante, te aniquilará.

Prometeo no la escuchaba, no hacía caso de sus palabras y arreciaba las imprecaciones.

Mientras Casandra desesperada de impotencia reforzaba su persuasión, un fuego ardiente, más abrasador que el rayo que veía caer, cruzó por su mente en forma de recuerdo. Revivió el momento funesto en que por faltar a un juramento de amor, mereciera el anatema de los dioses inmortales: "Verás el porvenir y lo predecirás, mas no serás creída como es tu merecido, mujer desleal y perjura", había sentenciado la justicia del Olimpo.

Casandra por primera vez desde aquel momento fatal, apreció la inmensidad de castigo que encerraba su condena. ¡Horror de horrores! Ver el mal sólo para saborearlo por anticipado y aumentarlo con las ansias desgarrantes del esfuerzo estéril.

La princesa escondiendo el rostro entre las manos sólo acertó a gemir:

—Prometeo, soy una condenada como tú.

Conjuntamente con su frase, confirmándola, un rudo estruendoso cruzó el firmamento, y un zigzag de fuego bajó de la región celeste. El rayo riguroso de Zeus cumplía su cometido.

Consumado el hecho, atrajo a la Tempestad y ésta removiendo aguas y vientos no tardó en poner a las Oceánidas camino del regreso. Casandra volvió con ellas.

Con ojos arrasados en lágrimas, pisó la tierra de su patria. De allí salió inexperta y feliz; volvía consciente y condenada. La desolación hizo presa en su ánimo.

—Patria mía, ¿si me tocará gustar acaso mi desdicha en tus esclarecidas glorias? — se preguntó con profundo dolor.

Luego, internóse en el suelo de sus antepasados.

María Victoria Elizalde

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

Eduardo Manet

Fué en una vieja casa de la calle Bonaparte, de París, (que antes se llamaba de Los Agustinos), donde nació, el 23 de enero de 1832, el pintor Eduardo Manet. Acaba de celebrarse, precisamente, el cincuentenario de la muerte de aquel artista que sufrió tantos ultrajes y desdenes durante su vida y que ahora es una de las más puras celebridades del arte. El Museo del Louvre *muestra con orgullo*, hoy, las telas de Manet. ¡Así es el mundo! Así, la posteridad, justiciera a veces, pone los valores en el lugar que les corresponde.

El célebre pintor del *Olimpia*, que hizo escándalo en 1865, sintió temprano su vocación. A los dieciséis años declaraba a su familia — espantada de tal decisión — que deseaba ser pintor.

¡Pintor! ¡Un hijo de magistrado, un sobrino de oficiales! ¡No! *Era preciso que el pequeño Eduardo* siguiera una carrera de reposo. ¡*Era necesario que fuese funcionario!* Pero justamente había en la familia un *hombre* cuyas tendencias había heredado el artista. ¡Sí! El tío Fournier, el hermano de su mamá, dibujaba y pintaba acuarelas. Y tan pronto como el tío preparaba el caballete y agarraba el lápiz, Eduardito estaba allí, encantado.

Y... "¡querían que estudiara para ser funcionario!"

¡No! Sería mas bien marino. ¿Marino? — dijo el padre — Bien — y lo acompañó al Havre un día, entregándoselo al capitán de un barco que se llamaba el "Guadalupe" y que partía para nuestra América del Sur.

El capitán se interesó por el novicio y le dió libertad. Y aquí aconteció — cuenta la historia — un hecho muy curioso. El barco traía un cargamento de quesos de Holanda, que se habían desteñido...

¿Qué hacer? Pues, el novicio, que cultivaba la pintura, era el hombre indicado para salvar el cargamento.

Manet pintó los quesos, que luego se vendieron muy bien en Río de Janeiro.



DICHO Y HECHO

Por RUBEN CASTILLO

EL SECRETO EFICAZ

Han dado comienzo los cursos en los institutos secundarios y universitarios, y, como en años anteriores, se discute la eficiencia de los docentes y el número reducido de colegios nacionales y escuelas normales. En cuanto a lo primero, todos, incluso las autoridades nacionales, saben cuál es la solución de ese problema que sigue constituyendo un déficit de nuestra cultura; en cuanto a lo segundo, nadie que no tenga elementales nociones de física ignora que el continente siempre es mayor que el contenido, ley negada, sin embargo, en la enseñanza secundaria. Desde hace un considerable número de años, los edificios destinados a esta última continúan siendo los mismos, no obstante el enorme crecimiento de la población, e, invariablemente, ese estancamiento cuantitativo es causa de inquietudes, de angustias y de desesperanzas en quienes aspiran llegar a la Universidad. Marzo y abril son meses que muchos jóvenes destinan al peregrinaje por la conquista de un asiento, meses negativos para la preparación y el aprendizaje del alumno, meses en que los espíritus en estado de formación aprenden la importancia del personaje influyente... Pero no nos quejemos: esto último, la importancia del personaje influyente, es la materia más eficaz en la vida del hombre de mañana, y si el estudiante no consigue el anhelado banco logra en cambio un secreto maravilloso.

LA PAZ

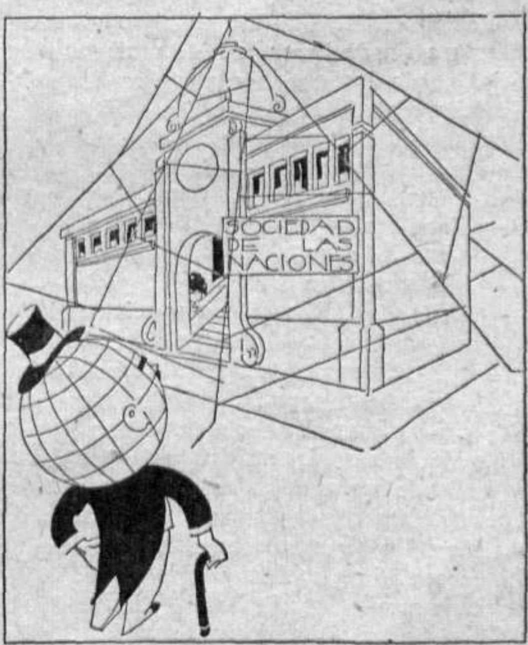
En el Paraguay existe el deseo de arribar a la paz., En Bolivia dicho deseo también se manifiesta con frecuencia. Pero la paz se muestra remisa. El último Congreso Panamericano, el A B C y la Sociedad de las Naciones han agotado los esfuerzos para el logro de la bella conquista. ¿Qué es lo que detiene a las naciones litigantes? ¿Cuestiones económicas? ¿Sentimientos de honor nacional? ¿Continúan siendo las palabras meros sonidos? ¿La dolorosa Gran Guerra no constituye un ejemplo definitivo de que después de toda contienda no existe nación vencedora? América anhela la hora de su resurgimiento, de su tranquilidad económica y espiritual; cada uno de sus hombres abriga esos afanes, pero acontece el caso curioso de que el mundo padece de sorderas colectivas en colectividades donde cada individuo oye perfectamente y es pacífico si se le considera desprendido del conjunto: la desconfianza internacional se ha transformado en temor interindividual, y ésta es la razón de tanta angustia.

Rubén Castillo



ESPAÑA

El Pueblo (después de la unificación de las izquierdas). — ¿Quién unirá mis derechas, para poder empuñar la pala?



DILEMA

El Mundo. — ¿Será mejor quitarle la tela o abandonarlo como a un trasto inútil?

Los grandes dolores las fotografías de Las tragedias

El dolor en el teatro y el dolor en la vida. — Por qué el público dramas de Echegaray. — Cómo lloraban antes las mujeres en el Catástrofes antiguas y modernas. — Diferencias. — El corazón y del pecho. — El capitán del "Monte Cervantes", don Teodoro se hunde en el Riachuelo. — Un tigre

Por JUAN JOSE

El dolor en el teatro

La tragedia teatral ha desaparecido de los teatros. El dolor ya no es un argumento que guste a los espectadores. Sófocles no podría comer de su trabajo. Viviría en Puerto Nuevo... Antigone, Electra, Ayax, Filoctetes y Edipo, levantando los brazos al cielo entre rugidos de dolor y de rabia, hacen dormir al público. ¡Qué lejos estamos de aquellos tiempos, en que hombres y mujeres cuando querían divertirse iban al teatro y pagaban entrada a fin de llorar con los protagonistas! Cuando los antiguos porteños disponíanse a oír la *Flor de un día* o *Espinas de una flor,* tomaban precauciones.

—*¿Llevas pañuelo?* — le decía el esposo a la mujer.

—*Sí.*

—*¿Uno solamente?*

—*¿Y para qué más?*

—*Lleva dos. Recuerda que el cuarto acto es todavía más fuerte que el segundo.*

El auditorio se compenetraba de los dramas escénicos con una deliciosa ingenuidad. Las mujeres de la platea, de los palcos o de la cazuela, sufrían a la par de las almas dolientes que, desde el escenario, exhalaban gritos furibundos. Más tarde, surgieron los dramones terribles de José Echegaray. Si se hubiese podido reunir en un lacrimatorio, las lágrimas que Echegaray hizo verter a los ojos encantadores de las mujeres, el diluvio universal nos parecería una simple garúa. Detrás de Echegaray, el último autor que consiguió hacer llorar fué Berisso, con "Las alas rotas". Los espectadores salían del teatro con los ojos gordos, sollozando desesperadamente. Era inútil que los automóviles y los tranvías intentasen convencerlos con su rumor mecánico, de que el telón había caído. Hombres y mujeres yendo para sus casas, comentaban los episodios trágicos del drama y al recordarlos volvían a llorar sin consuelo. Hubiérase dicho que la plañidera obra de Berisso, acababa de ser representada, no por una compañía de teatro, sino por una compañía policial de gases lacrimosos... ¿Qué sucede ahora para que las muchedumbres ya no quieran llorar en el teatro, ni en el cine? Prefieren las comedias elegantes, sobre temas suntuosos. Prefieren las películas donde los personajes sean chispeantes, divertidos, alegres, humorísticos. Hasta en las escenas de dolor les gusta que haya un chiste. Hace poco, presenciaba yo la exhibición de una cinta donde, al final, veíase un velorio. Una señorita que durante el curso de la obra, había festejado con risas de serpentina las distintas peripecias del film, lanzó una exclamación:

—*¡Pero vean, chicas, qué gracioso! Un velorio...*

Y todas se echaron a reír, elogiando la originalidad exquisita del autor.

—*¡Un velorio, chicas! Graciosísimo... Siglo XX.*

El dolor en la vida

Por qué la gente ya no sabe llorar, como antes, en el teatro?

Los pesimistas pensarán, sin duda, que el alma de los seres humanos ha su-

dramáticos a través de "Caras y Caretas" en la vida real

huye de los dramas y de las tragedias. — Sófocles sin trabajo. — Los teatro. — La opinión de Kayserlinck. — Las noticias y el dolor. — sus enfermedades. — Se vive con una bomba de dinamita dentro Dreyer. — La esposa del doctor Baltasar Brum. — Un tranvía que que llora. — Réplica a un filósofo.

DE SOIZA REILLY

frido una transformación sentimental.

— *"Ya la gente no tiene corazón"* — dice un poeta.

Por su parte, los filósofos de cervecería — como el glorioso Kayserlinck, — responden:

— *"Es posible que las multitudes modernas se hayan hecho más crueles, más insensibles, más impermeables al dolor ajeno. El hombre tendrá que volver, como todas las obras de la naturaleza, a su estado inicial, a su origen de bestia salvaje que se comía a los hijos"*...

Los filósofos son poetas que piensan en prosa. Oigámoslos con placer, con ternura maternal, pero sin creerles. Sus apotegmas filosóficos, su teorías, sus cuentos son hermosos como los senderos de un jardín que no conducen a ninguna parte. No es cierto que las almas marchen a la deriva; no es verdad que los seres humanos vuelvan hacia su origen; ni es tampoco exacto que la gente haya perdido el corazón. Al contrario. Si los espectádores huyen de los teatros dramáticos, si ya no gustan de las tragedias espeluznantes del siglo pasado, no es por falta de capacidad para sentir las angustias del prójimo. Un refinamiento sutil de los espíritus, hace que la generación actual — castigada por el hambre, las pestes, las guerras, las catástrofes — se aparte con premura de todo dolor artificial. El teatro dramático es un dolor de utilería teatral, inferior a toda realidad viviente. En otras épocas la vida era más plácida. Se llegaba a la vejez con lentitud, sin el apuro de las horas presentes. El maquinismo no había provocado aún la carditis de la velocidad febril que hincha los corazones, hasta transformarlos en una violenta bomba de dinamita siempre pronta a estallar. No digo que los viejos abuelos vivieran en el limbó, sin dolor. Se sufría aun cuando no con la violencia inesperada del hachazo con que, a menudo, llegan hoy las noticias:

— *"Su padre acaba de ser aplastado por un auto"*.

— *"Su hijo cayó en el aeroplano haciéndose pedazos."*

— *"El camión en que sus hijas viajaban alegres, en dirección al picnic fué destrozado por un tren. Todas han muerto."*

Hace cuarenta años no se conocían las catástrofes mayúsculas que, todos los días, describen los periódicos. La mayor parte de las personas morían en la cama, de muerte natural, y víctimas de enfermedades lentas, pacíficas, crónicas. Los deudos, que veían caer enfermos a sus parientes, seguían, noche tras noche, la gravedad del mal y acomodaban su imaginación a la fatalidad. Se preparaban para verlos morir... Las enfermedades antiguas andaban, como los médicos, al trotecito lánguido de sus cabalgaduras. Y los propios médicos podían formular sus pronósticos sin miedo a equiovcarse:

— *Vivirá tres meses.*

Ahora, en cambio, le dicen a una madre:

— *Su hijito vivirá cien años.*

Y esa misma tarde, el niño va al cinematógrafo. Se está riendo a carcajadas con las cosquillas de Carlitos Chaplin. De improviso se incendia la película:

— *¡Fuego!*

El teatro arde y en la fogata mueren varios cientos de niños. Entre ellos humea, carbonizado, el niño que, según el médico iba a vivir cien años.

—*Señora: aquí está su niño.*

Y le entregan un pedazo negro de carbón. ¿Cómo recibe la madre esa noticia horrible? ¿Y el padre? ¿Y la abuela? ¿Y las hermanas? Es un tiro en mitad de la frente; es un martillazo en mitad de los ojos; es el hacha que tritura la leña...

Antes había desdichas, desgracias, siniestros, pero carecían, repito, del tamaño mayúsculo que adquieren hoy día. Durante treinta años nos han estado hablando de la espantosa tragedia del *Bazar de Caridad*, en París y por espacio de medio siglo, del incendio famoso del vapor *América*. Fueron, es cierto, dos enormes catástrofes; pero ¿cuántas catástrofes como ésas, y mayores quizás, ocurren en el mundo diariamente? Volvamos pocos años atrás. Los diarios y las revistas comentan una de esas catástrofes. El mundo se extremece ante la noticia de que en Buenos Aires, un tranvía repleto de mujeres, hombres y niños se ha hundido en el Riachuelo. Se ahogaron cincuenta y dos personas...

—*¡Qué horror!*

Pero, al día siguiente el público olvida la catástrofe porque en otro sitio, una gavilla de asesinos mató a veinte personas; o porque en cualquier parte, se ha caído un aeroplano con veinte pasajeros: todos muertos... Bombas, Puñaladas. Tiros. Nufragios...

Vivimos en una perpetua fiebre de emociones. Un hombre sale de su casa lleno de salud y, dos horas después, lo traen en camilla, completamente planchado por un ómnibus. La gente de este siglo pintoresco y barato, tiene ya demasiada tragedia, demasiado drama, demasiado Sófocles dentro de las cuatro paredes de su casa, para que tenga ganas de ir al teatro a llorar todavía las angustias ajenas y los dolores literarios...

La mujer de Brum

Si alguien quisiera trazar una monografía sobre el dolor humano, encontraría copiosa provisión de gestos, en las fotografías de CARAS Y CARETAS. Hojeando las páginas de la revista a través de sus treinta y cinco años consagrados a la historia gráfica del mundo, es fácil recoger la impresión panorámica de las grandes tragedias humanas. Muchas de las fotografías, tomadas en el instante trágico, son verdaderos documentos de psicología. Véase si no esa fotografía emocionante que nos muestra a la esposa del ilustre estadista uruguayo doctor Baltasar Brum. ¿Qué drama de Shakespeare, qué tragedia de Eurípides o qué drama moderno, por íntimo que sea, podrá transmitirnos la impresión desoladora de esa bella mujer que se levanta sobre el cadáver tibio de su compañero con la solemne majestad de la locura, con la magnífica rabia del amor, con la estupenda belleza de la tigra que hace temblar al bosque con su llanto?...

Brum, en medio de la calle y en medio del camino de su vida, acaba de pegarse un tiro. Ha querido servir de lección de ultratumba a las generaciones venideras. Su cadáver tendido en el suelo de la patria parece una bandera que ha querido morirse de honor antes que morirse de vergüenza. La esposa — ¡digamos que era argentina para dignificar a las dos grandes patrias! — alzándose como una furia ruge su tragedia. Esgrime su dolor como una espada, levantándola al cielo. Pone a Dios por testigo de la injusticia de los hombres y al extender su brazo al infinito, su mano se abre en un sublime apóstrofe de cinco maldiciones...

El capitán Dreyer

Años atrás... El "Monte Cervantes" acaba de chocar contra las rocas misteriosas del canal de Beagle. El buque naufraga sin remedio. Los pasajeros viajan en pleno paraíso de olvido. De pronto, circula el grito trágico:

—*¡A los botes!*

Es la locura. Voces. Alaridos. Blasfemias. Oraciones.

—*¡Nos hundimos!*

Gracias a la organización alemana del navío y a pesar del tumulto provocado por el terror pánico de los pasajeros, todos logran salvarse. Se embarcan en los botes. Y huyen del buque antes de que el casco al desaparecer los envuelva también en la vorágine. Un pequeño buque de la armada argentina, enviado desde Ushuaia, contribuye al salvataje de los pasajeros y de la tripulación. El oficial observa con su anteojo las cubiertas del "Monte Cervantes". No queda nadie a bordo.

—*¿Nadie?*

La silueta de un hombre aparece apoya-

da en la barandilla de la nave. Es el capitán del "Monte Cervantes", don Teodoro Dreyer, viejo lobo de mar, que ha dado las últimas órdenes para que nadie perezca en el naufragio.

El oficial argentino al observar desde lejos la presencia del capitán a bordo de aquel buque que, dentro de pocos instantes desaparecerá bajo las olas, se aproxima al "Monte Cervantes". Por medio del megáfono le grita:

—*¡Sálvese, capitán! Voy a acercarme más. Tírese al agua. Le echaremos un cable...*

El capitán Dreyer tiene el pecho cubierto de medallas. Ha ido a su camarote y se ha puesto uniforme de gala.

—*¡Sálvese, capitán!*

El capitán alemán saluda militarmente al oficial de la armada argentina, y le responde:

—*Aléjese con su buque. El mío se hunde y va arrastrar al suyo.*

—*¡Sálvese, capitán!*

—*Gracias. ¡Adiós!*

El buque de la armada apenas tiene tiempo de librarse de los remolinos, apartándose a toda máquina, para huir del abismo. Entre tanto, el "Monte Cervantes" se echa sobre un costado y se acuesta en el fondo del mar junto con la mole del barco, va erguido el capitán. El oficial transmite una orden a los tripulantes:

—*¡Saluden, muchachos! ¡Gloria, capitán Dreyer!*

Todos hacen la venia al héroe que se hunde. Y para todos los que han visto por última vez el capitán Dreyer, apoyado en la barandilla — sereno y sonriente, — la fotografía de ese instante ha de reproducirles la angustia del drama que vivieron y la belleza del gesto que admiraron:

—*¡Sálvese, capitán!*

—*Gracias. ¡Adiós!*

Y así todas...

Y así todas las fotografías de las grandes catástrofes, nos evocan las tragedias más reales de la vida. El teatro y el cine no hacen más que reproducir pálidamente, los horrores humanos. Véase ese entierro que se diría imaginado por Gustavo Doré. Son conducidos hasta el cementerio los cadáveres de las víctimas de la catástrofe del Riachuelo. ¿Recordáis? Un tranvía con cincuenta pasajeros va a pasar por uno de los puentes movibles que cruzan el Riachuelo. Es el amanecer de un día lluvioso y tétrico. Los pasajeros son obreros y obreras que van a su trabajo. El motorista, tal vez medio dormido de cansancio, o quizás por culpa de la niebla, no advierte que el puente se encuentra levantado. Avanza y cae en el vacío... ¡Imaginaos qué dolor! Cincuenta y dos muertos. ¿Qué tragedia olímpica puede compararse a la realidad crujiente y asesina de esta hecatombe de inocentes?

Luego pueden verse en otras fotografías la más heterogénea variedad de angustias, de penas, de amarguras. En algunos rostros se adivina y casi se oye el rugido de dolor que brota de los labios. En otras, ese mismo dolor se forma mudo, arisco, loco, ciego, sordo... Véase la fisonomía admirable de esa madre de cabellera blanca que, después del naufragio, se encuentra con las hijas que ella creyera muertas. Véase la cabeza tempestuosa desgreñada, de esa pobre madre que salvó a su hijo de morir ahogado. Mientras ella se petrifica en una máscara de amargura demente, el niño luminoso se emborracha de madre, *bebiéndole el pecho. ¿Y qué espectáculo* más extraño que el de ese aviador que llora delante de sus colegas muertos? El mismo los ha visto caer. La máquina de sus compañeros pasó a su lado, en el derrumbe final, sin que él pudiera tenderles una mano. Por eso llora... En la guerra, peleó como un héroe. En los aires, fué un cóndor que no le tuvo miedo nunca a las tormentas. Sus ojos y su corazón, forjados en el yunque donde se hacen los leones, no temblaron jamás. Y he aquí que él — hombre de tempestades, hombre de hierro, hombre de máquinas, — ante la muerte de sus dos compañeros, se siente de carne y llora humildemente, de la manera augusta con que lloran los niños, las mujeres, los hombres... ¡Ah, querido viejo Kayserlinck que estudias a los seres humanos a través de la espuma de tu medio litro de sabiduría! ¡No! La humanidad no marcha, como tú te imaginas, hacia el punto de origen. No marcha a la deriva... Mientras la humanidad sepa llorar sus penas, sabrá comprender las angustias ajenas. Amor. La civilización y el progreso son hijos del amor...

Soiza Reilly

Notas

Las campanas echadas a vuelo en los campanarios de la gran ciudad han desgranado en el espacio su vibrar jubiloso, cantando la gloria de la Resurrección de Jesús de Nazareth. En la serena diafanidad de la mañana otoñal, ha asumido la gravedad del bronce acentos triunfales que repercutieron radiosos en nuestros corazones.

Señala esta Pascua de abril el límite de la temporada veraniega; la caravana del placer y la alegría, así como tantos de los espíritus fatigados que se reintegran, después de un breve descanso, a las múltiples actividades de su vida de trabajo, parecen traer en sus pupilas la luz evocadora, el sortilegio indecible del paisaje. En los andenes de la estación, colmados por esa multitud que se apiña ansiosa, esperando la llegada de los seres queridos que vuelven de la ciudad atlántica, se reproduce con breves intervalos la misma escena febril: la trepidación del tren, entrando en la plataforma sinfín, la algarabía de los saludos que se cruzan, reclamando noticias los que llegan, esperando crónicas llenas de colorido los que han venido a recibir a los viajeros.

Y así, las impresiones de último momento desfilan a la manera de estampas animadas tal como fija el teatro modernista las escenas de la vida diaria, captadas rápidamente, puesto que rige ahora, como norma absoluta de nuestra existencia, la precipitación.

Último reducto de la animación en Mar del Plata han sido las salas de juego, con su curiosa promiscuidad. No decae el ávido interés ni siquiera en las primeras horas de la madrugada. En la mesa de punto y banca, rodeada por varias filas de espectadores, se hallan reunidos los elementos más opuestos... Al lado del "croupier", la dama de alto rango y cuantiosa fortuna, luciendo una "toilette" de gala que causa sensación porque ciñe y modela la silueta con toda la indiscreción posible. No falta, naturalmente, como satélite obligado, alguno de los jóvenes y atildados "partners" que son los admiradores de la opulenta dama; luego, el tipo femenino que representa a la burguesa de cierta edad, adinerada seguramente, que comparte con el esposo las emociones del juego; el político influyente que sin inmutarse arriesga crecidas cantidades, en competencia con el protagonista obligado de la temporada en todas las mesas de juego, que — impasible también — amontona o desgrana las fichas de mil pesos; el médico de nota que cree dominar la mala racha cambiando de mesa con una inconstancia a toda prueba. Y no es necesario decir que las salas de juego evocan la leyenda de la torre de Babel: todos los acentos, todos los idiomas, desde el portugués hasta el idish...

A la hora vespertina, en la sala del piso alto, la concurrencia es más escasa, y sobre todo muy seleccionada. Se admira a la bellísima figura de mundana que juega con serenidad imperturbable, sin perder ni un momento su línea de exquisita distinción. No puede atisbarse ni siquiera un estremecimiento en la fina y aristocrática mano que sostiene el cigarrillo engarzado en la boquilla de moda...

Señoras jóvenes y niñas; muchas niñas que acuden como alegre y parlera bandada de gorriones, para jugar en sociedad tal o cual infalible martingala, y hasta se ha dado el caso de observar la presencia de una adolescente encantadora en su fragilidad casi infantil, que, acompañada por su institutriz — verdadero "ange gardien" — contemplaba impasible aquella escena y probaba la suerte en medio del general asombro...

En medio de la animación febril propia de las salas de juego, se revela sin embargo — casi involuntariamente, — el interés sentimental; y debe de tener éste verdadero arraigo cuando prevalece sobre el atractivo irresistible del juego...

Entre las distintas estampas que se suceden como gráfica documentación de la vida brillante — allá en la luminosa playa del sur — surge una silueta femenina, llena de sugestivo encanto: reflejan sus pupilas claras el mágico y multiforme colorido del mar: ¿son de un gris verdoso, iluminado por reflejos de oro, o son de un azul intenso? Imposible sería asegurarlo; pero bajo las ondas doradas de sus cabellos, tiene su mirada el sortilegio del mar, profundo y misterioso.

▼ MISS CRISANTEMO

¡Cuán lejos va quedando ya, ese "Japón heroico y galante" que, con unción de poeta, nos describió en admirable prosa Enrique Gómez Carrillo! ¡Y cómo se esfuma también, en ese ayer hoy tan borroso ya, la silueta delicada y grácil como un tallo de peonía, de madama Chrisantemo, de Pierre Loti!...

El pasado se aleja. Oriente y Occidente se funden en esa uniformidad gris, impersonal, "estandárica", de usos, modos y costumbres nuevos. Hoy ya las grandes ciudades del Japón, exteriormente, apenas se distinguen de las populosas urbes occidentales. El cuadro callejero, con sus edificios de numerosos pisos y sus letreros luminosos, de las actuales calles de las modernizadas ciudades japonesas, se parece "gemelamente" al que presentan las grandes capitales de Europa y Norteamérica. Igual espectáculo estridente y vertiginoso en su tránsito de lujosos automóviles, en su ritmo acelerado de circulación de transeúntes afanosos... hombres vistiendo a la europea, damas distinguidas exhibiendo el mismo lujo suntuario, moderno y hasta atrevido, de las elegantes de la Quinta Avenida neoyorquina. Y para que el parecido en el externo llegue a la semejanza total, vense también corpulentos vigilantes de tránsito, de guantes blancos y ojos oblicuos, ordenando con faz hierática, la circulación en las grandes vías citadinas.

El vértigo de nuestra civilización, la técnica de nuestra época, ha alterado, al fin, la quietud rígida, milenaria, de la vida de Oriente.

Únicamente en los suburbios, todavía encuentra el visitante extraño y curioso el alma vieja de estas

Sociales

Por La Dama Duende

Su elegante silueta, que luce el traje blanco mañanero o el severo traje negro en las horas de la tarde, se destaca en Playa Grande a la hora del baño, puesto que es tan ferviente nadadora, que alguna vez ha infundido verdadera alarma por su temeridad. Lleva la interesante figura nombre compuesto, que une al de la Inmaculada el de origen bíblico inmortalizado por Racine; la cuna de su apellido está a orillas del Cantábrico, mientras que por ascendencia materna pertenece a una de las familias de mayor tradición en la Argentina.

Inteligente, dueña de una cultura artística poco común, ha conquistado — involuntariamente, al parecer, — la admiración y simpatía de dos caballeros que han buscado siempre acercarse a ella durante la "season" oficial de la ciudad atlántica. Pertenece el primero a una vieja y acrisolada familia de la provincia de San Juan, muy vinculada a la sociedad porteña; cumplido caballero, aspira a conquistar a la interesantísima figura como compañera incomparable. Pero el otro admirador tiene a su vez condiciones de excepción: buen mozo, de trato muy atrayente, parece haber obtenido alguna leve ventaja... Hombre de mundo, mantiene todo el prestigio de su apellido muy respetado en los círculos sociales y artísticos; hay quien asegura que sólo el sortilegio de las pupilas claras, que parecen dos gotas luminosas del agua del mar, podrían inducirlo a rehacer su vida...

Y en medio de la agitación febril de la sala de juego, se cruzan — sólo visibles por su reflejo intenso — las hebras de luz del sentimiento.

El comentario gira siempre en torno de la vida sentimental, y esta vez comprueba que la constancia es una de las cualidades más raras y exquisitas y que alcanza siempre la preciada recompensa.

Se anuncia, pues, como inminente, la noticia oficial de un compromiso que ha de hacer sensación, dadas las condiciones de singular relieve de la interesante pareja: ella, por el atractivo exquisito que emana de su trato, de su señoril distinción, de la irreprochable elegancia que la hace destacarse, a pesar de la nota, discreta siempre, de su atavío; lleva nombre muy breve, y dulce apellido compuesto que une a dos familias de gran prestigio en la vieja sociedad criolla.

El rendido admirador durante meses y años ha perseguido su ideal con singular perseverancia; es toda una personalidad en nuestro ambiente, y honra de la armada argentina; lleva el nombre de uno de los profetas, y apellido criollo tan respetado como difundido en nuestra sociedad. ¿Será necesario añadir que ocupa hoy una situación eminente?

La noticia, realmente sensacional, ha cundido ya en los círculos oficiales y mundanos, y se espera que en la "season" del invierno una nueva e interesante figura femenina acompañará al eminente jefe de la armada en los actos oficiales.

Iníciase en los luminosos días de abril la serie de grandes casamientos, que congregan a los círculos más brillantes y representativos de la alta sociedad argentina: en la iglesia del Salvador acaba de consagrarse — con solemne misa de esponsales — la boda de la señorita Inés Moreno del Campo con don Ernesto J. Aberg Cobo, ceremonia que ha constituído un acontecimiento de relieve, por cuanto la juvenil pareja goza de singular prestigio en nuestros círculos mundanos. La señorita de Moreno del Campo, interesantísima y juvenil figura, llevaba con señoril elegancia el traje de "cachemire royale" que caía en sobrios pliegues, modelando la esbeltez de la silueta; el velo, valiosísima pieza de encaje de Inglaterra, sujeto sobre la nuca por dos diminutas azucenas, caía sobre la seda blanco mate, luciendo su primoroso dibujo, frágil y suntuoso al mismo tiempo. Brillante y aristocrática asistencia colmaba las naves del templo, para presenciar la ceremonia nupcial que ha unido bajo tan jubilosos auspicios a dos familias de tan prestigiosa tradición y arraigo dentro de nuestra vieja y acrisolada sociedad. Ha recibido en tan jubilosa fecha, la juvenil pareja, el homenaje del cariño de sus allegados y amigos, luciendo la canastilla de bodas magníficos obsequios.

La Dama Duende

ACTUAL

Por Fernando Mota

ciudades, atesoradoras de belezas y poesía tradicional.

En la intrincada red de callejuelas de los barrios extremos hállanse aún las multicolores casitas de papel de las "geishas", donde estas mujeres, lindas y sonrientes, con aspectos de frágiles muñecas de "biscuit", tocan suaves melodías en sus instrumentos de cuerda. La decoración interior de estos locales es preciosa. En la pared arraigan, dondequiera, haces de espigas naturales. Al fondo, en la concavidad de la pared, el consabido cofre de laca y el vaso que luce una trémula rama de cerezo. Aquí y allá, entre braseros de cerámica y en torno de la mesa enana, los almohadones.

Pequeñitas, graciosas, envueltas en el tradicional quimono, con el enorme lazo de seda que parece una monstruosa mariposa obscura que se les posó en la espalda, sentadas sobre las esterillas, pulsan sus instrumentos y entonan las dulces melodías de sus cantos, en los que sus vocecitas vibran como llantos de ave, salmodiando la caricia quejumbrosa del "samisen"... Y esperan, mostrando en la diminuta flor de sus boquitas pintadas de "rouge", el gesto aniñado de una caricia ingenua.

"La mujer japonesa — ha dicho Max Rohde — es un fruto perfecto de su civilización. Madre, mantiene el culto de los antepasados en la religión presente de la patria; niña, mantiene el culto del sentimiento al brindarse, tímida y fuerte, a la amistad del hombre: mantiene la religión del corazón; "geisha", mantiene el culto del arte en la religión de la belleza".

El escritor sin rostro

Por
EVA
PACI

▼



DIBUJO DE
ALICIA
PEREZ
PENALBA

▼

MANOLO Rocha levantó la cabeza y miró afuera. Desde su sillón, situado detrás del vasto escritorio cubierto de libros y papeles, veía sin necesidad de moverse, a través del amplio ventanal, la plaza desierta en esa hora crepuscular, recubierta por una cándida sábana de nieve.

Una tristeza pesada se desprendía de ese escuálido paisaje invernal, del agonizar lento de ese día que, como todos los otros, pasaba sin aportarle ni dicha ni dolor.

Nada. La indiferencia absoluta de una vida que se desliza forzosamente apacible y cuyo ritmo es sólo acelerado por el tormento de la creación.

Manolo Rocha se pasaba las horas y los días sentado frente a su escritorio, forjando vidas ficticias, creando seres a los que daba alma y vida, tejiendo historias humanas, y desenredando madejas de intrincada psicología.

Todas las pasiones, desde las más puras hasta las más abyectas atormentaban sus personajes, pero el amor era la pasión que predominaba, haciendo de ellos héroes o bandidos, ángeles o demonios.

Se compensaba así de la injusticia del destino que al darle una figura deforme y grotesca, le había privado del derecho de amar. Pero era aquélla una compensación bien mísera.

La ironía de la suerte quiso también que su talento de escritor le procurase una celebridad que, aumentada por cada nuevo libro suyo, convirtióse en su peor enemiga.

Por su causa tenía que ocultarse rabiosamente y con la misma astucia del delincuente que va esquivando la justicia.

Admiradores y admiradoras lo asediaban con un entusiasmo epistolar ansioso de manifestarse en formas más concretas, que le resultaba más doloroso que la indiferencia, y lo obligaba a defenderse de él rodeándose de misterio y soledad, para no destruir con la miseria de su físico aquella gran ilusión colectiva.

"El escritor sin rostro", se le llamaba en el viejo Madrid vocinglero, en el cual aquel retraimiento obstinado causaba asombro e irritación.

Pero sólo Manolo Rocha, seudónimo bajo el cual ocultaba su verdadero nombre que hubiera podido suscitar recuerdos entre amigos y compañeros de la mocedad, sabía el tormento de aquel aislamiento y el dolor de no tener a su lado ningún cariño que endulzara un poco su árida existencia.

Su editor, un viejo zorro que especulaba hábilmente sobre el misterio Rocha, fué el primero en

insinuarle la adopción de aquella vida, haciéndole comprender con medias frases en las cuales el respeto no lograba ocultar del todo la compasión, que la curiosidad insatisfecha del público habría concurrido al mejor éxito de sus obras, y así fué en efecto.

Rocha, de carácter tímido y reconcentrado, había tenido siempre un doloroso pudor de su fealdad, por tanto acogióse al consejo del editor, casi con alegría, sin presentir que acabaría por convertirse en el carcelero de sí mismo. Cuando lo advirtió era demasiado tarde para tomar otro camino, a riesgo de destruir inútilmente todo cuanto su talento y su sacrificio habían creado.

Además él, que había nacido para amar, nunca hubiérase atrevido a mirar con deseo a una mujer, y menos a hablarle de amor.

Cuando su figurilla enclenque y grotesca, despojada del prestigio literario, resbalaba silenciosa, porque así de tímido era su paso, entre el bullicio de las calles, nadie hubiera soñado jamás que aquél era el gran escritor, que apasionaba tanto por sus libros como por su extraña ausencia de la vida de los demás hombres; y ninguna mujer buscaba sus ojos con la mirada, ni hubiera aceptado su galanteo sin sonreír.

Más de una vez para darse ánimo habíase dicho que en muchos otros hombres el genio había ido disfrazado por un físico tanto o más miserable que el suyo, y sin embargo habían vivido, amado y sufrido entre sus contemporáneos, sin por eso desterrarse de la vida. Pero en el momento de romper con un gesto de desesperada rebeldía aquella cláusula voluntaria, el terror de causar una decepción ruidosa en el público que rodeaba su nombre de mil leyendas absurdas y pintorescas, lo retenía.

Con los ojos fijos en las ramas retorcidas de un árbol, en cuya desnudez la nieve habría hecho florecer piadosamente la blancura inmaculada de sus copos, Manolo Rocha pensaba en su amargo destino.

La entrada improvisa del viejo criado lo arrancó de su abstracción.

— Señor, lo llaman por teléfono.

— ¿A mí? ¿Es el editor?

— No señor. Es una voz de mujer, pero no quiso decirme su nombre.

El rostro del escritor reflejó una angustiosa sorpresa.

— ¿Una mujer que me llama a mí? ¡No puede ser! Nadie conoce el número de mi teléfono. Se habrá equivocado.

— No, señor — repitió respetuoso el sirviente: — Ha preguntado por Manolo Rocha, e insiste en querer hablar con usted.

Rocha miró a su compañero de soledad con mirada estúpida.

¿Qué hacer? ¿Quién sería esa mujer? ¿Y cómo habría averiguado su paradero? ¿Qué querría de él? ¿Qué le diría? Y él ¿qué le contestaría? Mejor tal vez era hacerle decir que no estaba... pero ella insistiría probablemente...

Estos y mil pensamientos más se arremolinaron en un segundo en su cabeza, pero por encima de todos se agitaba el pánico de haber sido descubierto, y el deseo imperioso de huir antes de que su hallazgo se hubiese hecho público.

— ¿Qué le digo, señor?

— Dile... dile que no estoy en Madrid... no, espera. ¡Allá voy!

Había tomado una resolución heroica. Desarmaría con su frialdad aquella curiosidad femenina.

Mas, ese propósito duró muy poco. La dulzura de aquella voz que resonaba al extremo del hilo telefónico, diciéndole frases de admiración y de entusiasmo, penetró talmente en su espíritu, llevando un bálsamo a su secreto tormento, que las palabras duras murieron en sus labios antes de ser pronunciadas.

Las frases, tal vez banales pero que él no analizaba, resonaban en su oído como una música extraña y deliciosa. No eran ellas precisamente las que le producían esa sutil embriaguez, sino la voz que las pronunciaba, revistiéndolas con su musicalidad exquisita.

— ¡Maestro, hoy es el día más bello de mi vida!... ¡He escuchado la voz del escritor que más admiro, en compañía de cuyos libros he vivido, soñado y sufrido!... ¡No crea que haya sido la curiosidad la que me ha inducido a forzar su retiro, si no una necesidad imperiosa del espíritu!...

— ¡Pero, señora! ¿Cómo ha sabido usted mi dirección?

Ella tuvo una pequeña risa maliciosa.

— ¡Ah, es mi secreto, maestro! Y ahora permítame que le deje. ¡Hasta mañana!

— Pero, quién... — el golpe seco del auricular vuelto a su lugar quebró su pregunta.

Toda la noche Manolo Rocha pensó que era necesario hacer perder su rastro a la desconocida, y organizó mentalmente viajes a las diversas partes del mundo; sólo que a la mañana siguiente su excitación había decaído bastante y no tenía más que un deseo, aun inconfesado, el de oír de nuevo aquella voz exquisita.

Y la voz no se hizo esperar en vano. A la misma hora volvió a llamar y de nuevo lo envolvió en su red de encantos, reteniéndolo media hora al aparato, diciéndole las cosas más deliciosamente insubstanciales, que tal vez en otra ocasión sólo hubieran provocado en él un gesto de fastidio.

Desde aquel día Manolo Rocha vivió solamente para esa hora de charla y de confidencias, cada vez más íntimas. Oculto en la distancia él se atrevía a aceptar aquella alma de mujer, que se le ofrecía trémula en la vibración de una voz armoniosa y cálida.

Y dejaba que su espíritu se dilatase en la sensación de apaciguamiento que le provenía de aquella inefable música humana.

Algunas veces se preguntaba si el físico de su amiga respondería al encanto de la voz, y trataba de imaginársela. Entonces, seguro de que la realidad no podría destruír su ensueño, puesto que nunca habrían de verse, hacía de ella una imagen de suprema belleza.

Pero un día la desconocida rompió el encanto de improviso. La amiga, a la que ya no bastaban aquellas conversaciones exigía imperiosamente un acercamiento más íntimo. En una palabra, quería conocerlo y hacerse conocer.

El espanto se apoderó de Manolo Rocha. ¡Nunca, nunca, hubiérase atrevido a destruir la ilusión de ella con su presencia! Esa mujer que lo amaba espiritualmente, quedaría seguramente decepcionada al verle, y él no podía sufrir ni siquiera el pensamiento de esa posibilidad. ¡Había que evitarlo a toda costa! ¿Pero qué motivo invocar para rehuir esa entrevista?

Aquella noche fué tal vez la más dolorosa de su vida. Pasó horas y horas delante del espejo, analizándose despiadamente, buscando en vano un sólo rasgo de su fisonomía que pudiera disminuir con su nobleza la fealdad absoluta del conjunto.

Nada. Una gran cabeza sobre un mísero cuerpecillo; dos ojos pequeños ocultos bajo las cejas negras y tupidas, una nariz corva, una ancha boca que parecía un tajo, dos largas manos nudo-

sas e inquietas. ¡Deformidad, fealdad, vulgaridad!

Pero al día siguiente, cuando ella volvió a llamar amenazándole con enmudecer para siempre si él se obstinaba en su retraimiento incomprensible, Rocha no tuvo más valor para rehusarse y aceptó una cita.

—¿Entonces yo no cuento para nada en su vida? ¿No tiene interés en verme, en sentirme un poco más cerca de usted? — habíale preguntado con entonación doliente la divina voz.

¡Oh, si contaba! Ella no podía suponer lo que había llegado a representar para el alma solitaria del escritor su presencia invisible. Si hubiese sabido que precisamente por su amor él quería ocultársele... Para no romper el encanto sutilísimo que los unía a través de ese frágil hilo telefónico.

Mas ahora había prometido; la fatalidad de su destino quería privarlo de aquella amistad, que había llenado su vida durante meses de una suprema dulzura.

Como la primavera había llegado ya debían encontrarse en el parque. El la reconocería por un ramo de violetas que ella llevaría prendido en el hombro.

En esa hora meridiana, Manolo Rocha reconoció a su amiga en la alta y espléndida figura de mujer que caminaba lentamente por una calle desierta. Por un instante, con emoción indecible se olvidó de sí mismo en la contemplación de su morena belleza.

"¡Así deben de ser las huríes del paraíso de Mahoma! — pensó extasiado. — Tendrán esos ojos profundos, esa boca voluptuosa, esos cabellos negros como la noche, ese porte de princesa!" Y más que nunca, consciente de su inferioridad, se le acercó, pálido, con el sombrero en la mano. Ella lo miró con cierta sorpresa que a Rocha le pareció angustiosa.

—¿Qué querrá este hombrecito? — creyó leer en sus ojos negros; y acobardado, murmuró:

—Señora...

Ella no lo dejó terminar. Con mal disimulado temor interrogó:

—¿Acaso es usted Manolo Rocha?

El escritor sintió que la sangre se le paralizaba en las venas y todo se obscurecía a su alrededor. Con un esfuerzo supremo de voluntad logró encontrar fuerzas para renegarse a sí mismo.

—No, señora... soy apenas un amigo...

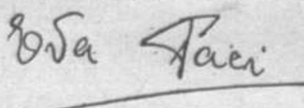
Creyó notar que ella respiraba aliviada, y aunque desde un principio no se había hecho ninguna ilusión, sintió más honda su amargura. La ahogó estoicamente y prosiguió:

—Manolo ha sufrido una grave desgracia. Se le ha muerto el ser que más quería... y ha tenido que ausentarse precipitadamente... Antes de irse me ha suplicado viniese a disculparlo ante usted. Mis respetos, señora!...

Y se alejó rápidamente dejándola despechada, intrigada por aquel misterio que, a pesar de toda su astucia femenina, no lograra penetrar, y convencida de que aquella muerte improvisa había sido una hábil excusa encontrada por el escritor para no acudir a la cita.

¡Ni siquiera por un momento se le ocurrió imaginar que había tenido la solución del enigma al alcance de su mano!

Aquella noche Manolo Rocha cerraba su casa y se alejaba de Madrid con rumbo desconocido.



▼▼ Los celos ▼▼

Los celos son una enfermedad del alma que hay que curar. La única cura recomendable, el único medicamento bueno a aplicar, es la voluntad... También la reflexión es un medio de curar los celos.

Una mujer celosa lo es por egoísmo o por inferioridad.

Pretende con ello esclavizar al hombre, sujetarlo, o declarase inferior a aquella que le produce los celos, afirmando a ésta superior, puesto que la cree capaz de arrebatarle lo que es suyo, le reconoce mayores encantos, mayor belleza, superioridad general sobre ella.

La voluntad debe decir a la reflexión que al hombre no se le puede esclavizar; desde que el mundo es mundo, él bregó por la libertad, por ella ha peleado siempre. El fué quien la inventó, es patrimonio suyo, reconocido y respetado, ¿por qué, pues, una sola mujer por su capricho y desconfianza ha de arrebatárselo?

Mientras haya cariño de por medio y respeto, ¿qué puede importarle a la mujer que el dueño de su amor llegue más tarde o más temprano?

¿Que se divierte?... y bueno; ¿qué hay de malo con ello?... ¡Que se divierta! peor es guardarlo en la casa bostezando, mejor es verlo regresar contento, más afectuoso, y más amable que nunca...

A una esposa tolerante e inteligente, que mantiene la puerta abierta y respeta el derecho de libertad, nadie le robará el marido... a la torpe, celosa, que provoca reyertas y pretende esclavizar... a ésa se lo quita todo, hasta el aire que pasa delante de su puerta.

Dejar libre al hombre, es tenerle sujeto.

En el matrimonio es un error pretender igualdad de derechos, porque el exceso de libertades puede acarrear a la mujer muchos perjuicios; las ausencias del esposo, no hacen al hogar perturbaciones materiales, ni morales, en cambio que la mujer no sabe lo que puede traer...

Es una maldición, porque en el mejor de los casos si en su propia carne no brota el pecado... ya brotó en su conciencia, y es muy molesto vivir en la inquietud; con el alma perturbada por la eterna pregunta: ¿me habrán visto?... ¿Lo sabrán?

No hay que dejar que los celos se adueñen del alma, hay que combatirlos con la voluntad y la reflexión; y decirse con mucha frecuencia:

El código y la ley me han dado a este hombre; con mi bondad, y con mis encantos yo he de mantener mi prestigio, y he de ganar su corazón todos los días.

Y no preguntar nunca ¿Adónde vas? ¿De dónde vienes?... Porque siempre que se pregunta una impertinencia, se obliga a una mentira.

Y al fin y al cabo... cuando se tiene, cuando se posee el corazón de un hombre, ¿qué importancia tiene que él ría, o beba en otra parte?

¡No ser celosa es ser altiva, es estimarse a sí misma, es despreciar y disminuir a toda posible rival.

HALMA PAZ



Uñas encarnadas

Se experimenta un dolor intenso cuando las uñas encarnadas sufren el roce de los zapatos. Es un dolor insufrible que imposibilita caminar.

Para desinflamar y descongestionar las uñas encarnadas, nada mejor que darse durante varias noches baños de pies calientes con un poco de



SALES SANATIVAS.

que descongestiona y desinflama los pies, haciendo circular la sangre. Su acción bienhechora pone fin a los peores males de los pies.

El Jabón Tarborats es un buen complemento de estas sales sanativas, úselo en sus baños de pies.

Tarborats deja los pies como nuevos, permitiendo caminar sin pensar en ellos.

En todas las framacias a $ 2.60 el paquete.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

EL NIÑO Y EL MONO


Donald daba vuelta la cuchara.


Gua, como se ve, comía correctamente.

El doctor Kellogg, de la universidad de Indiana, y su esposa, han realizado curiosísimas experiencias, que relatan en el libro "El mono y el niño". Para ello, educaron una chimpancé de siete meses y medio, en compañía de un hijito de los experimentadores, dos meses mayor. El chiquilín y el cuadrúmano fueron puestos en las mismas condiciones de vida, aplicándose idénticos métodos. El animal fué nutrido, cuidado, bañado, educado y hasta mimado, como el pibe.

De ese modo se pudieron establecer comparaciones interesantes para anotar las reacciones y los adelantos físicos y mentales de los dos pequeños. El niño se llama Donald, la chimpancé Gua. Esta más bien dotada físicamente, a pesar de su fealdad, era mucho más lista que el lindo Donald. Aprendió a caminar en seguida, gracias a la disposición de sus manos posteriores, prensiles. Gua parecía más sensible al dolor que su compañero. Como si quisiera demostrar que la risa no es lo propio del hombre, desmintiendo así a Rabelais, la chimpancé se reía cuando le cosquilleaban. Demostraba con apretados abrazos su cariño a los esposos Kellogg. Era más impresionable que Donald, y el miedo tomaba en ella caracteres agudos, mientas el niño demostraba inconsciencia ante el temor.

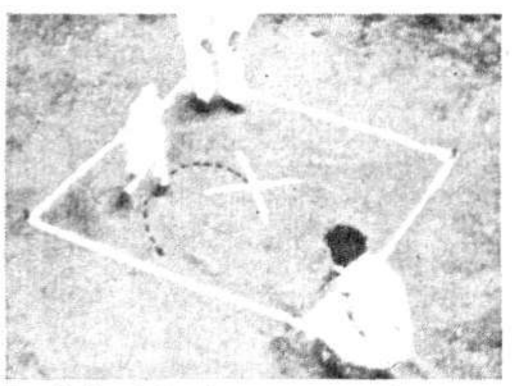
Kellogg quiso darse cuenta de la facultad de orientación de ambos, haciendo la experiencia siguiente: Donald, puesto en medio de un cuadrado, con la parte superior del cuerpo cubierta con un capuchón, fué llamado por la madre. El nene marchó lentamente y rectificó poco a poco su dirección; sus pasos trazaron una curva. Gua, al oir el llamamiento del doctor, dirigióse hacia él en línea recta.

El mono sabía manejar los picaportes y los cerrojos, manifestándose su inteligencia por actos que no pueden atribuirse al solo espíritu de imitación, sino a un razonamiento sutil.

En lo que Donald se manifestaba siempre superior a Gua era en aprender a hablar. Aparte de eso, el mono podía darle lecciones de muchas cosas.


Cuando le preguntaban al niño dónde tenía la nariz, agarrábasela con la mano.


La monita, en cambio, ante la misma pregunta, la indicaba con el índice.

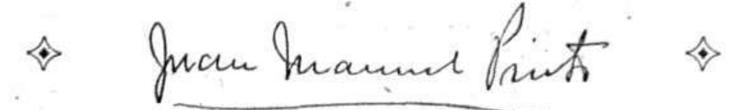

Donald iba al llamado materno trazando una curva.


Gua caminaba derechamente hacia la voz que la llamaba.

LAS PENAS SE VAN CANTANDO

Por JUAN MANUEL PINTO

Cuando me lancé en la brega
por la senda de la vida,
llevaba el morral repleto
de esperanzas y energías;
el alma siempre anhelosa,
el paso firme y de prisa,
y una ilusión rutilante
como una estrella por guía,
señalándole el sendero
del trabajo y de la dicha,
a la loca primavera
que en los veinte años ardía.
¡Veinte años, bello caudal
de afanes y fantasías!...
Sin desmayos ni temores,
entré resuelto en la liza:
puse un broquel de estoicismo
en la lucha de esos días,
y en él hallé la canción
que me alentó en la porfía.
¡Canta, canta el luchador,
canta y lleva la alegría,
las penas se van cantando,
porque es un canto la vida!...
Un credo de redención,
de bienestar, de justicia,
estremeciéndome el alma,
guió la proa de mi vida;
salí a predicar mi credo
por esas calles un día,
y robándole al trabajo
una tregua a su fatiga,
sembré ideales y esperanzas,
di mis sueños y energías,
y hallé sendas de zarzales
donde pensé hallar espigas;
mas no aminoró el denuedo
de la lucha en su porfía.
¿Qué le importa al sembrador
el contratiempo y el clima,
cuando ha tirado cantando
la promisora semilla?
Lo que le importa es que quede
de su siembra por la vida,
la fibra, la flor, el brote,
surgiendo a la luz del día,
bajo la gloria del sol,
sobre tierra bendecida.
¡Canta, canta el sembrador,
canta y siembra la alegría,
las penas se van cantando,
porque es un canto la vida!...
Y hallé al poeta, al cruzar
aquella senda tranquila:
era un apuesto mancebo,
de mirada fuerte y limpia,
de frente altiva y serena,
de suave y franca sonrisa;
aquí, desgranaba ensueños
con honda melancolía,
allí, lanzaba los dardos
de sus bravas rebeldías;
y fuera nota o rugido,
imprecación o caricia,
era su voz animosa
llena de luz y armonía,
una expresiva canción
a la esperanza ofrecida.
¡Canta, canta el soñador
canta y siente la alegría,
las penas se van cantando,
porque es un canto la vida!...





La futura generación

Usted desea con toda el alma que cuando su bebé llegue a la edad en que tenga que afrontar la lucha de la vida, esté rebosante de salud, vigor y energía, pues así le será más facil alcanzar la felicidad y el éxito.

Una de las mejores defensas de la salud de su bebé es la famosa *Leche de Magnesia de Phillips* por que hace más digeribles la leche de vaca y otros alimentos, y evita la formación de grumos duros en el estómago, eliminando así el peligro de los cólicos, indigestión, estreñimiento, diarrea, etc.



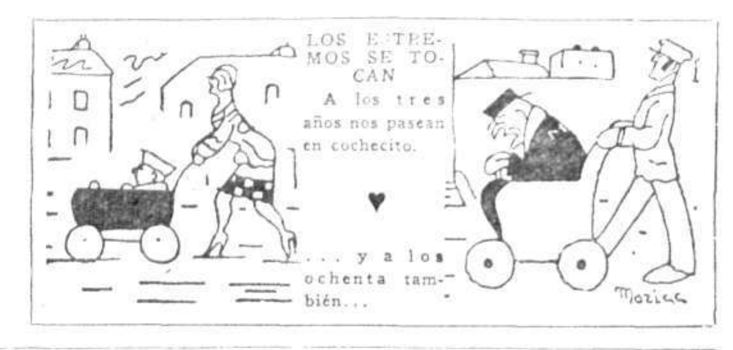
Leche de Magnesia de *Phillips*

SI NO ES PHILLIPS NO ES LEGITIMA

El librepensamiento

Pensar con libertad, o no significa sino una frase hecha, o significa pensar por cuenta propia, por esfuerzo consciente y racional del propio espíritu; y para consumar esta preciosa emancipación y para adquirir esta difícil capacidad, no basta con haberse libertado de la autoridad dogmática de una fe. Hay muchas otras preocupaciones, muchos otros prejuicios, muchas otras autoridades irracionales, muchos otros convencionalismos persistentes, muchas otros idolatrías, que no son la fe religiosa, y a las cuales ha menester sobreponerse el que aspire a la leal y efectiva libertad de su conciencia. Todo lo que tienda a sofocar dentro de una fórmula preestablecida la espontaneidad del juicio personal y del raciocinio propio; todo lo que signifique un molde impuesto de antemano para reprimir la libre actividad de la propia reflexión; todo lo que importe propósito sistemático, afirmación o negación fanáticas, vinculación votiva con cierta tendencia incapaz de rectificarse o modificarse, es por definición, contrario a la libertad del pensamiento. Y, por lo tanto, las organizaciones seudo liberales que entrañan la guerra incondicional y ciega contra determinada fe religiosa, excluyendo la posibilidad de diferenciar, de discernir, de hacer salvedades y excepciones que la justicia exija, en cuanto a la tradición histórica o en cuanto a las manifestaciones actuales de esa fe — vale decir: excluyendo la posibilidad de un ejercicio leal e independiente del criterio personal, — son en sí misma una persistente negación del pensamiento libre.

Si para llamarse a justo título "librepensador" bastara con inscribirse en los registros de una asociación de propaganda y participar de los odios anticlericales, dependería de un acto de voluntad — menos aún, de un movimiento reflejo, — el ser efectivamente librepensador; pero el hecho que es poder llamárselo con verdad es cosa difícil; tanto, que para que el libre pensamiento pudiera ser la característica psicológica en mayor número, se requeriría en la generalidad de los espíritus un estado de elevación mental que hoy no es lícito, ni aún con el mayor optimismo reconocer sino en un escaso grupo. Fácil sería demostrar, en efecto, que la gran mayoría de los hombres, los que forman multitud para echarse a la calle en día de mitin y auditorio numeroso con que llenar salas de conferencias para aplaudir entusiastas, no pueden ser, dado el actual nivel medio de cultura en las sociedades humanas, verdaderos librepensadores. — *Rodó.* — J.

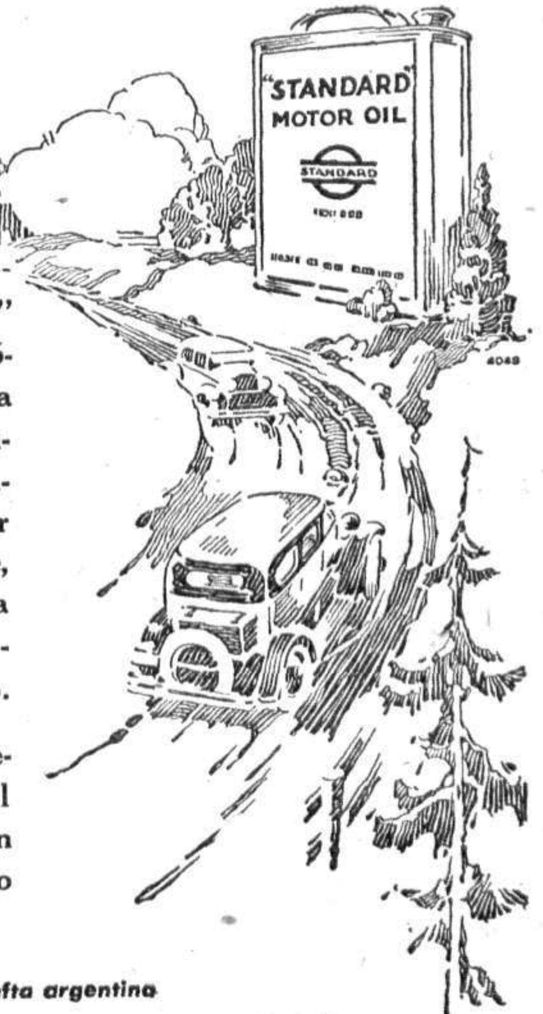




Cuando sólo LO MEJOR es eficaz

Sólo el mejor violín permite al virtuoso desarrollar todo su arte.

Sólo el mejor aceite lubricante es eficaz para permitir a su automóvil un funcionamiento perfecto.



AUN CUANDO el "Standard" Motor Oil no fuese tan económico como lo es, usted desearía usarlo, porque este lubricante superior hace que su automóvil funcione de la manera que el vendedor le aseguró que lo haría... suave, silenciosamente y con la potencia que sólo se obtiene cuando el motor está perfectamente lubricado.

Visite con regularidad al vendedor de "Standard" Motor Oil más cercano... y usted también pronto se convencerá de que "sólo LO MEJOR es eficaz".

Use Wico "Standard" — es nafta argentina

"STANDARD" MOTOR OIL

PRODUCTO ARGENTINO

EL CAÁ

Por JULIO VIGNOLA



A espaldas de los troperos, como un largo tendal de desolladas reses, quedan las leguas recorridas. Iniciábase el crepúsculo cuando los hombres se apeaban. Habían escogido para el descanso breve una extensa abra de pasto manso, en medio del monte de indígena, brava vegetación. El cansino vacaje encaminóse al pantano próximo que estaba en el límite opuesto del ñandubaizal, donde apagó su sed largo tiempo padecida y terminó por echarse en la vecindad de los sarandíes y los juncos, alarmando a los flamencos ariscos y los caraos de gritos plañideros. Los cuatro hombres desensillaron los caballos, soltándolos para que pastaran y se revolcaran a su antojo, no sin antes atar con seguro cabestro la yegua madrina en el grueso tronco de una caranday, que se erguía solitaria y esbelta, casi en el perímetro de la aguada. El monte proporcionó abundante leña seca, fuerte, resinosa, y pronto las mil lenguas del fuego vanamente se agitaron por desprenderse de la obscura tierra, por elevarse sin duda hacia lo cósmico, donde reside el origen de los dos fuegos que constituyen la vida: el fuego físico y el espiritual: No bien el agua quiso hervir, la pava fué alejada de las brasas. En las maletas, los hombres hallaron la tónica yerba y un medio costillar de carnero, que, mientras se asaba, ávidamente iban devorando con los ojos por anticipado. Inmediatamente de terminada la frugal cena, uno de los peones y el capataz, sobre el pastizal dócil, extendieron caronas, matras y cojinillos. Pronto el sueño abatió a los hombres. El bendito sueño que elimina los venenosos humores de las fatigas largas. Los que quedaban a rondar el sueño de los compañeros y el sueño del ganado, Lucio y Aquileo, velarían hasta la salida de la luna. A partir de ese instante, los otros bostezarían por ellos frente al fogón primitivo, al que con largueza india arrojaban combustible. Aquileo había empezado a bostezar de una manera descaradamente incivil. Observóle entonces su camarada de penosa vigilia:

—Ni que jueras yacaré... Otro poco que abrás la boca y se te descoyuntan las quijadas.

—Son mías, tobayá.

—Ya sé... Tal vez por eso no les tenés lástima.

—Tobayá, ¿y a vos qué te importa? — gruñó en tono insultante Aquileo.

—Vamos, no seas necio, que a mí los escuerzos me repugnan.

—¿Quién quiere nétuú?

—¿Y quién sino vos ha empezado a empacarse? Quiere decir que yo también podía empacarme porque me has llamao tobayá. ¡Bah, qué me hace que me llamés cuñao...! Al fin y al cabo no tengo hermana. Y si la tuviera, no iba a ser pa que los urubuces la rondaran — replicó Lucio amigablemente, encogiéndose de hombros, ya que éste era un hombre sano de hígado y generoso de corazón.

Sin disimular su resentimiento, el correntino rezongó:

—Esto de alegar al ñudo es cosa de brutos... Alegar por hermanas que ni vos ni yo tenemos. Ta bien que pa espantar el sueño, uno haga ruido como el mangangá, pero hablar de vicio... es como churrasquiar sin ganas.

—Mirá, Aquileo, entonces te via contar algo bastante fiero que me ocurrió hoy.

—¿Hoy? ¿Y a qué hora, pues?

—Cuando juí al monte a rejuntar leña. Taba clarito el cielo tuavía, y oscurón, bastante oscurón el monte.

—Ya lo sé. ¿Acaso no te vide dir? Güeno, contá. No habrás dao con el tigre negro, supongo.

—Con el tigre negro, no... Pero, con algo pior tal vez... Un algo...

—Pero, ¿qué diantres ese algo era?

—Yo no sé explicar lo que era... Será mejor que te lo cuente.

—Siempre que no sea yapucué...

—¿Qué necesidad tengo de mentir? Otros, pa matar el sueño mienten, mienten que da asco. Yo no. Aura escuchame. Yo iba silbando, silbando una tonada, y ya monte adentro, en medio de un limpioncito, me llamó la atención un bulto... Pensé que juese un tronco seco. El bulto era grueso, retacón. Cuasi se podía confundir a la distancia con un hombre bajo.

—¿Con un carapé?

—No tan enano, rigular no más. Eso sí, el pastizal lo acortaba más porque le daba por las rodillas.

—Ta visto que aquello no era tronco, sino hombre, pa decirle de una vez.

—Eso no. Yo no asiguro que juese un enano.

—Pero estás diciendo que el pasto le tapaba las cañas de las botas. Y en qué tierra habrás visto que los troncos usen botas...

—Gusto de palanganiar el tuyo, Aquileo. ¿Cuándo he soltao yo semejante bolazo? Solamente vide al bulto, carapé, hombre o lo que juese, parao en el limpión como un tronco.

—No aleguemos, ta bien. ¿Y qué pasó?

—Hum... pasó que... de mientras me acercaba, iba dejando de parecer tronco.

—Ya me parecía.

P O R Á

M A N S I L L A

▼ ▼

—Dejame hablar. Cuando lo tuve cuasi encimita, ¡añáraig!, pegué un tremendo brinco y no te digo nada, reculando, reculando empecé a juir; y aquello que parecía dende lejos un tronco de árbol muerto, risultó no más un bulto de madera... Pero atendeme bien, Aquileo, un pedazo de madera viva, con pelos y todo. Sí, cubierta de pelos gruesos, cueruda como un anta. Y lo vieras al animal extraño... no tenía cabeza, ni orejas, ni patas, ni cosa parecida. Lo pior, que cuando creyó que podía agarrarme se tiró al suelo y rodando por entre el pastizal, y gruñendo como un chancho salvaje me persiguió un güen trecho. ¡Maldito sea!

—¡Tobayá! ¡De la que te salvastes! — exclamó Aquileo abriendo desmesuradamente los ojos y en tono entre grave y sarcástico.

—¿Qué? ¿Vos también topaste con el bulto alguna vez? — preguntó Lucio anhelante.

—Topar... no he topao nunca, pero ya sé de quién se trata.

—¿De quién?

—Vos has topao al Caá Porá. El dueño de los pecarís, bajo la forma de Petey.

—¿Y qué tenía que hacer conmigo el Caá Porá *si yo no l'he matao ni un chancho?*

—No importa.

—Dicen que el Caá Porá se presenta como un hombre gigante, de tremenda cabeza, velludo y fumando en una pipa de cráneo humano...

—Asigún... Se presenta ansí y como se le da la gana... En ocasiones es también un curé o un yaguá que echan fuego por la boca. En otras ocasiones se presenta en forma de cuñá. O sino, no se hace ver, es invisible. Eso sucede cuando a uno le quiere maniar la mula o el caballo.

—También dicen que se come a los animales crudos, que el hombre mata en el monte y después no encuentra.

—Sí, pues, es ansí.

—Estóy perdido, entonces. Si he topao con un Caá Porá.

—¿Te ha mirao?

—Ah, no sé. Ojos no le vide al bulto. Pa qué mentir.

—Entonces podés estar siguro que no te embrujó. Lo malo es cuando el Caá Porá mira a un hombre... Ta condenao a la locura o a la muerte, cuando no queda azonzao pa todo el resto de su vida. Dejuramente que cuando al Petey se le abre de medio a medio, se ve que el corazón está también cubierto de pelos. En mi tierra, allá por el Batel, estos fantasmones de monte son temibles.

Y en el preciso instante en que Aquileo empezaba a narrar una pavorosa historia del feroz demonio guaraní, el vacaje se alborotó. Súbitamente como electrizadas por el pánico, arremolináronse las bestias, y bufando, mugiendo con celeridad vertiginosa iniciaron el desbande hacia los cuatro rumbos, cual indómitas, enloquecidas fieras. Pronto no quedaba a la orilla del pantano un solo bovino, en tanto que en los malezales escuchábase la trágica, despavorida carrera de los animales en fuga, que iban derribando árboles y tronchando ramas con siniestro crujir, y gritos de pájaros y aterrados cuadrúpedos. A la luz oscilante de las llamas, Lucio y Aquileo miráronse pasmados. También la yegua madrina, rompiendo cabestro y bozal había huído, y la caballada dócil, fanática al metálico ruido del cencerro, seguíala en un disparar frenético, dando relinchos de espanto a través de abras e isletas de monte. Pasado el primer instante de estupor, Aquileo inquirió con voz opaca:

—¿Quién espantó al vacaje, Lucio?

—Naides puede saberlo — replicó Lucio temblando como una hoja.

—Pero, ¿oistes algo? ¿Vistes algo? — tornó a preguntar Aquileo creando coraje.

—Sí, vide algo.

—¿Ande?

—Más o menos por el lado de la palmera... Bien no alcancé a distinguir el bulto o tronco cuadrao, como el que tope en el monte. Pero... cuasi puedo asigurar que era el mesmo.

—¿Petey?

—Yo digo, porque... ¿qué otro bulto podía cruzar el abra, pa dir a espantar el vaquerío?

—Sí, tiene que haber sido el Caá Porá. ¿Y por qué no hablastes?

—Por que... yo te via decir, hermano. Vos sabés, este, se me agarrotó la lengua. Brazos y piernas parecían de alambre y hasta el aliento me faltó.

—Oigale, tuviste miedo.

—Ya te lo he confesao... No me vaya a rezongar. ¿Y vos?

Tras una pausa significativa, Aquileo replicó:

—Miedo... hum... yo creo que también tuve un poco. Pero, ¿quién sabe si no jué el miedo que vo me contagiaste. ¿No dicen que el miedo es como la peste?

Lucio envolvió al jactancioso correntino en una mirada desafiante. Y posiblemente le hubiese echado en cara su arrogancia excesiva, imbécil, su nula sinceridad. Mas reflexionó. La lógica exigíale silencio... y sin hablar los dos troperos llegaron a entenderse. No confiarían a nadie, ni a los camaradas que acababan de despertar sobresaltados, el secreto: el miedo, el terrible miedo vivido aquella noche ante el terror de las bestias en fuga.

Julio Vignola Mansilla

"La fiesta de mamá"

RECUERDAN, lectoras, de aquellos papeles para cartas, infantilmente adornados de finos encajes, flores multicolores, etc., sobre los cuales se escribian expresiones y deseos de felicidad en "la fiesta de mamá"?

Muchas de nosotras no los hemos usado, pero en cambio hemos encontrado en los recuerdos de familia esos vestigios pueriles de otros tiempos. Nuestras abuelas dejaron en esos papeles una caligrafia complicada, frases ampulosas que tenian por misión testimoniar el gran cariño, el reconocimiento eterno que se tenia hacia una madre.

Era simplemente conmovedor y un poco vano. Los tiempos han cambiado. "La fiesta de mamá" es un dia como todos los otros, durante el cual los hijos no se preocupan mayormente de ser ni mejor, ni más complacientes. ¿Por casualidad alguien se preocupa en adornar la casa en ese dia? ¿Se han molestado en llenarla de flores? ¿Se han mortificado en confeccionar a escondidas un objeto, la más de las veces inútil, pero si adornado tan sólo de una gran dosis de buena voluntad? No; todo aquello ha pasado al olvido; son costumbres fuera de moda y de actualidad.

Casi no recordarian de ese dia si no fuera porque mamá ha ofrecido a los suyos un delicioso postre, un plato extra o ha llevado a los niños al cine.

Entre los cumplidos oficiales, muy a menudo superficiales de ayer, y el "sans-gêne" o frescura de hoy, quizá haya un justo medio.

Muchas madres modernas, ciertamente, son a veces responsables involuntarias de esos olvidos; pero no hablaremos de ellas.

Quisiéramos que para "la fiesta de mamá" los miembros de la familia se sintieran unidos por un común cariño. En el transcurso de los años quisiéramos que esta fecha personal reuniera a los hijos dispersos en torno de aquella que los amó más que a si misma.

Deseariamos que en el calor del hogar, en una misma familia, la luz simbólica de la lámpara apareciera más pura, y las miradas más cariñosas.

Y largo tiempo después de que ella se haya ido, el dia de su fiesta quede entre los suyos, entre los que la amaron, como un recuerdo grato de dulce evocación. — *M.*



UNA RAZON

— ¿Qué significa esta conducta, Tomasa? Hace tres dias era un soldado; ayer un campesino... y hoy un primo...

— ¿Pero, señora, no ve que se van a casar conmigo?...

LAS DESVENTURAS



1



2



5



6



9



10

D E M A N E C O

POR LINAGE



3



4



7



8



11



12

Redes camineras de España y Francia

Durante los últimos cincuenta años hubo una tendencia a considerar los caminos como una cosa sobreviviente del pasado... Pero el camino recobró en pocos años su primera importancia. La ha recobrado y la ha superado.

Los más antiguos trazados de caminos dependían del terreno y de los obstáculos que era preciso salvar. En ninguna otra parte más que en los caminos primitivos la lucha fué tan grande contra la naturaleza, ni nunca se unieron los hombres, posiblemente, mejor en obra alguna.

Desde las primeras edades de la humanidad los caminos se fueron haciendo lentamente, sin plan, por las huellas de los senderitos de los peatones. Las pistas de las caravanas han sido un gran precedente, una gran base. En el transcurso de los siglos la ruta ha evolucionado, se ha adaptado. A veces ha desaparecido... pero solamente por un tiempo. Y esa evolución del trazado del camino está llena de enseñanzas para la humanidad contemporánea.

Pero hablando de caminos, es bueno mencionar a Francia. Sus rutas son dignas de servirnos de modelo, sin que ello quiera decir que las rutas modernas de España sean inferiores a las francesas. Ello sea dicho en memoria justa de Primo de Rivera.

En la Francia centralizada, las redes camineras convergen hacia la capital. La piedad medioeval creó las rutas de peregrinación; la voluntad de los príncipes creó las rutas "políticas", que siguen de muy cerca a los antiguos caminos o vías, naturales. Eso es lo que da la riqueza de la red mencionada. Las grandes rutas, con sus ramificaciones hasta los más simples caminitos de las chacras aisladas, es un sistema de equilibrio tan viviente, que hace recordar una plancha de anatomía donde esté descripta minuciosamente la circulación de la sangre.

Tal vez, empero, no haya otro país tan armoniosamente servido por sus caminos como lo es Francia. Las densidades comparadas de redes camineras lo demuestran. Por cien kilómetros de superficie, Francia cuenta, en efecto, ciento veinte kilómetros de rutas. La Gran Bretaña, 95; los Estados Unidos de Norteamérica, 62; Alemania, 55. De España no hay cálculo preciso, pero ciertamente no le va en zaga a las otras.

Tómese nota en nuestro país, con creciente interés, de todo lo que se refiera a desarrollo de las redes camineras.

En nuestra patria, no hay duda de que los ferrocarriles son muy importantes y que su desarrollo se impone por momentos.

Pero el aumento de las carreteras tiene la clave del porvenir. El progreso del automovilismo permite esperanzas ilimitadas. - *E. Encina.*



INFORMACION

— ¿Cuánto tiempo se emplea de aquí a la cascada?

— El tiempo de fumar tres pipas.

— Pero nosotras no fumamos.

— Entonces yo les daré tabaco.

Ventura de la Vega

El nunca bastante celebrado poeta don Ventura de la Vega, nació en Buenos Aires (América española entonces) el 14 de julio de 1807. Estudió en Madrid con profesores tan ilustres como Lista y Hermosilla, y tuvo por condiscípulos a Bretón de los Herreros, Narciso Serra, Mesonero Romanos, Escosura, Espronceda, Cheste y otros que han dejado glorioso nombre en la república de las letras. Muchos de aquellos jóvenes formaron una academia literaria, llamada El Mirto, presidida por don Alberto Lista, y que celebraba sus reuniones en el café de Venecia, y más tarde en el teatro del Príncipe, conocido, hasta hace poco tiempo, con el nombre de El Parnasillo. En uno y en otro lucía Vega su ingenio para los epigramas y para los chistes, en medio de aquella cohorte de poetas, de artistas y de literatos; pero sus escaseces eran tales, que, una tía materna, con quien Vega vivía, solía llamarle Ventura sin ventura. Dedicóse entonces a hacer traducciones y arreglos para el teatro, y su primera obra original, en un acto, titulada "Virtud y reconocimiento" fué estrenada en el teatro del Príncipe, la noche del 14 de octubre de 1824, la misma noche que, según dice un biógrafo, se estrenó también la primera comedia de Bretón de los Herreros, titulada "A la vejez viruelas". Las obras de Ventura de la Vega han logrado formar repertorio, y de ellas son muy populares "El hombre de mundo", "Jugar con fuego", "La segunda dama duende", "El héroe por fuerza", "La noche toledana" y "El marqués de Caravoca". Su tragedia "La muerte de César", se representó pocas veces, a pesar de su extraordinario mérito, por falta de actores trágicos en España. Vega tuvo que aceptar destinos oficiales para poder vivir. Fué empleado con 12.000 reales por don Martín de los Heros; director del Conservatorio, en 1856, cuyo cargo debió a don Cándido Nocedal; director del teatro Español por el conde de San Luis, y maestro de literatura y secretario particular de la reina doña Isabel II. En 1842, siendo pobre y estando cesante, le abrió sus puertas la Academia Española. Don Ventura de la Vega estuvo casado con la célebre cantante doña Manuela Oreyro de Lema, y la muerte de esta virtuosa señora afligió tanto al poeta, que hasta pensó en retirarse a un convento.

Estando muy enfermo en abril de 1865, un periódico dió por ocurrido su fallecimiento; y, al saberlo, Vega dijo a los que le rodeaban: "Consideren ustedes que, si yo me hubiera muerto, ¿por qué se lo había de negar a nadie?"

Y murió en la calle del Baño de Madrid, que ahora lleva su nombre, el 29 de noviembre de 1865.

Su cadáver reposa en un nicho de la Sacramental de San Isidro. —E.



—Delicioso, maestro, delicioso el retrato de mi señora.
—¿Verdad que no le falta más que hablar?
—¡No, no, no!... Déjelo cómo está.
(De *Lectures pour Tous*, París).

Indice semanal de



FEDERALISMO ARGENTINO

Por Ernesto H. Celesia.

Sabe utilizar los documentos el autor de este excelente trabajo histórico. Los utiliza como consumado historiógrafo; mas, al mismo tiempo, no olvida su condición de intelectual dado a las ciencias sociales y escritor que jamás desdeña la oportunidad de dar brillo y nueva vida a lo anecdótico. Córdoba fué el centro, diríamos, del formidable incendio del federalismo argentino. Hacia ella dirigieron sus miras los caudillos del litoral y de las tierras andinas. Desde los primeros días de la Revolución fueron sus campos escenarios de batallas y encuentros tan sangrientos como apasionados. Quien quisiera estudiar con algún éxito el federalismo argentino en ella debía establecer su cuartel general. Y así lo ha hecho el doctor Celesia. En los archivos de la docta ciudad se ha instalado y de ellos ha extraído no pocas piezas reveladoras y de importancia tal que, en muchos casos, echan por tierra cuanto hasta el presente se dijo y escribió. Abarca el caótico período que se inicia con la intervención de Artigas y termina con la época de Rosas. No es, empero, una obra árida y meramente documental. En ella ha interpolado numerosos episodios, aclaraciones y hasta retratos, diríamos, literarios de los que fueron actores en el fatal drama del federalismo, pero a los cuales debemos y deberemos en lo futuro no poco de nuestra, de todas maneras sólida, configuración política



LIBROS ARGENTINOS

Transformaciones modernas del derecho civil, por Enrique Díaz de Guijarro. — En los últimos años las instituciones fundamentales y características del derecho civil han sufrido una profunda alteración. Han aparecido nuevas formas aún no definitivamente consagradas ni caracterizadas. Existe una evidente necesidad de resolver los problemas económicos determinados por los acontecimientos que caracterizan a nuestro siglo: maquinismo, conflagración europea, post guerra, etc. Todo esto lo ha tenido en cuenta el autor y, en un breve, pero bien informado estudio, busca una orientación y una definición.

En torno a la cultura, por Juan Vázquez Cañás. — Un loable empeño es el que en cada una de sus páginas evidencia el prestigioso escritor. Tiene fe en la cultura; posee la convicción de que sólo ella es la que puede salvar a los pueblos y apartarlos del desquiciamiento hacia el cual ciegamente se encaminan. El mal, — como lo insinúa en el prólogo el profesor Pablo Pizzurno, — está en los maestros sin vocación. Es un mal ya viejo en nuestra tierra y que, caso extraordinario, lo ha traído el mismo afán de difundir la enseñanza. El maestro, el profesor, debe ser un sacerdote de la cultura. Apóstol, no tan resignado y paciente, como esforzado y voluntarioso. Educador y no un número más en el escalafón. Esto y mucho más es lo que dice y sugiere el excelente ensayo de Vázquez Cañás.

Balbuceos, por Virgilio Andrés Riba. — Dice el prólogo de este libro que su autor "es un nuevo y humilde soldado del grande ejército selecto de los poetas"... Numeroso ejército cuyas filas, en verdad, habría que diezmar sin contemplaciones de ninguna especie.

Protesta, por Manuel Dobarro. — Motivada está por la autorización legal para el ingreso de la Argentina en la Liga de las Naciones. No una sino varias veces el autor ha dejado escuchar su palabra sobre este asunto. Buenas razones esgrime; pero, desdichadamente, poco es lo que ellas influyen en el ánimo de gobernantes, legisladores y jueces.

LIBROS SUDAMERICANOS

Para meditar, por Justino Jiménez de Aréchaga. — Durante 143 días consecutivos el escritor uruguayo fué anotando acertadas reflexiones, oportunos comentarios, ejemplares anécdotas. Verdadera cátedra de democracia fué la suya. Escritor, pensador y combatiente, — perfecta expresión de una categoría de hombres que en el Río de la Plata trazó profunda huella, — dejó en esos fragmentos diarios algo así como el devocionario del perfecto demócrata. Acertado ha estado, pues, el hijo del gran uruguayo, al dar nuevamente a la estampa estas páginas tan bellas como henchidas de sabiduría y profunda civilidad.

Tiempo, papel y lápiz, por Marcela Paz. — Cuentos, narraciones, notas de ambiente. Todo lo ha reunido la autora como justificando la posesión de las tres cosas que dan título al libro. Y, a la verdad, ha sabido aprovechar su tiempo y no desperdiciar ni el papel ni el lápiz. Algunas de sus páginas permiten barruntar la existencia de un bien perfilado temperamento literario al cual, como a tantos otros de nuestra América, quisiéramos ver empeñados en obras más amplias, apartados definitivamente de este eterno ensayar literario que son los volúmenes dedicados a la recopilación de piezas breves y las más de las veces de tan dispar calidad como variada inspiración.

LIBROS ESPAÑOLES

La prensa madrileña a través de los siglos, por Antonio Asenjo. — Director de la Hemeroteca Municipal de Madrid, con los valiosos elementos que figuran en ella, ha escrito un interesante trabajo sobre el periodismo español desde año 1661 hasta el presente.

Historia del comercio mundial, por Manuel Pérez Urruti. — En quinientas páginas está sintetizada la vida mercantil de la humanidad. Método, ordenación y claridad son las características de la obra que llenaría una necesidad de nuestros institutos de enseñanza si aquí se le diera la debida difusión.

Yunque de plata, por Vicente Noguera. — Prosas breves, para ser gustadas entre meditación y meditación. Una indudable influencia de Tagore; pero, también, la suficiente fantasía para que no pasen inadvertidas.

Luz del alba, por Luis Carpio Moraga. — Una recopilación de poesías con "dedicatoria", que no sabemos si alguna vez hubiera estado bien. Hace cincuenta como hace cien años, el defecto, malgrado la impecable forma, siempre se le hubiera reprochado a este autor que parece deleitarse con la vulgaridad.

La Rapella, por Rafael Pérez. — Un heredero de glorias y blasones que ama, pero que no posee más que quiere casarse con una mujer a la



líbros y autores

su juvenil belleza. Una anciana octogenaria enarbola la espada de la tradición. Como escenario, el luminoso suelo levantino.

Historia del reinado de Alfonso XIII, por Melchor Fernández Almagro. — ¿Es posible mantenerse imparcial cuando no se ha cerrado aún el último capítulo, — o los últimos capítulos, — de la vida de un gobernante? La crítica española parece estar conforme con la imparcialidad del autor. A esto hay que agregar la calidad literaria de la obra y, naturalmente, el nítido perfil espiritual y físico del biografiado.

TRADUCCIONES AL CASTELLANO

Obras completas de Emilio Zola. — Traducidas por J. Krohn han aparecido algunas de las más notables obras del maestro del naturalismo: *Teresa Raquin, Magdalena Ferat, La Tierra.* La editorial argentina que las publica anuncia que, en breve plazo, completará toda la producción del novelista quien, hoy como ayer, disfruta de singular preferencia entre el público. Cumplidos los treinta años de la muerte de Zola, no ha aparecido en Francia, empero, la edición que se merece. El ejemplo, dignificándolas en calidad y presentación gráfica, lo dan en tierra extranjera.

Los escandalosos amores de Enrique VIII, por Perry Th. Seton. — Aquel monarca inglés mereció el sobrenombre de Barba Azul. Seis mujeres tuvo y a las que no llevó al patíbulo, las llenó de afrentas y mortificaciones. En esta obra, amena y sugestiva, se reconstruye la vida cortesana de Londres y se hace la historia de los amores e intrigas de cada una de las desventuradas esposas de Enrique, al que, no hace mucho, encarnó con extraordinaria fidelidad en la pantalla cinematográfica el actor Charles Laughton.

Antonio Trent, por Wynham Martyn. — Trent es un ladrón, nada vulgar, sino de esos que emplean métodos científicos y operan entre millonarios. Sus aventuras, como es de suponer, son el manjar predilecto de los chiquilines. El personaje no muere: como Sexton Blake, Tarzán, Sherlock Holmes y tantos otros, al final de la obra, anuncia que se apresta para un nuevo y espeluznante episodio.

LIBROS ITALIANOS

Sorelle, por Ada Negri. — Un libro esencialmente femenino, escrito por una mujer para las mujeres; por una hermana para sus hermanas diseminadas por el mundo entero.

Angioli della fine di giornata, por Lucio D'Ambra. — Este volumen es el segundo de la denominada *Trilogía del Patriarcato*, que, con éxito de crítica, inició el autor cno *Il guscio e il Mondo.*

Favolette e Strambotti, por Luciano Folgore. — Recopilación de poesías humorísticas, fábulas y epigramas.

LIBROS FRANCESES

Amerique Latine, por André Siegfried. — Inaugurando una colección destinada "a difundir entre el público francés y europeo, un poco mal informado, este Nuevo Mundo en el cual, en medio de las dificultades del presente, se elabora el porvenir de jóvenes y ardientes nacionalidades", el libro del notable americanista se especializa en la América Latina, cuyos aspectos varios analiza. No escapa a su observación ni la economía ni la política, ni el pasado ni el futuro, es de la mejor informadas que conocemos.

La pensée chinoise, por Marcel Granet. — Desde la más remota antigüedad hasta los tiempos modernos. Un verdadero complemento de la obra que anteriormente, en la misma biblioteca de Síntesis Histórica, ha dedicado el autor a la civilización china. Es, también, una interesante antología, por los muchos trozos intercalados en su nutrido texto.

Le naufrage de la Marietta, por Henry de Monfreid. — Un aspecto desconocido del novelista de los viajes y las aventuras. Recuerdos de infancia, aldeanos y montañeses, que terminan con la descripción del suceso que lo orientó en la vida y en las letras.

Succes, por Titayna. — Otra escritora enamorada de la aventura, de los países exóticos, del mar y de las gentes de color. Noches cálidas. Literatura muy hecha al paladár de los lectores modernos. Capítulos que ya no se sabe si han sido arrancados de la realidad o de un film de Van Dyke o Murnau.

L'Auberge du Chat Crevé, por Alfred Lavauzella. — Una obra llena de humorismo, de ingenio, de fantasía y comicidad. Cierto género literario no es posible tomarlo en serio más que a determinada edad; empero, puesto en manos de un autor de talento, puede proporcionar esparcimiento y sugerir más de un comentario.

Suárez



A LA SOMBRA DE JESUS
Por Rafael Ynsausti.

Rodeado por la turba cubierta de miserias y lacerías, frente a sus apóstoles y entre sus verdugos, al lado de las cortesanas y junto a los pecadores, así se nos aparece la dulce figura de Jesús en las ocho hermosas parábolas que ha escrito Ynsausti. Todas ellas son perfectas, de todas ellas mana una dulce y confortadora bondad. No parecen escritas por un hombre de nuestro tiempo... Pero, de todas ocho, una hay en la que el autor ha logrado la nota más tierna y humana al par. Es la que titula "El milagro"; es la que se refiere a la niña que, en medio de leprosos y bandidos, pretendió y logró llamar la atención del Maestro para que le curara el diminuto dedo que aparentaba tener enfermo. Todo es sencillez en esta página. Todo es, también, dulcísima emoción. Porque el Hijo de Dios, regocijado, agradece a su Padre el haber encontrado por vez primera en esta tierra la inocencia, la fe y el amor encarnados en una pequeñita. Así, a la sombra de Jesús, vance sucediendo las narraciones. No tiene, pues, razón el autor para decir que "en lugar de la cordera o las tórtolas que manda el Levítico, puso en el altar su corazón sensual". Ha puesto sólo su espíritu; pero, receloso y humilde, se empeña en aparecer como un pecador. No lo es, ni en manera alguna, con tan piadosas páginas puede parecerlo por más que diga lo contrario.



Curiosidades filatélicas

◀ ▶

Se habla de las posibilidades de que los Estados Unidos de América lance una emisión de sellos con los retratos de todos los presidentes que han muerto. La idea, en su generalidad, tiene muchas ventajas. Si algún niño o niña es colector de sellos le será muy fácil aprender la relación de todos los presidentes simplemente comenzando con el sello de un centavo, que deberá ser Wáshington, y así, sucesivamente, por orden cronológico. Aunque el presidente Coolidge fué el trigésimo presidente, actualmente sólo ha habido 28 presidentes que lo precedieron, ya que el presidente Glover Cleveland sirvió dos términos no consecutivos y que lo hacen ser el presidente Nº 22 y el Nº 24. Y aún habiendo solamente 29 presidentes con que adorna la nueva serie de que hablamos se presenta el inconveniente de que en las emisiones regulares de los Estados Unidos solamente entran 25 sellos. Sin embargo, debemos adelantar que todos estos comentarios son opiniones aisladas, ya que no hay indicio de que el Gobierno americano publique emisión nueva por ahora.

*

En Kosciuszko, Mississippi, se vendieron 27.093 sellos el primer día que se pusieron a la venta dichos sellos en esta población, que fué en octubre 13, 1933.

Llueve tan frecuentemente en la península Malaya (donde están localizados los Estados Federados de Malay) que por este motivo se dice que esta región tiene dos estaciones: una de lluvias, la otra de secas. Los nativos de este país son de piel obscura, amantes de la música, pero extremadamente supersticiosos. Para ellos, el espíritu es una diminuta persona, del tamaño del dedo pulgar, que abandona el cuerpo de las personas que duermen para ir a vagar y tener la experiencia de los sueños que tiene la persona que duerme.

Ellos creen que si la persona dormida tiene la cara pintada, el espíritu no la conocerá y dicha persona quedará dormida y sin espíritu hasta que le laven la cara. Toda la región Malaya está cubierta por densos bosques donde crece muy particularmente el árbol de la goma. Habitan en este país gran variedad de fieras, entre las cuales sobresale por su ferocidad el tigre, que figura en muchos de los sellos de esta nación.

*

El rey Fuad I, monarca de Egipto, ocupó el trono en 1922 cuando Inglaterra puso término a los derechos de dominación que tenía sobre este país. Egipto, que fué en la antigüedad una de las potencias del mundo, es conocida como "La cuna de la civilización". De aquella época a esta parte ha mermado mucho en su fortaleza de gobierno. Muchas naciones han conquistado los fértiles y valles del Nilo. En la cima de su gloria los persas ocuparon a Egipto; los sucedieron los griegos bajo el mando de Alejandro el Grande; luego los romanos, comandados por Augusto; los turcos y, por último, Inglaterra asumió la ocupación del país en 1882 cuando el pueblo amenazaba con sublevarse. Esta ocupación inglesa se prolongó por 40 años. A raíz de la Gran Guerra se difundió por todo el país el sentimiento independentista con el lema de "Egipto para los egipcios", y fué de tal magnitud el movimiento que Inglaterra, juiciosamente optó por cederle los derechos de soberanía a esta nación, y exaltaron al reino a Fuad I (cuya efigie aparece en los sellos de este país). Sin embargo, a pesar de que Egipto es una nación independiente siempre se deja sentir en su gobierno la corriente inglesa, que aún ejerce su influencia en este país.



— Por culpa de ese chico no puedo yo bautizar al mío.
— ¿ . . . ?
— Porque le pusieron José Antonio Domingo Javier de las Mercedes y Cascales de Romaguera. Cuando llegó el mío se habían acabado los nombres.

(De *Gutiérrez*, Madrid)

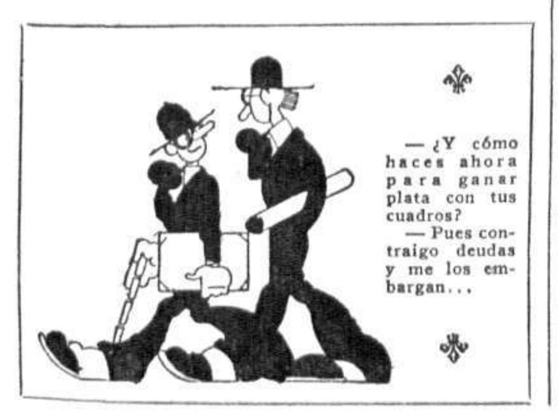
Biblioteca de ruidos

"Bibliotecas de Sonidos" son hoy tan importantes en Hollywood como bibliotecas de film en la época de las silentes, cuando un descarrilamiento, un incendio o cualquier otro episodio espectacular se conseguía en un momento con sólo acudir a las bibliotecas donde se hallaban las escenas catalogadas y archivadas. Desde el advenimiento de la parlantes, Columbia ha reunido un archivo de más de 8 millones de pies de banda de sonido, lo que, de acuerdo con los adeptos a las estadísticas, significa unos 24.000 kilómetros de película, que tomarían 139 días con sus noches pasando continuamente por un proyector, es decir, si el proyector no se va al tacho.

En un depósito a prueba de incendio, en cajas de lata y con sus correspondientes rótulos, los "efectos de sonido", fila sobre fila, aguardan a la mano que venga en busca de un terremoto o de los sonidos imaginables catalogados por orden alfabético e incluyen de la risa de una hiena a los sollozos de un bebé, del fragor de paredones que se desploman al susurro de pisadas sobre una alfombra.

A los individuos encargados de recoger y preservar estos miles de sonidos les llaman "sound hunters" o "cazarruidos". Según dicen, un buen "cazarruidos" lo mismo que un poeta, nace, no se crea. Paciencia, imaginación y suerte, combinadas con habilidades de un repórter, de un detective, de un técnico y de un artista son los requisitos para ser un "cazarruidos" de primera.

Después de reunir los sonidos necesarios para una escena, el "mixer" o mezclador, se encarga de combinarlos. En una escena de "Un Breve Instante" en la cual Carole Lombard aparece como cantante de un cafe elegante, para precaver cualquier percance por parte de la concurrencia, se grabó solamente la voz de Carole y la música. Más tarde el experto "mezclador", usando simultáneamente varias bandas de sonido, combinó aptamente el cuchicheo de la concurrencia, ruidos como el de una silla al ser movida, el sonido de los licores al ser escanciados, la conversación en voz baja entre dos espectadores, los ruidos que vienen de la calle al abrirse la puerta del café, y todos estos ruidos distintos y separados... para una pequeña escena. Más de mil pies de banda con los sonidos requeridos se usaron en la escena que solamente tiene unos 200 pies de largo. Así es como Hollywood combina la fotografía y el sonido para alcanzar el máximo grado de realismo.



POR FLORIDA PASEAN MUCHAS BELLEZAS

Por Renée de L'Enclos

Una de las cosas que más llaman la atención de los que visitan nuestra capital la constituye la abundancia de mujeres de gracia sin igual que pasean por nuestras calles. Si esos extranjeros averiguaran el porqué de tanta belleza hallarían la respuesta en el hecho de que la mayoría de las mujeres porteñas presta una especial atención al cuidado de su cutis. Y, también, llegarían a saber que las lindas mujeres argentinas, en un 90 % por lo menos, deben su hermosura no a costosos tratamientos seguidos en institutos de belleza, sino que a simples substancias que es posible hallar en toda farmacia, substancias que yo siempre he aconsejado y algunas de las cuales cito a continuación.

LA IMPORTANCIA DEL CUTIS. — La belleza del cutis nunca ha sido de tanta importancia como ahora. Ya no es posible ocultar un cutis descuidado bajo una capa de cosméticos. Por otra parte, se insiste en que el cutis ha de ser completamente natural. Y ¿qué me dirá usted si le aseguro que puede usted tener a cualquier edad, un cutis naturalmente juvenil? Y bien, eso es así, como lo oye. Cera mercolizada se llama la cera que ha de embellecerla. Cómprela en la farmacia y pruébela. Al cabo de diez días usted notará que habrá desaparecido su vieja tez desgastada y descolorida, y que habrá sido reemplazada por un nuevo cutis resplandeciente de juvenil belleza. La cera mercolizada absorbe la vieja cutícula exterior y hace que la epidermis se mantenga fresca y sin defecto alguno.

ENCANTO FEMENINO. — Ninguna cara puede ser bella si el vello la desfigura. La ciencia moderna ha hallado en el porlac la base de un racional y sencillísimo remedio contra el vello. En toda buena farmacia usted halla porlac pulverizado. Mezcle usted un poco de porlac con agua. La pasta así resultante aplíquesela suavemente a las partes invadidas por el incómodo vello. Usted verá los pelos superfluos secarse y caer en forma fulmínea, dejando el cutis terso y sin sombras. El porlac no favorece la reaparición de los pelos. Se lo puede emplear con toda confianza, aun tratándose del cutis más fino y susceptible.

BARRILLOS, PECAS, Etc. — Aquí va un consejo destinado a las lectoras fastidiadas por esos destructores de la belleza. Disuelva usted stymol (que usted adquirirá en una farmacia) en un vaso de agua caliente y, una vez que la efervescencia haya cesado, báñese con la loción así obtenida las partes afectadas. Séquese, empleando una toalla blanda. Los insolentes barrillos, sin necesidad de presión alguna, irán trasladándose a la toalla a medida que usted se vaya secando. Repítase este tratamiento hasta la total extinción del defecto.

EL HOMBRE

La filmación de un



La misteriosa figura del hombre invisible vestido y con la cabeza vendada. Su cabello, ahora plenamente visible, va desvaneciéndose gradualmente en las escenas posteriores.

Ustedes pueden ver al hombre invisible en la pantalla como la extraña figura enmascarada que aquí se describe. Desnudo escapa a toda observación. Tal personaje habíase recluído en un mesón de Inglaterra para completar sus experimentos y, si fuese posible, descubrir ciertas preparaciones químicas por medio de las cuales retornar a su normalidad.

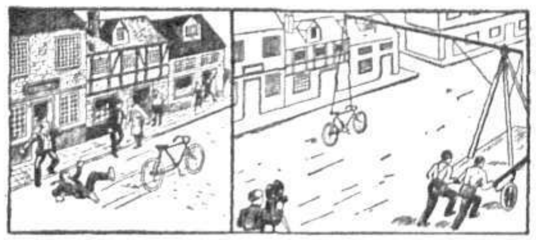
Es irritable y vengativo. Sostuvo una reyerta con el encargado del mesón y su esposa, y entonces éstos llamaron a la policía y a algunos vecinos para que les ayudaran, pero él se burla de sus pretendidos capturadores, se despoja de los vendajes y de las ropas que cubren su cuerpo mientras los representantes de la ley y los curiosos se sienten estupefactos y temerosos. El espectáculo no es para menos. Primero vieron a un hombre sin cabeza, luego el saco y el pantalón, que *caen sobre* el suelo junto al calzado; en seguida una camisa "flotante" que ondula por el salón, y la camisa también *cae*, y acto seguido nada... no vieron nada humano, pero sí comenzaron a ver botellas y libros trasladados violentamente de un lado a otro, y una puerta y una ventana que se abren solas, en tanto que, por manera desconcertante, la invisible figura se "entretiene" en golpear a varios de sus perseguidores.

Luego, escapándose del mesón, se apodera del biciclo de un espectador, lo maneja calle abajo y lo estrella contra una pared, siempre perseguido por la gente.

Continuando sus endiabladas travesuras, arrebata el sombrero a un viejo, hace trizas los cristales de una ventana y finalmente prosigue su camino.

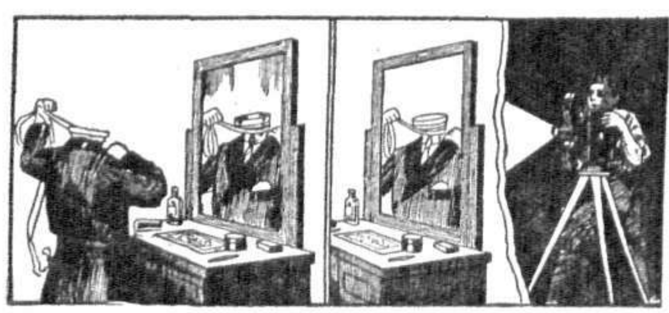
Así da comienzo el movido argumento del hombre invisible, el cual intenta luego asociar a su empresa a un amigo suyo, hombre de ciencia, y su encuentro con éste es de lo más interesante. Penetra en su estudio invisible al ojo humano; en la estufa remueve leños, se apodera de fósforos y enciende un cigarrillo, despidiendo bocanadas de humo tranquilamente... El amigo experimenta el colmo de la sorpresa al escuchar una voz conocida, pero nada humano ve, excepto el moverse de los objetos inanimados, el traslado y arrastre de sillas y los libros que cambian de lugar... todo ello juguete de las invisibles manos del visitante.

El hombre invisible le pide ropas. Sufre de resfrío por haber andado desnudo, condición esencial de la que no puede prescindir su invisibilidad. Pide gasas para vendar su cabeza. No sin recelo y fuertemente impresionado, el amigo se apresura a servirle lo pedido, y poco después el visitante se corporiza arropado y con la cabeza vendada, muy semejante a como se presentó en las primeras escenas. Habla de sus propósitos ambiciosos de dominar el mundo, y tales ambiciones las va realizando de diversos modos. Se burla de



El hombre invisible manejando furiosamente el biciclo robado calle abajo. El biciclo está suspendido de delgados alambres invisibles por el aparato que muestra el dibujo y que la cámara no enfoca.

la policía, que forma cordón alrededor de la casa, avisada por su amigo, que le traiciona, y se venga de él agarrándole y metiéndole en un automóvil que se dispara sobre un precipicio... Descarrila un tren, aterroriza a la gente con sus diabólicas burlas; desconcierta a los mejores detectives locales, estando entre ellos, en la misma pieza, mientras planean su captura, y termina siendo una horrible amenaza, no solamente para los que intentan capturarle o matarle, sino para los inofensivos curiosos. Roba dinero de un banco y los despa-



La escena del espejo es tan curiosa como difícil. La reflexion ha sido tomada separadamente para luego ser combinadas las fotografías. El mismo método suele usarse para filmar paisajes.



La cabeza, cubierta con una máscara negra, es invisible contra un fondo negro.

INVISIBLE • argumento desconcertante

Por Edwin Schallert



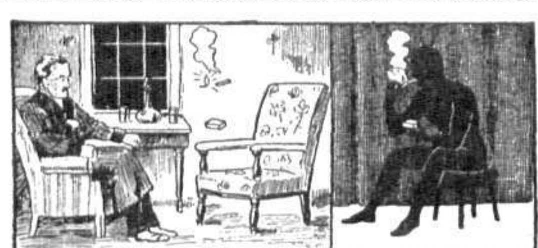
Claude Reins, el hombre invisible en la película del mismo título, dirigida por James Whale, en una escena con Gloria Stuart.

Imaginémonos el poder de un ser humano que es capaz de hacerse invisible a sus semejantes; figurémosle lo fácil que le será desvalijar las gavetas de los pagadores de cualquier banco, estén o no presentes éstos; cómo podría acechar a sus víctimas, hundiéndoles un puñal por la espalda; cómo podrá precipitar al abismo cualquier tren con un simple cambio de palanca, y cómo, en fin, podrá sembrar la destrucción y la muerte impunemente y a su capricho.

Imaginémoslo todavía sorprendiendo los secretos de cualquier gobierno y vendiéndolos al enemigo; escuchando astutamente sensacionales revelaciones privadas o comerciales, para luego divulgarlas por el mundo... ¡sin que nadie logre echarle la mano encima! El alcance del poder de esta extraña y traslúcida individualidad se pone de relieve en la asombrosa película titulada "El hombre invisible", la que ofrece efectos "mágicos" exclusivos. La principal característica de la misma consiste en ser invisible su desconcertante protagonista. Unicamente cuando la nieve cae, o el humo, o el polvo más o menos condensado, puede su figura advertirse.

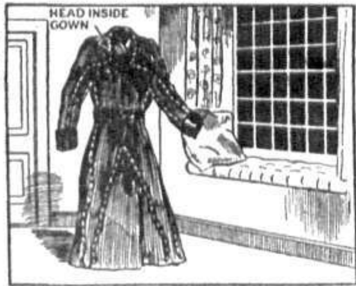
Cómo se ha logrado hacer visible lo invisible cinematográficamente — millones de personas lo han visto — es lo que se explica en este artículo.





Los misteriosos fósforos y el cigarrillo fueron fotografiados cuidadosamente en doble película, el actor resulta invisible en su negro traje.

La forma proporcionada del vestido del hombre invisible requiere ser rellenado y contiene pequeños agujeros.

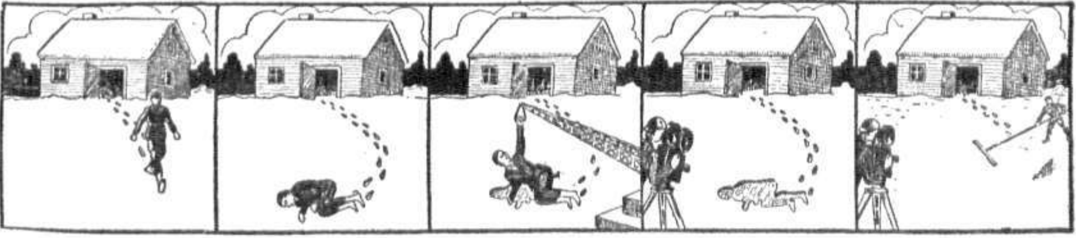


rrama por la calle, divirtiéndose con los tumultos que provoca, despeña a un hombre que se esfuerza en echarle mano y descorazona a la mujer amada en su manía por dominar y horrorizar.

Convertido en un astuto fugitivo, acosado de cerca, no porque lo vean, sino por los estropicios que va sembrando en su trayectoria, se esconde en un granero, donde, entre el heno amontonado, pretende dormir y descansar. Pero sus ronquidos le denuncian al campesino cuidador, y éste informa a la policía, la cual acude presurosa y rodea el granero donde el hombre se halla oculto... La nieve cae, blanqueándolo todo, de modo que se presume que su figura podrá ser visible al exponerse a los copos de la nieve o a lo menos, sus huellas. Procediendo en consecuencia, la policía se prepara... e incendia el granero. El hombre invisible, huyendo de la quema, se arroja sobre el suelo, y la marca que imprime su cuerpo sobre la nieve es observada. Se acercan y tropiezan con algo inmóvil... y lo conducen al hospital malherido. A medida que va agravándose se va tornando visible su humana forma, y así muere.

Ahora bien; se han utilizado diversos trucos fotográficos para filmar esta película sorprendente, entre otros, el manejo de alambres invisibles para mover botellas, libros, sillas y otros objetos, así como para abrir las gavetas de los pagadores del banco. Esta parte técnica es muy simple aunque de mucho efecto. En una botella cuidadosamente guardada en el laboratorio para que manos ajenas no hiciesen uso de su contenido, estaba el líquido de la invisibilidad, una preparación química parcialmente aisladora. Las cortinas fueron descorridas, lo mismo que las ventanas, por el procedimiento de los alambres, y así también se echó leña al fuego de la estufa y se manejó el biciclo.

Digamos, para terminar, que la técnica de los trucos alcanza ya, en la industria cinematográfica, un progreso "mágico" capaz de representar en la pantalla los efectos más increíbles y los argumentos más aparentemente disparatados o precientíficos.



La escena final, cuando el hombre invisible es desalojado del granero, se preparó retrotrayendo sus pisadas de escenas anteriores, utilizándose, asimismo, otros trucos aisladores y combinables.

La sanción en la enseñanza

En reacción contra la rutina, contra el autoritarismo absoluto y otros métodos educativos que han durado demasiado tiempo, muchas gentes denuncian hoy las sanciones en la educación como ilegítimas y arbitrarias.

Para conocer al respecto el pensamiento de los partidarios de la nueva habrá, ante todo, que profundizar ese pensamiento, distinguiendo, por ejemplo, los métodos de los principales, buscando hasta qué punto los más advertidos consideran que "toda sanción se opone al feliz desarrollo de la personalidad infantil".

Pero no tenemos lugar ni tiempo para emprender un estudio dilatado sobre una cuestión de tal importancia. Bástenos con recordar que los principios verdaderos de la educación son inmutables, pero que deben tener en cuenta los mejores métodos que las ciencias revelan día por día.

Sin embargo, y por extraño que parezca, los principios están en juego. Tanto por los padres de familia, los mejores, influenciados más o menos por las ideas que cada época lleva consigo, no saben ya si pueden legítimamente castigar o recompensar... y admitir que se recompense o se castigue al niño. Pero afirmemos que la sanción es un acto de difícil aplicación; es un arte que requiere madura y serena reflexión.

Hay que volver a los principios.

Recompensar o castigar, supone que se reconozca una ley moral, una autoridad que la funde e interprete con justicia; y ello implica lógicamente que la naturaleza del niño no es perfecta y que el educador debe corregir, enderezar, guiar.

¿Qué padre o qué madre abandonarían al pequeñuelo a su fragilidad?

A toda edad se debe hacer una elección de la que depende el perfecto desarrollo de la personalidad del educando.

Pero ¿el educador podría trabajar sin sanciones?

No lo creemos.

¿Por qué?, preguntamos. Porque, en efecto, no hay acto humano que no llame una consecuencia, es decir, una sanción, y las sanciones educativas deben encaminar al niño hacia las más altas sanciones que, llegada la edad, le permitan ejercitar su conciencia, su criterio.

La educación debe estudiar sinceramente al niño, su naturaleza, sus recursos y sus deficiencias. No es cosa fácil.

¿Pero es que acaso las cosas fáciles son las únicas que deben tenerse en cuenta y practicarse en la enseñanza?

Castigar, recompensar... He aquí todo el arte de la docencia.



—Pero, ¿puede saberse por qué motivo siempre que vengo a tu casa te encuentro haciendo un solitario?

—Porque tengo la solitaria y voy a ver si la hago salir...

(De *Gutiérrez*, Madrid)



BARTOLO DATE LA BIABA!...

TANGO CANCION HUMORISTICO

Versos y música de F. BOHIGAS

I PARTE

Che, Bartolo, despertate... Bajá pronto de la higuera...
No te hagás el Juan Tenorio con las canas que tenés;
Hoy las viudas más rabiosas, las casadas y solteras
Se derriten por los hombres que dan las doce a las diez...
Todavía, che, Bartolo, a pesar de las cuarenta
Que los años te han cantado, vos tenés renovación;
Si aspirás a ser vos solo quien cocine la polenta
Escuchá mi dato brujo y será tu salvación:

REFRAN

Bartolo, date la Biaba,
Con "Progresiva De Santo"
¡Que tu pelo, te garanto
Recobrará su color!
No pierdas tiempo, Bartolo...
Que cuando estés bien "teñido"
¡Vas a ser el elegido...
Vas a ser el ganador!

I PARTE (Bís)

Ya te veo por Florida hecho un Dandy a la Piuvela;
Y con diez abriles menos, como un Adolfo Menjou...
Con tu pinta rosagante, tu peinado a la alta escuela,
Y tu hermoso pelo negro, repartiendo juventud...!
¡Ah!, Bartolo, sensa grupo te vas a apuntar un tanto
Entre las pibas más papas y de talle cimbrador...
¡Aprovechá esta bolada, la "Progresiva De Santo"
Será el agua milagrosa en los triunfos de tu amor!

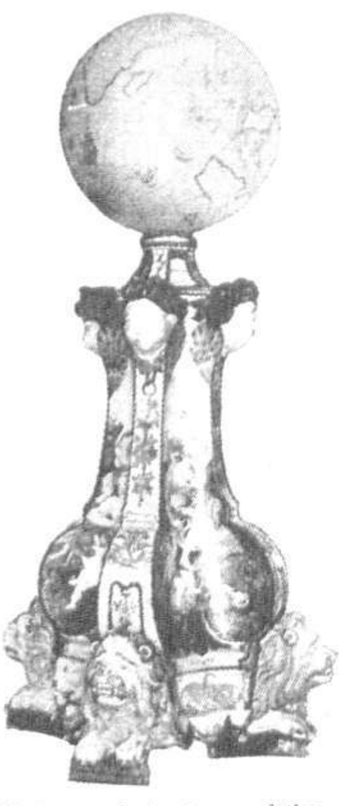


¿Desaparecerá la Tierra en 1939?



El sabio director del observatorio de Francfort-sur-le Rhin debe, probablemente, figurarse que no tenemos bastante con las inquietudes actuales, y nos regala una más.





Cierto que el planeta es, relativamente, tan frágil como esta porcelana de Ruán, que pintó Pierre Chapelle, en 1725; pero no es de temer, por ahora, la rotura definitiva.

VOSOTROS os atormentáis porque el comercio y la industria se hallan en un estado de vida disminuído; la desocupación es vuestra pesadilla... Algunos de vosotros tenéis miedo a la guerra y sus horrores... Tranquilizaos; todo eso no es nada junto a lo que nos espera... En 1939 la Tierra habrá desaparecido, y vosotros con ella. Por otra parte, si tuvieseis ojos para ver y oídos para oír, habríais ya notado qué fenómenos anormales presenta nuestro globo desde algún tiempo. Las variaciones bruscas de temperatura, el frío y las nieves de 1932, el invierno brutalmente precoz de 1933, los sobresaltos repetidos que afectan a nuestro planeta, erupciones volcánicas como la del 24 de diciembre, en el Japón, y del 26 del mismo mes en Manila; detención de las mareas en torno a ciertos sitios del Pacífico, todo ello debido a un cometa que se aproxima con una velocidad formidable, y que pulverizará a nuestro globo en 1939. No podéis nada contra ese peligro. Resignaos a lo inevitable y aprovechad agradablemente los cinco años de vida que os restan".

Lamentamos profundamente no ser tan pesimistas como el director del observatorio de Francfort, el cual nos resulta demasiado afirmativo. Y nos permitimos, pues, esperar sin demasiada inquietud, porque no es ésta la primera vez que el globo terráqueo vive bajo la amenaza de un choque.
blar y temer el llamado Gran
En 1861 dió mucho que ha-
Cometa. Los lectores recordarán todo cuanto se dijo del célebre cometa de Halley, en 1910.

Posiblemente, hacia el 9 de octubre próximo pasado, la Tierra pasó por entre los despojos o ruinas del cometa Giacoline, ahora en vías de desintegración. Este encuentro nos ha proporcionado un hermoso espectáculo: la copiosa lluvia de estrellas, que numerosos espectadores pudieron contemplar.

Tal vez algunos lectores nos vuelvan la oración por pasiva, argumentando que tal paso puede ser el motivo de infinidad de cosas ocurridas en el mundo y en vísperas de ocurrir.

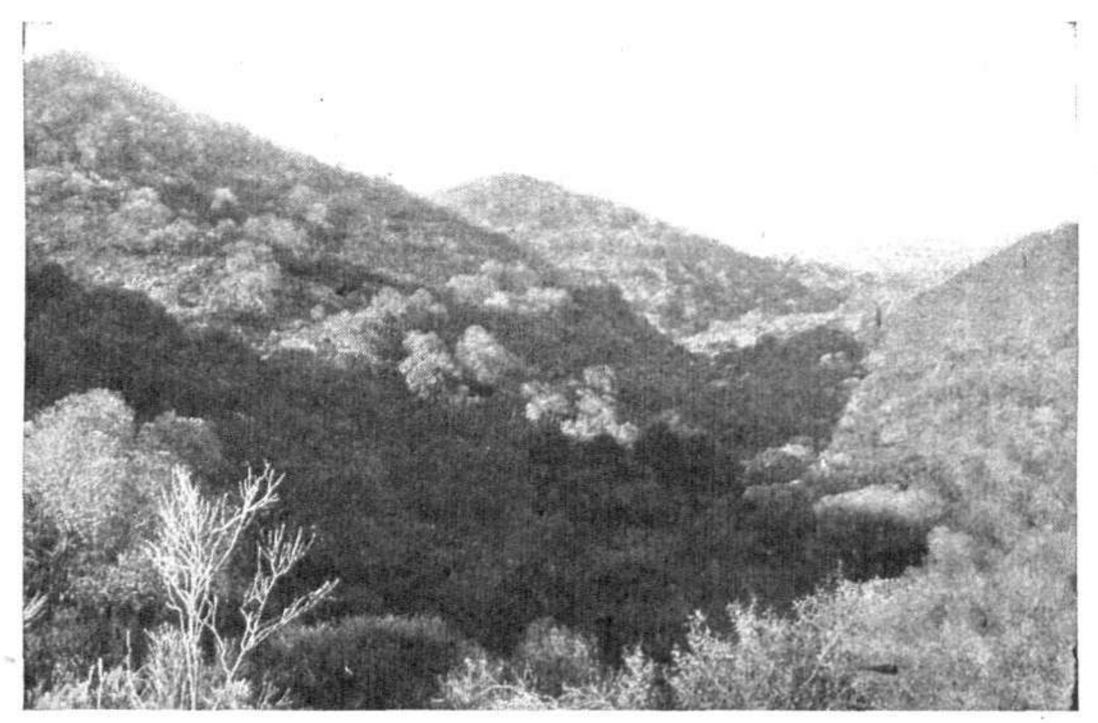
Según la ciencia astronómica, un cometa es un espectro, un "nada visible", una "sombra sugestiva", como llama a esta clase de cuerpos celestes cierto sabio astrónomo.

El fantasma se compone de tres partes: un "núcleo", parte donde la materia cometaria parece más condensada y más brillante; la "cabellera" o aureola luminosa, que rodea el núcleo; la "cola", formada de gases y de partículas, tan pequeñas que la luz solar las rechaza, a causa de la presión que ejerce sobre ella. El núcleo y la cabellera forman la "cabeza" del cometa, cuya masa es despreciable, comparada con la masa de la Tierra. Es un conjunto de materiales de densidad más que mediocre.

A despecho del sabio astrónomo, el planeta no morirá en 1939; su desaparición lógica hállase calculada y temida para dentro de millones y millones de años.



La esfera celeste, según el mismo ceramista, magnífica y grandiosa, no parece haber decretado que nuestro globito se encuentre con unos de los astros coludos que la surcan.



Suaves, verdes, los cerros de la serranía chica se hacen más atrayentes aún en los días luminosos de otoño.

LA PAZ OTOÑAL EN LAS

POR JULIO

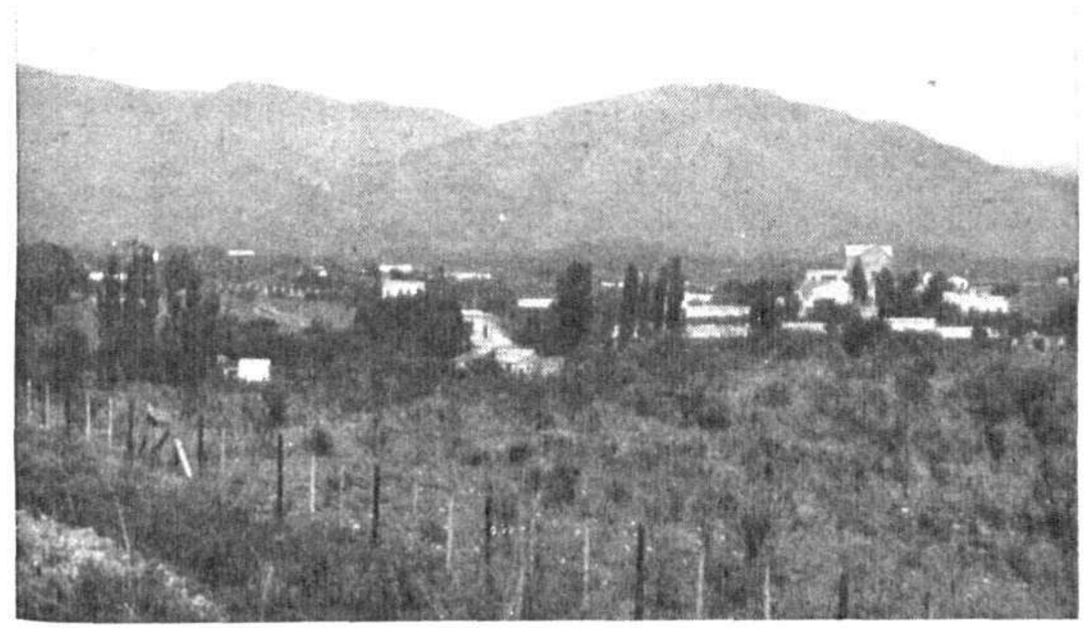
En cualquier época del año la serranía cordobesa es descansadero para el ánimo. El hombre que viaja con espíritu de turista acaba por ser un gustador de sus paisajes, por darse a ellos, para llevárselos luego dentro suyo. ¡Y qué bien vagan los pensamientos en un recuerdo de montañas! ¡Y qué nostalgia cuando los pensamientos se van y queda sólo el recuerdo montañés! Los cuadros son tan diversos como los contempladores, algunos de los cuales suelen transformarse en contemplativos: aquí, de colinas suaves; más allá, de cerros — verdes casi siempre, — enmarcadores de apacibles valles; hacia San Luis, camino de Mina Clavero, alturas bravías y propicias a quienes aman soledades recias. Y en todas partes el agua, clara, transparente, luminosa; y en todas partes el cielo, ese cielo de Córdoba, azul como un esmalte o movido con grandiosidad borrascosa. Pero es, en modo es-

El dique San Roque. Al fondo, entre pequeñas elevaciones, el lago, otro encanto tranquilo de las sierras.

▼

Escondidos en todos los lugares serranos, los caminos destacan el encanto de los paisajes que cruzan.





Al pie de la cadena de montañas que se extiende hasta Capilla del Monte, surgen, a cada paso, blancos pueblecillos.

SIERRAS DE CORDOBA

N D A R T E

pecial, en el otoño cuando los paisajes de la serranía cordobesa adquieren su punto máximo de hermosura. Sobre el verde perenne de los cocos y los molles, los sauces-mimbres, las higueras, los nogales, los espinillos, destacan rojos, ocres, grises argentados y negros, como en una escenografía gigantesca, animada sólo por el silencio. Mientras escribo estas líneas estoy a solas con el recuerdo de la serranía, y los nombres de las estaciones que me indican la proximidad de la capital cordobesa — río Segundo, Toledo, Ferreyra — me hacen pensar en los rincones serranos vigilados por el Uritorco, el Pan de Azúcar, los Gigantes de Achala, y me contemplo a solas, curándome de este dolor, precursor del pan del día siguiente...

Julio Zudarte



Uno de los más hermosos rincones de Alta Gracia, lugar de retiro, el más conocido de todos los de Córdoba.

▼



Paisaje a orillas del Anizacate, al sur de Alta Gracia, algunos kilómetros antes de volcar sus aguas en el *río Segundo.*

Los rayos cósmicos

Hace algún tiempo opinaba el doctor Millikan que la intensidad de la radiación cósmica recibida por nosotros era la décima parte de la de todas las estrellas juntas; pero nuevos experimentos le han convencido de que es igual que la de las estrellas.

Millikan envió globos sonda, con los necesarios aparatos, a una altura de 32 kilómetros, y electroscopios en aeroplanos a nueve mil metros, convenciéndose de que los rayos cósmicos eran compuestos; es decir, que tienen sus colores o bandas espectrales, aunque nosotros no podamos verlos con nuestros ojos. Ha encontrado hasta cinco de estos colores.

Lo que para otros no son sino electrones, para Millikan son el resultado de colisiones de los verdaderos rayos cósmicos con los átomos del espacio, que disgregan a éstos soltando protones y electrones de gran violencia; interpretados por otros como rayos cósmicos. Para él las radiaciones primarias que vienen del espacio interestelar son vibraciones electromagnéticas o protones de grandísima fuerza penetrante.

Al mismo tiempo que Millikan lanzaba globos sonda y se elevaba en aeroplanos, el doctor Compton, que cree que los rayos cósmicos son electrones sencillamente, llevaba también a cabo sus experimentos, basados en el efecto magnético de la tierra.

Como nuestro globo es un enorme electroimán, desvía los electrones — rayos cósmicos — hacia los polos. El doctor Compton comprobó lo que suponía: que al ecuador magnético, al nivel del mar, llegaban muy pocos electrones.

Había, pues, motivo para suponer que en una zona intermedia los rayos llegarían solamente en una dirección: los rayos postivos, del oeste; los negativos del este, debido a la desviación causada por la tierra.

La región o zona intermedia para estudiar esta hipótesis fué la ciudad de Méjico, donde el doctor Compton y su ayudante, don Luis Alvarez hicieron las medidas necesarias, obteniendo el resultado que de antemano aguardaban; es decir, que los rayos llegaban del este y del oeste, pero más marcadamente de occidente. Estos rayos positivos del oeste pueden muy bien ser los nuevos positrones o electrones cargados positivamente, descubiertos por Anderson.

Hay, pues, diferentes opiniones sobre la naturaleza de los rayos cósmicos, y los que las mantienen encuentran de día en día nuevas pruebas para reforzar sus respectivas teorías.



DE REUNION

— ¿No me dices nada, Lolita? Me he dejado el bigote.

— ¡Ah!, ¿sí? ¿Y no sabes dónde?

(De *Gutiérrez*, Madrid)

El café con achicoria

La privación del café, para ciertos enfermos, viene a ser un sacrificio muy duro. El médico, frente a su enfermo desolado, busca a menudo un paliativo y concede — si verdaderamente resulta imposible prohibirlo — tomarlo muy claro, es decir, poco cargado y adicionado de achicoria mitad y mitad.

El paciente queda más conforme. El médico sabe bien que los principios depurativos de la achicoria contrarrestan los efectos nocivos del tanino. Todos pueden comprobar por sí mismos que el café con achicoria no hace mal ni produce ningún trastorno; antes bien, aumenta el apetito.

¿Ese café es verdaderamente agradable para una persona habituada a tomar a diario un café puro?

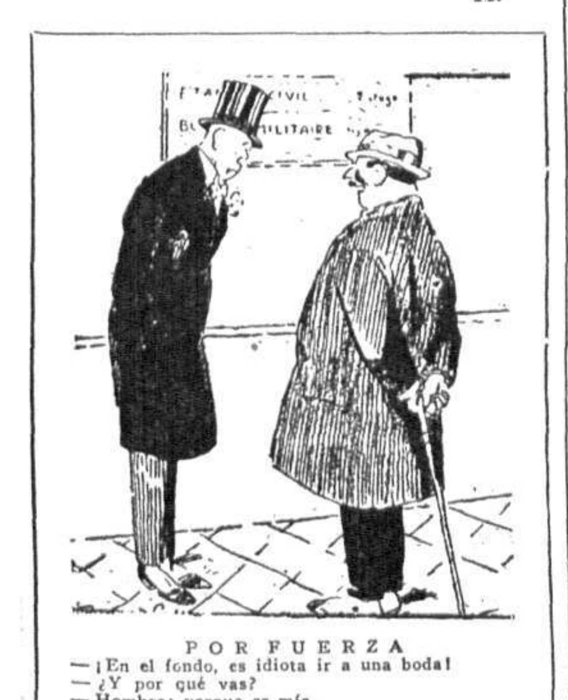
A la verdad, un café con achicoria, bien hecho, empleando un café en grano de primera calidad, viene a ser una bebida agradable, asimismo para los "gourmets" como para los enfermos. Unicamente que aquí la calidad de la achicoria debe ser de mejor calidad que la del café, desde el punto de vista del paladar y de la terapéutica.

El café con leche preparado con dos cucharaditas bien llenas de achicoria por cada taza sale mucho mejor que con café puro. Hay más, el café así preparado tiene la ventaja, al ser mezclado con leche caliente, de poderse conservar varios días, tres o cuatro en el verano y seis u ocho en el invierno, siempre y cuando esté guardado en botellas bien limpias y bien tapadas.

Además posee la ventaja de ser algo refrescante y conviene particularmente para los niños, convalecientes y personas de edad.

He oído decir que en ciertas confiterías de renombre usan con gran éxito el café con achicoria en la leche de la crema chantilly para los pasteles grandes y chicos.

M.



POR FUERZA
—¡En el fondo, es idiota ir a una boda!
—¿Y por qué vas?
—Hombre: porque es mía.

CINCO MINUTOS

EL director George Cukor, en *Cena a las ocho,* ha acentuado tanto los caracteres de los personajes que ellos resultan como la síntesis y expresión de cada uno de los grandes actores que intervienen en la obra. De todos, es Lionel Barrymore el que mejor está. Pero, es indudable que, en el caso de su hermano John, no ha sido posible encontrar más compenetración de personaje y actor. Lo mismo diremos de Wallace Beery, de Jean Harlow, de Marie Dressler y de los restantes. Quien, en el futuro, quiera tener una acabada muestra del arte y la personalidad de estas figuras de la cinematografía, deberá acudir a este film. Es una verdadera antología, diríamos, del cine de estos tiempos.

* Wallace Beery, mientras rodó en Méjico las principales escenas de su *Viva Villa,* estuvo en compañía de la pequeña Ana, su hijita.

* La crítica norteamericana ya nos había adelantado bastante sobre la actuación de Greta Garbo en *Reina Cristina.* Empero, nada hay que se pueda comparar con la impresión que la extraordinaria mujer produce en el espectador desde el instante en que hace su aparición en la pantalla. Anula al argumento y, utilizándolos, elimina al resto de los actores. Ni las más completas de las biografías de la famosa reina nos trasmiten idea tan perfecta de su extraña psicología. No ha podido acertarse más en la elección del personaje, si bien es verdad, la dirección de Mamoulian se ha superado a la desarrollada en films anteriores. La Garbo, en su transitorio apartamiento de la pantalla, ha ganado en pureza de expresión y naturalidad interpretativa. Está toda ella en el film y hasta a aquellos que harto saben de los recursos y trucos de la técnica, sorpréndeles la realidad que pone en su labor. Vive el personaje y sobrepasa los límites de todo cuanto es posible suponer en este ya casi arte de la pantalla al que tantas sorpresas le debemos, entre otras, la de esta mujer que atrae y polariza la admiración y la simpatía de cuantos la contemplan una sola vez.

* La Semana Santa ha incitado a los exhibidores a desenterrar, — otro no es el término, — cuantos ejemplares de la Pasión andaban perdidos por ahí. Se ha podido, de esta manera, asistir a una exhumación del films de hace diez y más años, con todos sus perjuicios y también con todo su aspecto pintoresco y prehistórico.

* Otro de los temas del que se ha hecho abuso es el de los films religiosos. Hemos tenido a un San Francisco que, verdaderamente, si no ha sido condenado desde el punto de vista religioso, bien ha debido serlo desde el artístico.

* Spencer Tracy provoca agudas discusiones con su actuación en *El poder y la gloria.* Para unos,

Greta Garbo nuevamente reunida a John Gilbert, en su extraordinaria creación "Reina Cristina".

Spencer Tracy, al que con acierto se le asignó Colleen Moore por compañera en "El poder y la gloria".

DE INTERVALO

encarna a un personaje odioso y mezquino, tal cual lo consideran en los comienzos del film los que asisten al sepelio de Tom Garner. Para otros, da vida a un verdadero héroe de nuestro tiempo, a un hombre de todo corazón que se abroquela en una dureza y rectitud que no son las verdaderas características de su espíritu. En esta diversidad de opiniones está el interés de la obra. Concebida con atrevimiento. *El poder y la gloria*, — producción de Jesse L. Lasky, — también ha sido presentada en forma harto original. Con ella se rompe definitivamente con el anticuado molde cinematográfico. Se infunde otra vida al cine y hasta nos atreveríamos a asegurar que, desde la implantación del sistema parlante, es éste el primer trabajo verdaderamente cinematográfico que se produce. Lo inesperado aguarda al espectador en cada escena. Se abandona la vieja y manida técnica, que tanto tenía del teatro y de la novela vulgar. Se sigue al director sin atenerse a la medida de tiempo ni espacio. Se penetra en una vida humana, comenzando por el final, atacándola por cualquier época, pero captando los detalles más salientes y dramáticos. Es un film excepcional que iniciará una nueva tendencia en el cine americano.

* El director W. S. Van Dyke siempre se ha caracterizado por el acierto con que suele mezclar la realidad exótica con la ficción novelesca. Sabe brindar al anhelo aventurero de los hombres de hoy, en forma de films, un espectáculo que en algo compensa la imposibilidad material de movilizarse y llegar a las más apartadas regiones del globo. El, empero, con sus cámaras y sus actores, llega y se complace en vivir una prolongada época. Es así como produjo el inolvidable *Trader Horn* y ha sido en la misma forma que ha procedido al encaminarse a las regiones árticas de donde ha regresado con su perfecto *Eskimo*, film que mucho nos compensa y lleva a olvidar a los seudo documentales polares que hemos conocido en estos tiempos. *Eskimo* está basada en la conocida obra de Peter Freuschen, con lo que está dicho que posee un argumento lleno de interés y en el que intervienen en forma eficaz muchos naturales de aquellas regiones.

* Emil Jannings, entrevistado por un repórter a su llegada a Berlín, ha declarado que acaba de pasar la mejor temporada de su vida en la granja que posee en Salzkammergut, en Austria. Por el momento no desea trabajar en los Estados Unidos, "donde se le demanda una permanente presencia ante las cámaras. Prefiere quedarse en Alemania, y hasta tiene el proyecto de actuar en un film en el que hará de apacible y simple aldeano teutón. (Lo que no dice Jannnings es que su actuación ante las cámaras americanas es imposible porque, conjuntamente con ellas, están los micrófonos.)



Una escena de "Eskimo", film documental tomado por Van Dyke en las regiones árticas.

Janet Gaynor y Warner Baxter en una escena de "Paddy", estrenada con éxito días atrás.

El campo y las "casitas" de lona

La fatiga brutal que causan las ciudades pone de más en más de moda el gusto al campo, del reposo, aunque sea en los fines de semana. Los nervios encuentran en la naturaleza intocada, o apenas, la distención imperativa para no estallar. Pero los días u horas de campo deben ser al aire libre, sobre todo en las estaciones propicias, con todas las ventanas de la alcoba bien abiertas noche y día. Ello sin olvidar los largos ratos que es tan sano y tan agradable echarse en la hierba a la sombra de un árbol generoso.

Al aire libre el cuerpo se regenera, y también el espíritu. El oxígeno dilata los pulmones y una respiración cutánea nutre los tejidos, en tanto que el sol pigmenta la piel al tocarla con sus rayos bienhechores.

La existencia se transporta así al exterior. Pero si el individuo moderno reclama la naturaleza, ello no significa que desee privarse de las comodidades conquistadas. Necesita buenos asientos en la casa campera; unos libros y, en fin, cuanto hace agradable la vida en la ciudad. Las damas quieren su costurero, los caballeros sus mesas de billar, de *bridge* y de fumar.

Mas a todos aquellos muebles indispensables para la agradable comodidad en los campos, débese agregar un abrigo que permita defenderse del viento y de la lluvia, dado el caso. Abrigo que va desde el minúsculo parasol, tan fácilmente transportable como un paraguas, hasta el toldo, que es una verdadera casita.

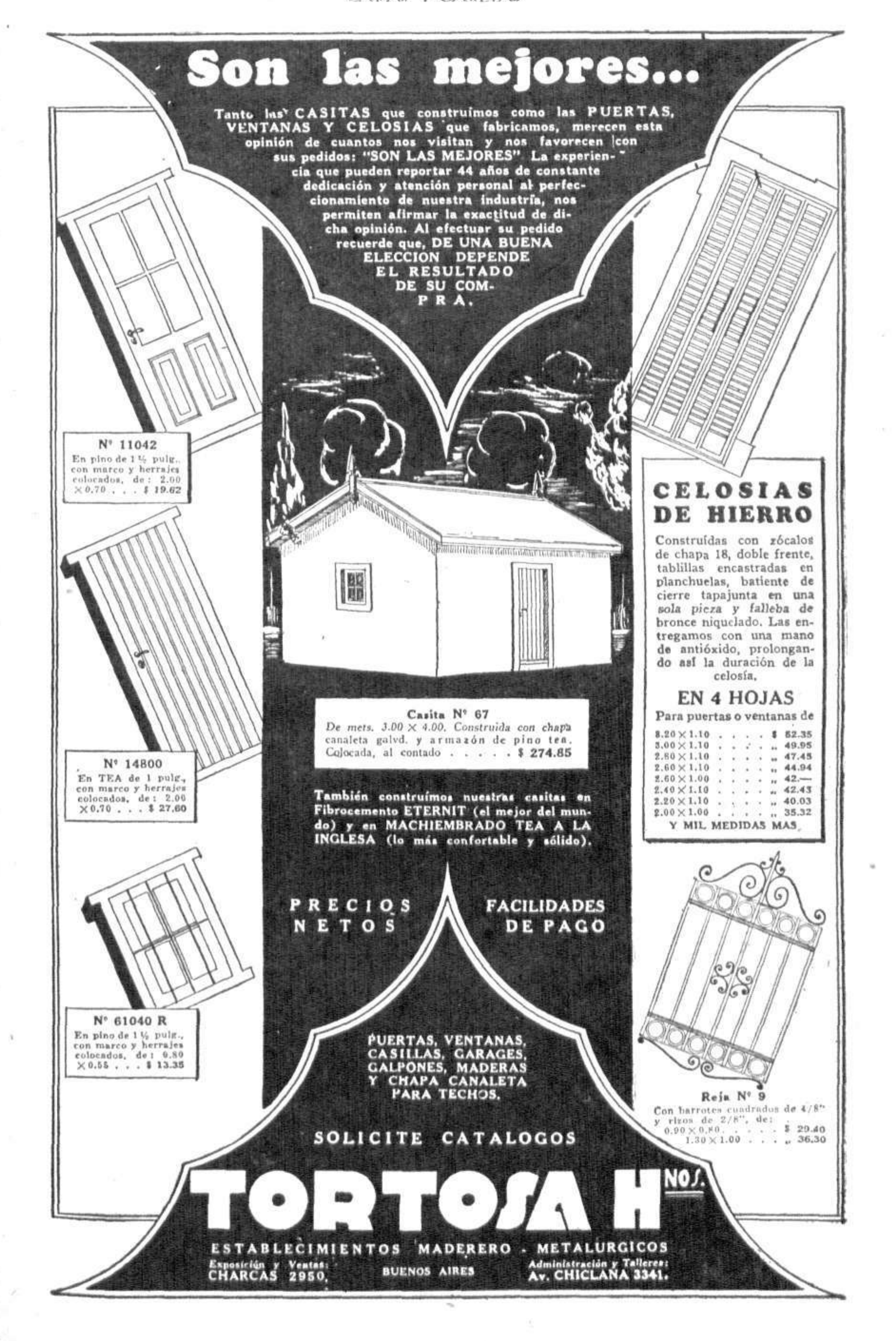
El toldo es un refugio maravilloso, no sólo en las playas sino en los campos. La facilidad con que se puede transportar y armar le imponen cada día más a los amigos del campo que viven en la ciudad y que aprovechan los días feriados para el descanso.

En la casita de lona puede instalarse una serie de comodidades deliciosas, desde una cocinita a nafta, por ejemplo, hasta un aparato de radio. Así la ilusión será completa, la ilusión de las comodidades de la ciudad en la libertad de l aire campero de la luz saludable, del silencio sanísimo.

En Europa no hay automovilista amigo del "camping" que no lleve su toldo, su casita de lona, a los paseos de "Week-end".



EN 1956
EL RETRATO DE MI ABUELITA.



Son las mejores...
Tanto las CASITAS que construímos como las PUERTAS, VENTANAS Y CELOSIAS que fabricamos, merecen esta opinión de cuantos nos visitan y nos favorecen con sus pedidos: "SON LAS MEJORES" La experiencia que pueden reportar 44 años de constante dedicación y atención personal al perfeccionamiento de nuestra industría, nos permiten afirmar la exactitud de dicha opinión. Al efectuar su pedido recuerde que, DE UNA BUENA ELECCION DEPENDE EL RESULTADO DE SU COMPRA.
Nº 11042
En pino de 1 ½ pulg., con marco y herrajes colocados, de: 2.00 × 0.70 . . . $ 19.62
Nº 14800
En TEA de 1 pulg., con marco y herrajes colocados, de: 2.00 × 0.70 . . . $ 27.60
Nº 61040 R
En pino de 1 ½ pulg., con marco y herrajes colocados, de: 0.80 × 0.55 . . . $ 13.35
Casita Nº 67
De mets. 3.00 × 4.00. Construída con chapa canaleta galvd. y armazón de pino tea. Colocada, al contado . . . . . $ 274.85
También construímos nuestras casitas en Fibrocemento ETERNIT (el mejor del mundo) y en MACHIEMBRADO TEA A LA INGLESA (lo más confortable y sólido).
CELOSIAS DE HIERRO
Construídas con zócalos de chapa 18, doble frente, tablillas encastradas en planchuelas, batiente de cierre tapajunta en una sola pieza y falleba de bronce niquelado. Las entregamos con una mano de antióxido, prolongando así la duración de la celosía.
EN 4 HOJAS
Para puertas o ventanas de
3.20 × 1.10 . . . . $ 52.35
3.00 × 1.10 . . . . „ 49.95
2.80 × 1.10 . . . . „ 47.45
2.60 × 1.10 . . . . „ 44.94
2.60 × 1.00 . . . . „ 42.—
2.40 × 1.10 . . . . „ 42.43
2.20 × 1.10 . . . . „ 40.03
2.00 × 1.00 . . . . „ 35.32
Y MIL MEDIDAS MAS
Reja Nº 9
Con barrotes cuadrados de 4/8" y rizos de 2/8", de:
0.90 × 0.80 . . . . . $ 29.40
1.30 × 1.00 . . . . „ 36.30
PRECIOS NETOS
FACILIDADES DE PAGO
PUERTAS, VENTANAS, CASILLAS, GARAGES, GALPONES, MADERAS Y CHAPA CANALETA PARA TECHOS.
SOLICITE CATALOGOS
TORTOSA HNOS.
ESTABLECIMIENTOS MADERERO - METALURGICOS
Exposición y Ventas: CHARCAS 2950,
BUENOS AIRES
Administración y Talleres: Av. CHICLANA 3341.

E l b u z ó n

LLEGAR al buzón que está apostado como un rigido guardián, en el ángulo de la calle y dejar caer en él una carta, parece cosa trivial, y no obstante es siempre algo que nos emociona o sobrecoge.

Eso de dejar allí, en la cavidad obscura del cilindro de hierro que no podemos abrir, nuestra carta que engruesa a un montón inmenso de otras cartas, aquella que escribimos con tanta ternura, que va como mensajera de paz, temblando en perdones o en reclamos; la que se queja o llora, la que es portadora de lágrimas... es un hecho trivial que no obstante nos emociona siempre.

Un sobre pegado a otro, un montón de sobres, con diversidad de letras, y direcciones, nombres infinitos, ciudades distantes, países lejanos... ¡pobres cartas, unas dando luces, y otras echando sombras!... Beso que aletea por el espacio buscando la boca donde ha de posarse... ¡Labios que esperan tal vez soñando y temblando!

Ante la ranura negra del buzón, una vez que hemos dejado caer la carta, nos parece que algo más hemos dejado caer; es nuestra propia alma, la que escribió la carta, ¡la que también se va!

Y habéis visto qué sensación angustiosa se apodera de nuestro corazón cuando, pasado el tiempo, el correo nos devuelve la carta maltrecha, cubierta de sellos, y una inscripción que dice: "No se encontró al destinatario". Es lo mismo que si leyéramos "Se murió".

Para la gente sensible, la carta es el alma mismo.

La carta mal interpretada es la ofensa recibida... La carta no contestada es la herida abierta.

Para escribir es menester desistir de la propia personalidad, escribir según sea el que ha de leerla.

Fría, cortante, seca, como la hoja del acero, para quien carece de sensibilidad. Suave, tierna, mansa y acariciante, para el que arrulla de amores.

Torpes, para el torpe; claras, para el lúcido; breves, para el indiferente.

Cartas de amor, alma volcada en el papel... ¡Mas, no están ya de moda las cartas que conquistan y hablan!

El vientre del buzón está totalmente lleno de escrituras claras, simétricas, y rígidas que salen azuladas y rojas de la máquina de escritura!

Siglo XX..., los poetas escriben sus versos a máquina... ¡y después se quejan de que la poesía ya no conmueve a la mujer actual!

IRENE G. L. DE HUERGO



—Su hija, señora, tiene una manera de tocar, evangélica.
—¿Cómo?
—¡Sí, señora! Su mano derecha ignora lo que hace la izquierda...

Señorita:

Empólvese con Le Sancy y observe:

—Que la transparencia del Polvo Le Sancy lo hace invisible.

— Que su adherencia perfecta mantiene el tocado invariable durante muchas horas.

... Y estas son solamente dos de las condiciones que han contribuído a la gran difusión del

POLVO



Perfumeria
Dubarry
Soc. Anon.

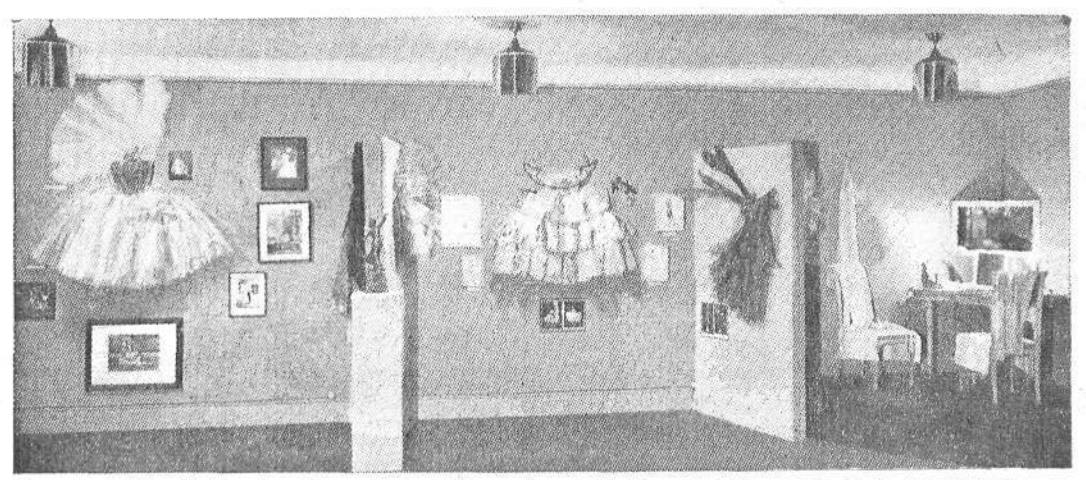
Caja chica
0.50



Vizconde Jean Le Blanc



Poseía las nobles cualidades del caballero francés. Hijo del vizconde Eduardo Le Blanc y de la marquesa Rosalía des Essards, supo llevar con honor un apellido íntimamente vinculado a la sociedad argentina. Nació en Port Louis, el 19 de enero de 1876. Una vez transcurridos los años de su infancia, conquistó una fina cultura en los establecimientos educacionales más famosos de Francia. Apasionado por los deportes, destacóse como uno de los más fuertes esgrimistas de su país, llegando a ocupar la secretaría del Círculo Hoche, de París. Durante la Gran Guerra actuó en el regimiento 17 de artillería. Por su casamiento con doña Silvia Tarnassi, hija del conocido abogado argentino doctor Antonio Tarnassi y de doña Amalia Gordillo, de la alta sociedad porteña, estrechó relaciones con los miembros más destacados de nuestra aristocracia y fué uno de los socios más queridos de nuestro Círculo de Armas. El fallecimiento del vizconde Jean Le Blanc, nieto del conde Le Blanc, que bloqueó a Buenos Aires en 1838, enluta a numerosos hogares de la nobleza francesa y del gran mundo argentino.



El traje de "Rondino", sobre él un abanico de plumas que los profesores de baile del Africa del Norte regalaron a la genial artista.

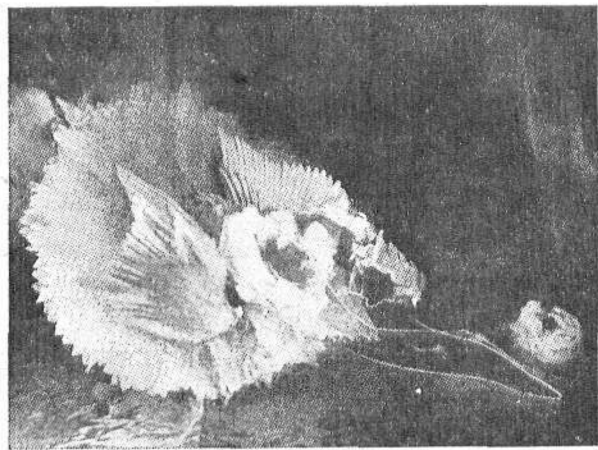
El vestido creado por C. Korovine para "La invitación a la danza". A la derecha el de "La libélula", dibujado por la Pavlova.

El camarín de la gran bailarina, reconstruído en toda su sencillez, adornado con objetos pertenecientes al London Museum.

LOS RECUERDOS DE LA PAVLOVA

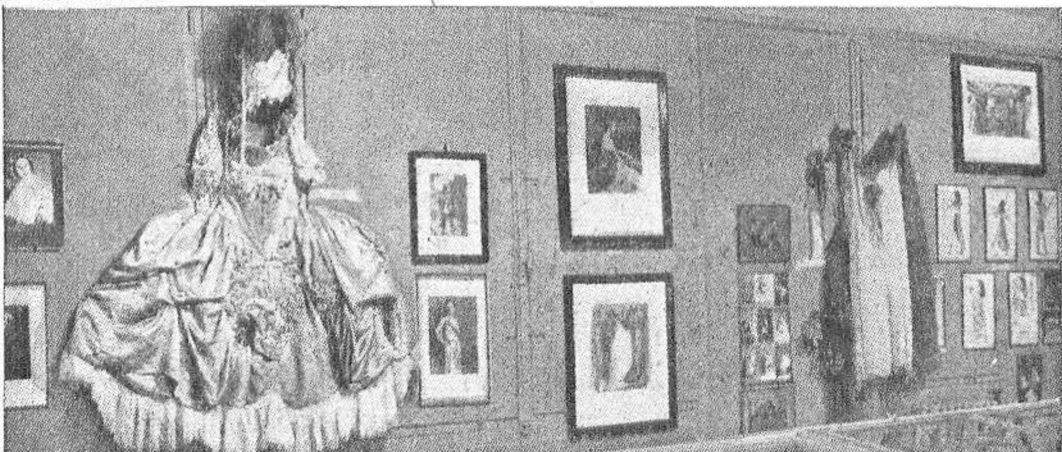
En los Archivos Internacionales de la Danza, fundados por M. Rolf de Mare, en la calle Vital, de Passy, cerca de París, se celebró recientemente una exposición consagrada al recuerdo glorioso de la célebre bailarina Ana Pavlova.

No se trataba de una serie de vitrinas, frías como un herbario. Allí se evocó la figura de la artista inimitable de un modo original. El esposo de la Pavlova puso a disposición de los archivos numerosas fotos y retratos. En la sala destinada al homenaje fueron expuestos los atavíos que la inolvidable bailarina usó para sus creaciones: "Rondino", "Invitación a la danza", "La libélula", "La bella durmiente del bosque", "La bacanal" y "La muerte del cisne".



"La muerte del cisne". El vestido está colocado en la misma posición que la Pavlova adoptaba en el final del maravilloso baile. El cuerpo de la danzarina se hallaba esquematizado por una silueta de hilos metálicos.

Estas vestiduras, allí colocadas como si la Pavlova fuese a usarlas nuevamente, hacían revivir en la memoria de los visitantes la hermosa figura de la mágica mujer. Sobre todo, la que llevó en aquella portentosa danza "La muerte del cisne" se distinguía por su poder evocativo. Hallábase colocada como en el momento final en que la genial artista desvanecíase lentamente.



Dos trajes dibujados por Bakast: a la izquierda, el de "La bella durmiente del bosque"; a la derecha, el de "La bacanal".

AÑO XXXVII • BUENOS AIRES, 14 DE ABRIL DE 1934 • NUM. 1854

CARAS y CARETAS

JOSE S. ALVAREZ
Fundador



Astrid • SS. MM. • Léopold

LEOPOLDO III Y ASTRID

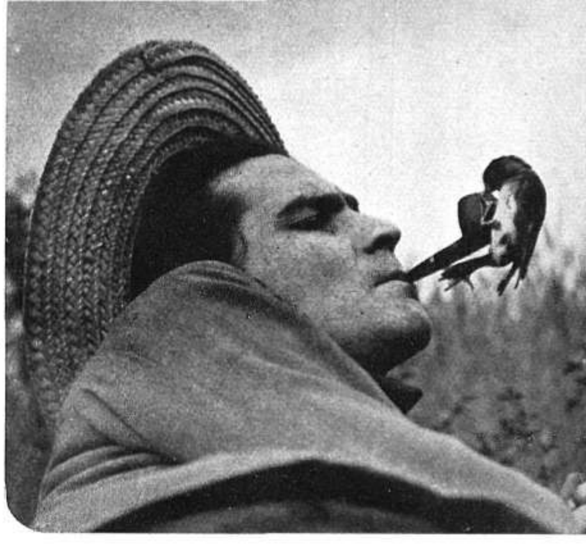
NUEVOS SOBERANOS BELGAS



ESTRELLAS DEL CINE
CLAIRE DODD



Tranquilizado del todo, el pájaro se dispone a comer del grano que guarda la pipa del muñeco.



Messer Bottcher estima más la confianza que le dispensan los pájaros que la de los hombres.

HISTORIETA DE LA VIDÀ REÀL

El berlinés amigo de los pájaros



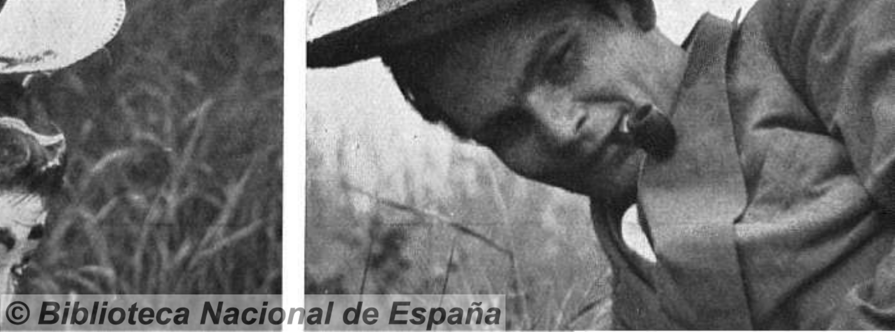
Cuando el alado personaje está ya entrenado con el muñeco de paja, messer Bottcher retira el espantapájaros y se coloca tranquilamente en su lugar.

El desconfiado animalito comienza por dar un paseo alrededor del sombrero del fantoche.

▼

El pájaro explora el sombrero de messer Bottcher confiado en su inmovilidad.





Los grandes dolores de las fotografías

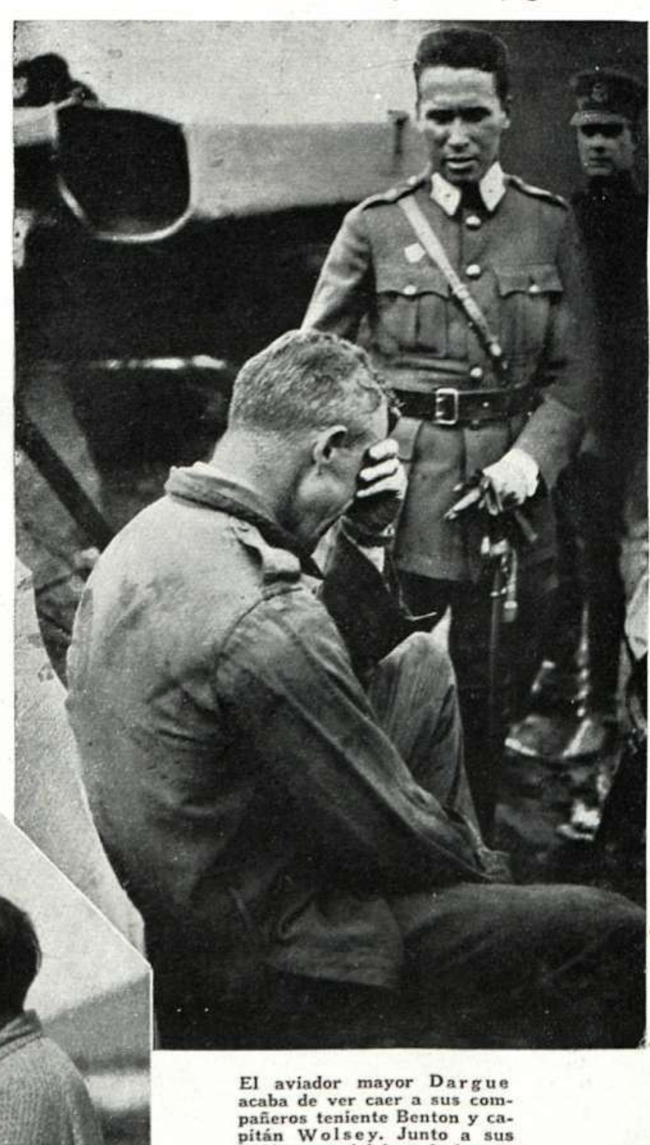
Las tragedias

Por JUAN JOSE

Léase en las primeras páginas



Muerto el glorioso tribuno uruguayo doctor Baltasar Brum, su esposa levanta su trágico dolor hacia los cielos, en plena calle, como poniendo a Dios por testigo de la injusticia humana que le arrebata su felicidad. La mano tendida al infinito es un apóstrofe de cinco maldiciones como las que brotaron de los labios de Hécuba...



El aviador mayor Dargue acaba de ver caer a sus compañeros teniente Benton y capitán Wolsey. Junto a sus cadáveres, el héroe de los aires llora en un espasmo de dolor que se advierte a través de sus músculos. "Hasta los héroes lloran", dice Homero.

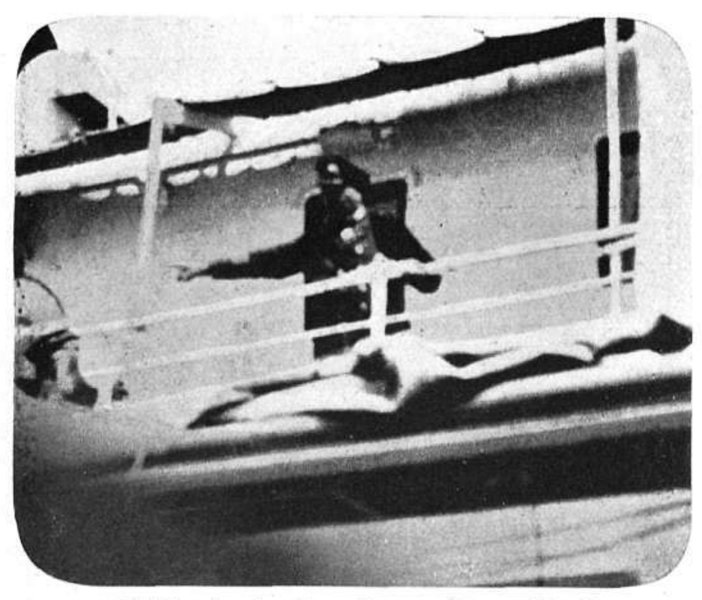
Naufragio del "Monte Cervantes". El peligro ha pasado, pero todas las fibras se estremecen en la evocación de la tragedia. En este rostro, magnífico de belleza trágica, se une el amargo rictus del dolor a la alegría loca de haber escapado a la muerte.

dramáticos a través de "Caras y Caretas"

en la vida real

DE SOIZA REILLY

el texto de esta crónica.



El dolor silencioso de un héroe. — Este es el heroico capitán del "Monte Cervantes", señor Teodoro Dreyer, que al naufragar en las aguas fueguinas del canal de Beagle, imparte las últimas órdenes para el salvataje de los pasajeros y tripulantes. Todos se salvan menos él. Pocos minutos después de tomarle esta fotografía, el capitán se suicida, para salvar gloriosamente su dignidad marina.



Después del naufragio, una madre anónima, con los cabellos revueltos por el viento de la tragedia, apacigua su corazón para dar el pecho al hijito inocente, salvado de la muerte.



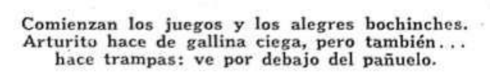
Hay dolores mudos, silenciosos, profundos; pero si el alma consigue detenerlos, la carne no puede dejar de gritarlos, retorciendo los músculos, agrietando la piel y crispando los puños.

EL CUMPLEAÑOS DE ELENITA

▼ ▼ ▼



El solemne momento de la llegada de los primeros invitados a la fiesta del cumpleaños de la rubia Elenita.

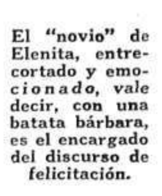


Comienzan los juegos y los alegres bochinches. Arturito hace de gallina ciega, pero también... hace trampas: ve por debajo del pañuelo.



La santera reparte, entre la gritería general, números de una rifa; todos *tienen premios*, que serán como recuerdo de la alegre y bulliciosa fiesta.

El hábil Tomasito hace sorprendentes juegos de manos; no todos salen *bien*, pero los que no fallan, entusiasman a los espectadores.





El "novio" de Elenita, entrecortado y emocionado, vale decir, con una batata bárbara, es el encargado del discurso de felicitación.





— Pero, Elenita — dice el "novio"; — ya tienes ocho años. ¿Cómo es que sigues ensuciándote la cara con la crema de las masitas?



Y el chasirete pone la última nota de emoción en la gran fiesta: la foto, que se guardará celosamente como un dulce recuerdo para los años venideros.

MAR DEL PLATA

El presidente de la República, general Justo, su señora esposa y el edecán naval, paseando por la rambla.



Señorita Adriana Bance.

Señorita Sara Genser.

Señoritas Germana Michelet e Ivonne Esquierce.

Niña María Carmen Velarde.



Señora Roca de Watson.





El maestro de esgrima don Eugenio Pini y el popular lobo de mar don Ventura Genaro.

FOTOS DE BONNIN





Señoritas Elsa, Gladys Carmen y Otilia Larroque.



Señoritas Irma V. Garat y Zulema Angélica Bongoechea.

MIRAMAR

Señora Ventura De Carlo de Rogers, su hija Beba y la señorita Adela De Carlo.



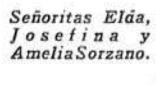
Señorita Isabel Mateos.

Señorita Ofelia Ratto.





NECOCHEA



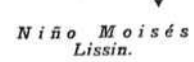
Señoritas Elda, Josefina y Amelia Sorzano.

Señoritas Paz y Esther de la Colina.





Dr. José Liebermann con su señora esposa y su hija.



CARHUE



Niño Moisés Lissin.



Niña Marta H. Brodsky.



Niña Elvira Radamés.



Niño Roberto Dell' Acqua.





CORDOBA



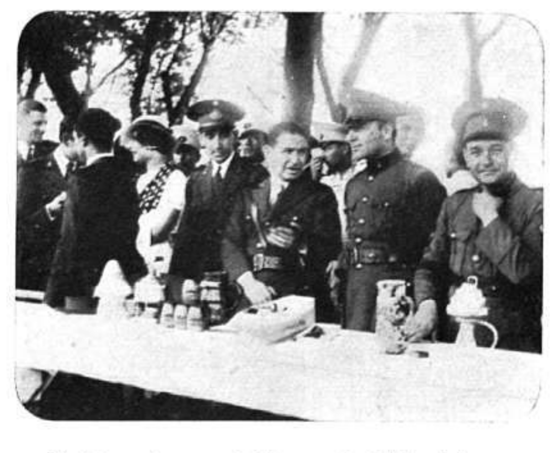
En un ángulo del salón del Club Pan de Azúcar, de Cosquín, durante la fiesta de caridad organizada por la Sociedad de Beneficencia pro Niños Pobres, acto que llevó numerosa concurrencia.



La señorita Raquel Marlucu y el diputado doctor Carranza, en un intervalo del baile.



La señorita María Teresa Gordillo y el doctor Francisco Lamas, entregados a la tarea de observar a las numerosas parejas que bailaron en el festival benéfico.



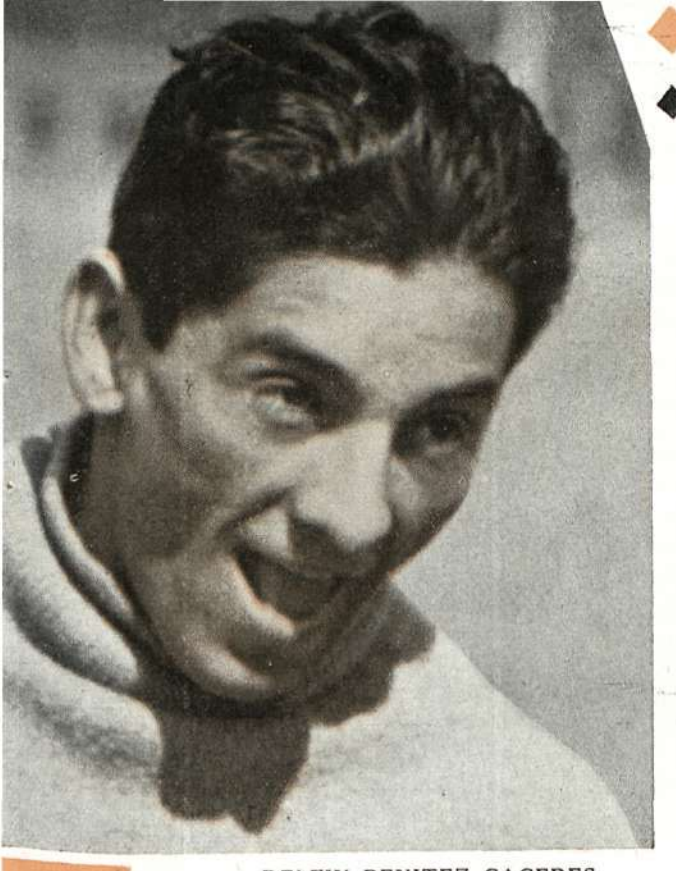
El jefe y algunos oficiales y suboficiales del Regimiento 4 de Zapadores, antes de entregar los premios a los ganadores de los concursos efectuados con motivo del aniversario del cuerpo.



Una de las mesas del Club Social de Río Ceballos, en la animada reunión social celebrada últimamente.



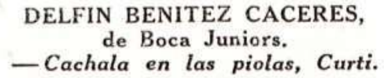
Un grupo de veraneantes porteños, en un intervalo del baile en el Golf Club de Villa Allende.





DELFIN BENITEZ CACERES,
de Boca Juniors.
—Cachala en las piolas, Curti.

ROBERTO BUGUEYRO,
de Rácing.
—¿Leoncio? ¿Y yo no soy nadie?



Los gestos de los grandes jugadores de fútbol, sorprendidos por "Caras y Caretas"

JUAN BOTASSO, de Rácing.
—Ya está la cortina baja.

JOSE H. FOSSA, de S. Lorenzo de Almagro
—Y siempre el Ciclón primero...





Cuadros célebres

Alocución del Marqués del Vasto a sus soldados

Tiziano Vecellio

Museo del Prado

Madrid



En medio de las sombras, la escultura que perpetúa la memoria del doctor Bernardo de Irigoyen destaca con nitidez la simetría de sus líneas y pone de relieve el modelado de los grupos concebidos y realizados por Benlliure.

Iluminación nocturna de las estatuas

Iluminadas, por orden municipal, las esculturas de los jardines públicos constituyen un nuevo encanto de las noches porteñas.



Emergiendo de la tiniebla, el monumento dedicado al doctor Aristóbulo del Valle ostenta los valores simbólicos con elocuente claridad.



"Las tres gracias", en medio de la noche, hacen más íntimas sus confidencias seculares.



Sarmiento, sobre el blanco basamento, parece elevarse, más aún, en la armoniosa soledad nocturna de los jardines silenciosos de Palermo.

▼

Periodista. — ¿Qué me dice, señor?
Gobernador de Córdoba. — Nada. Caminos, caminos, caminos...



El presidente de la República, algunos de sus ministros y otras personalidades, después del almuerzo que el primero ofreciera al canciller boliviano, doctor David Alvéstegui.



El doctor Joaquín Argonz nuevo subsecretario del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, luego de haber sido puesto en su cargo por el titular de la cartera, *doctor Yriondo.*

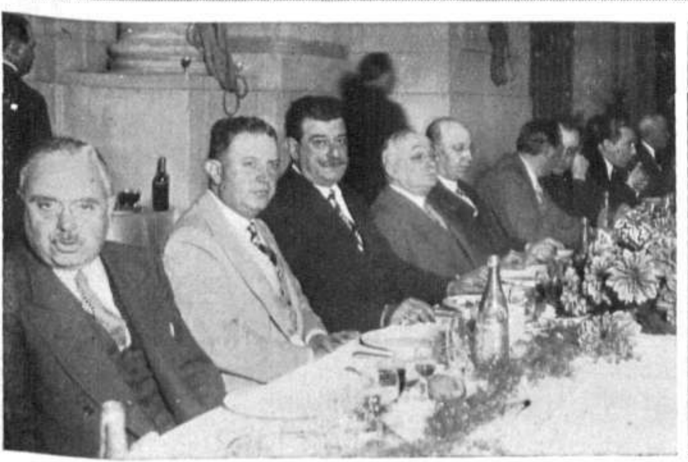
NOTAS DE

Los cadetes navales que harán el próximo viaje en la "Sarmiento" durante su visita al Museo Argentino de Ciencias Naturales, en compañía del doctor Doello Jurado y de los señores Serié y Carcelles.

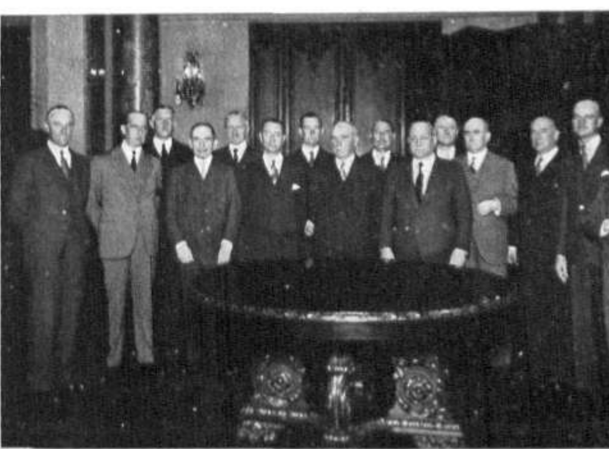
El embajador de España, don Alfonso Danvila, y distinguidos miembros de la colectividad española, durante el acto inaugural del nuevo edificio social del Centro Navarro.



Gobernador de Jujuy. — Con estos proyectos me proclamo campeón.



Cabecera de la comida que se sirvió en el restaurante de la Exposición de la Industria Argentina en obsequio del consejo directivo y de los presidentes de las secciones gremiales del certamen.



Don G. P. Newell, secretario de la comisión local del Ferrocarril Central Argentino, con las personas que le hicieron objeto de una cordial demostración con motivo de su retiro.

LA CAPITAL

El presidente del Consejo Nacional de Educación en la Escuela Mitre, después de observar los calzados y ropas que remite a las escuelas del interior la comisión Pro Ayuda Social.



Cabecera del banquete con que fué obsequiado el señor F. Antonio Rizzuto con motivo de cumplir el XV aniversario la institución de informes comerciales Veritas, de la cual es director.





INAUGURACION DE LOS CURSOS SECUNDARIOS

Aspecto animado que ofrecía el patio del Colegio Nacional "Domingo F. Sarmiento" durante un recreo, el primer día de clases.

Los futuros bachilleres del "Bernardino Rivadavia" sonríen, despreocupados de la tarea futura.

En los patios y las galerías del "Juan Martín de Pueyrredón", los estudiantes comentan sus sueños y esperanzas.

Las alumnas del Liceo Nacional de Señoritas reciben al día inicial de los cursos con su sonrisa graciosa y su alegría de siempre.

LA ELOCUENCIA DE LOS GESTOS

Justo. — Estas empanaditas provincianas... Sí, se traen su salsita sabrosa, pero, a veces, ¡hum!, quién sabe con qué están hechas; aunque, claro está, acabo por comerlas...



Roca. — *Derrochemos sonrisas, pero no arriesguemos opiniones... Soy como aquel paisano que decía: "Parece que llueve; acaso no llueve; ¡quién sabe si lloverá!...*



Duhau. — Hay que combatir la langosta, pero no mucho, porque si es dañina en el campo, es inofensiva en la ciudad, y en la nuestra beneficia el presupuesto ministerial...



Melo. — Silencio y atención, en todo. Para hacer, siempre hay tiempo, y, en modo especial, ante los problemas del interior, prefiero ser contemplativo más que activo...



Rodríguez. — *Hablo poco, pero pienso, y si no digo con frecuencia lo que pienso, es porque los pensamientos son armas para el contrario: cuestión de táctica...*



Pinedo .— *¡Hay que mantener el impuesto a las transacciones! No importa que el comercio y la industria protesten. Yo debo salvar la idea de ese impuesto. ¡Ese impuesto soy yo!*



Alvarado. — Me da rabia, porque quisiera destruir para construir, pero, por experiencia, sé que lo que se destruye no se construye, y no destruyo ni construyo...



De Vedia y Mitre. — Palabras, mi general, palabras, palabras... Sonría como yo, mi general, y vete. La opinión es como un concejo deliberante: dice palabras vetables...

La catástrofe del avión "San José"

La caravana llevando de Cerro de Plomo a Puente del Inca los cadáveres de los tripulantes del trimotor, que habían permanecido durante casi dos años cubiertos por la nieve.

Diplomático



Don Eino Walikangas, nuevo ministro de Finlandia en la Argentina, que acaba de llegar.

Distinción



El doctor Francisco Llobet, condecorado por el presidente Doumergue con la cruz de la Legión de Honor.

Importante embarque de carnes para Italia



El doctor Ricardo Helman, subdirector de ganadería del Ministerio de Agricultura; don Luis Bloch, del frigorífico de Concordia; don Manuel Gómez, representante del Banco de la Nación; don F. A. Jorge, director del frigorífico de Puerto Nuevo, y otras personas, ante parte de las 500 toneladas de carne argentina enviadas a Italia para iniciar el cumplimiento de un contrato por 4000, destinadas al Ministerio de Guerra del citado país.

Nombramiento



Dr. José Dueñas, designado director del Instituto de Ortodoncia creado por la Municipalidad.

Campeón



A. Schvartzman, ganador del torneo sudamericano de ajedrez y, por lo tanto, de la copa donada por Piccardo y Cía.

LOS ULTIMOS ESTRENOS



Una de las escenas de "La canción de los barrios", diez cuadros en prosa y verso, de Ivo Pelay y Francisco Canaro, obra que se representa con éxito en el Sarmiento.



Iris Marga, Miguel Mileo y varias actrices del Odeón, en una de las escenas de "Así me hizo usted... doctor", de Stephan Bekeffi, traducida por el doctor Enrique T. Susini.



Teatro Liceo. Varios actores y actrices de la compañía que dirigen César y Pepe Ratti, en "La Virgencita de madera", pieza cómica en cuatro actos de Ricardo Hicken.



Paulina Singerman y otros miembros de su compañía, en "Un bebé de París", comedia de los señores Darthés y Damel que se representa con éxito en el teatro Ateneo.



Los primeros actores y actrices de la compañía García León-Perales, en una escena de "La Marquesona", de Antonio Quintero y Pascual Guillén.



Uno de los cuadros de "Isla Maciel", sainete de Mario Rada que representa la compañía de Olinda Bozán con éxito de risa en el teatro Buenos Aires.

NOTAS DE POLICIA

El crimen de la calle Esmeralda



Juan Baccola, el autor del bárbaro crimen, al ser introducido por empleados de policía en el departamento 3 de la calle Esmeralda 865, a efectos de la reconstrucción.



Emilia Josefina Sedlachel de Hornacekova, muerta por su amante a sifonazos.



Juan Baccola, el asesino que, después de ultimar a Emilia, introdujo su cadáver en un baúl.



Entre los repórteres y los empleados de Investigaciones que asistieron a la reconstrucción, Baccola (el que lleva sombrero) observa la pieza donde cometió el asesinato.



El jefe de Policía, coronel García, en el lugar del hecho, ante la habitación que habían ocupado la víctima y el victimario hasta el instante de la tragedia.



Emilio Valonga, el canillita que llevó el mensaje denunciador del asesino a la redacción de uno de los diarios de la tarde.



El sifón que empleó Baccola para su delito, cuyo epílogo fué, además del encierro del cadáver en el baúl, la autodenuncia.



La secretaria de la dirección de un colega de la tarde, que recibió el mensaje de Baccola, con los repórteres que hallaron el cadáver de la infortunada mujer.

Eduardo Gialino



Mediante un cepillo largo, logró salvar a Rosa Froi cuando ésta intentaba suicidarse, arrojándose desde un cuarto piso.

Consecuencias de un choque



Lugar del hecho: avenida Maipú. De la colisión entre un camión y un carro resultaron tres personas heridas, además de quedar los vehículos destrozados.

Detención



Manuela Arribas de Godoy, detenida en la finca de la calle General Acha 564, Avellaneda, por ejercer el curanderismo.

Suplemento femenino de "Caras y Caretas"

Por BIJOU

LOS TRAJES PARA OTOÑO E INVIERNO

En todas las grandes colecciones de la temporada de otoño e invierno imperan de un modo absoluto los trajes de lana, a los cuales, para imprimirles una característica de más vestir, el ingenio de los modistos los complementan con bordados brillantes, con incrustaciones, con pieles claras o con detalles de metal cromado que se ven muy a menudo sobre las telas opacas. Otros creadores, en cambio, presentan los trajes en crep de China, muy trabajados y adornados con plisados, recortes, etc., lo que contribuye a hacer más dispares los gustos y las tendencias.

De los dos modelos que presentamos a nuestras lectoras en esta página, el primero es un elegante trajecito de lana color rojo al que lo adornan unos pespuntes en el canesú y en el cinturón y unos botones de madera en tono azul que hacen juego con la cartera y el sombrero.

La otra es una bonita creación en lana angora verde, de cuello alto y con unas mangas de original estilo *japonés*. Unos bolsillitos dispuestos graciosa y elegantemente son los únicos motivos que adornan la falda. Los botones que completan el conjunto son de madera, en tono beige, y armonizan con los *guantes* y el sombrero, que es de **fieltro.**



Los rasgos salientes en los tapados otoñales



1.—Elegantísimo tapado de lana jaspeada, con cuello y puños de piel de zorro marrón, con cuyo tono armoniza el cinturón, que es de cuero. A este tapado puede acompañársele con guantes, cartera y zapatos en el mismo color que la piel, en tanto que el sombrero es de fieltro azul. También algunos modistos presentan sus colecciones con pespuntes plateados o dorados y otros que se cierran solamente con clips en vez de botones.

▼

2.—Esta temporada tendremos muchos tapados de terciopelo de algodón, tela ésta en la que está realizada nuestra segunda creación que acusa líneas enteramente sobrias, y cuyo cuello se prende con dos grandes botones de madera. La característica más acentuada de este modelo estriba en la modelación perfecta que imprimen al cuerpo sus cortes rectos que pueden advertirse en el grabado y que se repiten igualmente en la parte de atrás.

La simplicidad de líneas es la nota suprema del chic en las colecciones otoñales



En sus últimas creaciones, los modistos comulgan en un mismo criterio de que la simplicidad de líneas debe constituir la nota máxima del chic, y sumado a ello se advierte un concienzudo estudio en el corte y en la confección, todo lo cual determina que esa aspiración sea una realidad latente en las colecciones de la temporada.

Los dos modelos reunidos en esta página, ambos de sobria elegancia, responden a esas nuevas modalidades. El primero es de lana beige, de falda bien estrecha, con un bolsillo dispuesto graciosamente y un canesú de forma sentadora. El otro es también un vestido de características simples, realizado en terciopelo color marrón, y que lo mismo se adapta para la mañana que para la tarde. La originalidad de esta creación estriba en los bolsillitos de la blusa y de la falda, con los que armonizan el cinturón y el sombrero, y que están formados por moños de tafetán en tonos beige.

Correo de Bijou



Adelina, Capital. — He leído con mucha simpatía su cartita, concebida en términos tan amables y cordiales y, conforme a lo que me dice de que es usted friolenta que no puede tolerar la espalda tan descubierta, le aconsejo que se haga esta capita de tres volados en forma, de la misma tela que su vestido. De este modo entiendo que ha de quedar satisfecha, lo que para mí significará, desde luego, un halago muy sincero.

Rosa de H. — Efectivamente, es muy escasa la cantidad de tela que posee para poder hacer ese vestido que desea. Con todo, creo más acertado que se confeccione la falda con una tabla encontrada en la parte delantera y también unos bolsillitos, además de uno o dos botones, según se lo indica la ilustración que le he ideado especialmente.

Dos hermanitas, Lomas de Zamora. — Para su vestido de lana, que, según me lo refiere en su atenta misiva, es de cuello alto, le he creado ese estilo de corbata a fin de complacerla en la mejor manera posible. Entiendo que de acuerdo con las menciones que me hace, le resultará de su agrado mi consejo. Para completarla mejor, puede bordarle varios lunares en colores vivos. En cuanto a su hermanita, me permito sugerirle ese cuello - corbata que le ilustro, ya que para ello he consultado su propósito de lucir ese detalle semejante al suyo.

Tina, Ciudad. — De acuerdo a lo que me solicita, puede hacerse ese escote en la forma que le señala el dibujo.

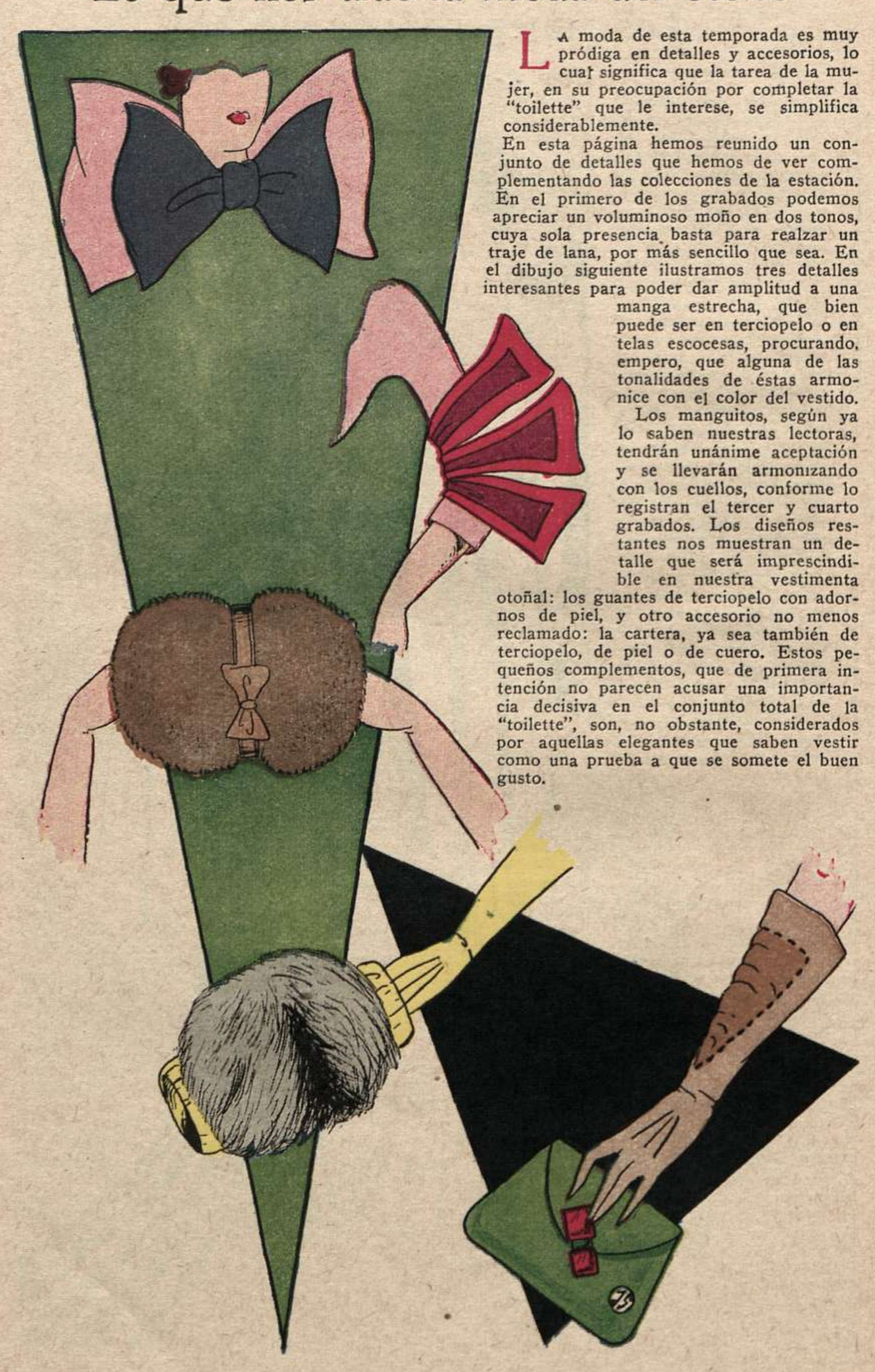
Los trajes para la noche

Quizá en ninguna otra de las tantas creaciones que genera la inventiva del modisto, se advierta un caudal mayor de preocupación y cariño como el que vuelca por dotar a los trajes de noche de un detalle o de una característica que les infundan definición neta y exclusiva. El creador se detiene ante las perspectivas que le ofrece la inminencia de un nuevo modelo, para consultar con estricta fidelidad el gusto mayoritario y el ritmo que predomina en las tendencias de la mujer moderna. Sabe que su creación ha de resistir el análisis minucioso de las elegantes y por ello se prepara a completar su obra integrándola con los mil y un detalles capaces de satisfacer las más opuestas preferencias. Así han llegado a realizar sus colecciones concordando en que han de primar las líneas flexibles, adorables por su prestancia de languidez, por sus adornos relucientes y por su aspecto de digna realeza, que los acerca un tanto a los atavíos de princesas de leyendas y de ambientes misteriosos y románticos...

Estos dos modelos que presentamos resumen muchas de esas características. El primero es de terciopelo rojo, con bieses plateados en el escote, que cruzan por la parte de atrás para caer luego por la de adelante con displicencia de serpentina. El otro es de tafetán negro adornado con un ancho volado que parte de la cintura y se prolonga formando cola. El escote es bien cerrado en la parte delantera, en tanto que en la espalda, como lo muestra la ilustración, se abre en forma de solapas.



Lo que nos trae la moda del otoño



La moda de esta temporada es muy pródiga en detalles y accesorios, lo cual significa que la tarea de la mujer, en su preocupación por completar la "toilette" que le interese, se simplifica considerablemente.

En esta página hemos reunido un conjunto de detalles que hemos de ver complementando las colecciones de la estación. En el primero de los grabados podemos apreciar un voluminoso moño en dos tonos, cuya sola presencia basta para realzar un traje de lana, por más sencillo que sea. En el dibujo siguiente ilustramos tres detalles interesantes para poder dar amplitud a una manga estrecha, que bien puede ser en terciopelo o en telas escocesas, procurando, empero, que alguna de las tonalidades de éstas armonice con el color del vestido.

Los manguitos, según ya lo saben nuestras lectoras, tendrán unánime aceptación y se llevarán armonizando con los cuellos, conforme lo registran el tercer y cuarto grabados. Los diseños restantes nos muestran un detalle que será imprescindible en nuestra vestimenta otoñal: los guantes de terciopelo con adornos de piel, y otro accesorio no menos reclamado: la cartera, ya sea también de terciopelo, de piel o de cuero. Estos pequeños complementos, que de primera intención no parecen acusar una importancia decisiva en el conjunto total de la "toilette", son, no obstante, considerados por aquellas elegantes que saben vestir como una prueba a que se somete el buen gusto.



Doña Carmela Horne de Burmeister.

Mujeres de actuación destacada

Doña Carmela Horne de Burmeister

Presidenta y fundadora de la Asociación Argentina del Sufragio Femenino. Figura de respetabilidad en el feminismo. Tradición ilustre, actividad, perseverancia.

Por ADELIA DI CARLO

En el proceso histórico del feminismo en la República Argentina, figurará el nombre de la señora Carmela Horne de Burmeister, encarnación viviente de la distinción y de la cultura y que como se expresa Lucano de su héroe "derribando todo lo que se oponía a su grandeza, queriendo abrirse un camino", persigue su ideal con un celo y un entusiasmo ejemplares. Su nombre es grato a un feminismo que con suave gesto y blanca mano va apartando los obstáculos que se oponen a las reivindicaciones de la mujer en nuestro país.

La culta dama que ha fundado y preside la Asociación Argentina del Sufragio Femenino, cuya denominación primera fué Comité Argentino Pro Voto de la Mujer, cuenta en su familia con antepasados ilustres que ocupan puestos de honor en la historia nacional y en la sociabilidad porteña.

La señora de Burmeister desciende por línea materna de los Arriola y Escalada. La familia de Arriola fué propietaria de la gran finca que comprendía las barrancas de Belgrano de esta ciudad. Y el jefe de la misma, don José Julián Arriola, bisabuelo de la señora Horne de Burmeister, fué el gran patriota que donó al gobierno de la ciudad de Buenos Aires, en 1828, una extensión de noventa y tres manzanas. Dicho caballero era esposo de doña Carmen Pacheco, emparentada con la familia de Alvear. Los Escalada tienen su origen en la antigua nobleza española. Sus descendientes se trasladaron a estas tierras en la época de la colonia, distinguiéndose el bisabuelo de la señora de Burmeister el general don Mariano de Escalada, ayudante del general San Martín y hermano de doña Remedios de Escalada, esposa de nuestro prócer

Por línea paterna procede la señora de Burmeister de los Horne y Wilde. Los primeros de una antigua familia anglosajona, uno de cuyos descendientes tío-abuelo de ella: don Carlos Ridgely Horne fué el primer propietario del actual Parque Lezama. Los Wilde emparentados con la familia de Lagos toman su origen de la casa real de Eduardo I de Inglaterra (año 1250); figurando entre sus antepasados nombres ilustres que, como Plantagenet, han pasado a la historia.

La señora de Burmeister lleva este apellido por haber contraído enlace muy joven — a los 15 años de edad — con el hijo menor del célebre naturalista doctor don Germán Burmeister, fundador de nuestro Museo Nacional de Historia Natural, cuya estatua está ahora frente a este instituto científico.

Consignamos estos datos pertenecientes a los orígenes de las familias Horne y Burmeister, porque ellos más que aumentar el prestigio de la aristocrática dama, favorecen la causa del feminismo en nuestro país, que ya no cuenta tan sólo con universitarias, escritoras, educadoras y otras profesionales distinguidas, sino también con damas de alto coturno que prolongan con su labor eficiente y perseverante a favor de una noble causa, la tradición honrosa de sus antepasados, hombres de acción que no se contentaron en la muda contemplación de sus blasones, sino que supieron darle lustre con sus obras. De las instituciones feministas que desde hace treinta años aproximadamente, ha reunido mayor número de adherentes, se cita a la Asociación Argentina del Sufragio Femenino, fundada y presidida por la señora Burmeister. Cuenta con varios miles de adherentes que han suscripto entusiastas los petitorios elevados al Congreso de la Nación para obtener la sanción de los derechos políticos para la mujer.

La señora Carmela Horne de Burmeister ha tenido el raro privilegio de aunar un gran número de voluntades femeninas aun entre elementos de nuestra aristocracia, que ya no temen al feminismo sufragista que antaño fué temido y repudiado y que constituía un verdadero fantasma que se procuró alejar en toda forma. La señora de Burmeister cuenta con colaboradoras distinguidas de tradicional arraigo en nuestra sociedad, como las señoras Leonora Zimmermann de Vedoya, María Belén Schoo de Figueroa Alcorta, Manuela Linares de Klappenbach, María A. de Arias Zeballos, Adela F. de Guyot, Amira A. Pinochet de Muñoz, Lola H. de Girondo, Elina H. de Navarro Cano, Leonor Reilly de Horne, María C. B. de Molina, Villalba de Vidal, Ofelia B. de Mihura, María L. de Guyón, Celia R. de Katzenstein, Nelly Merino Carvallo, Nelly Argüello y muchísimas otras.

En las bases de la precitada entidad fundada el 1º de junio de 1930, figura la exclusión de toda cuestión de carácter político y religioso, el no establecer distingos de clase social y "mantener como objetivo fundamental la obtención del derecho al voto, en igualdad de condiciones que los hombres".

En los comienzos de la institución, la señora de Burmeister publicó un folleto intitulado: "La mujer tiene suficiente capacidad para votar", que fué distribuído en gran número. Inició personalmente la propaganda por radiotelefonía; se dieron conferencias en prestigiosas instituciones, como el Club de Mujeres y la Asociación Cristiana Femenina; se hicieron publicaciones en los diarios y revistas y por medio de volantes y circulares.

A fines del año 1931, la señora Schoo de Figueroa Alcorta, realizó un viaje a los Estados Unidos del Norte y al Japón, donde hizo conocer los ideales que sustenta la Asociación Argentina del Sufragio Femenino, en su carácter de vicepresidenta y delegada de dicha entidad. La distinguida dama fué muy agasajada por los elementos más destacados de la causa de la mujer en aquellos países.

Animadora entusiasta, llena de tolerancia para todas las ideas, serena, paciente, la señora de Burmeister rinde culto a su ideal sin levantar resistencias, acercando y uniendo a las mujeres sin distinciones, trazando con su ejemplo la huella de un amor a la libertad bien entendida, a la verdad y a la justicia.

Bella, esforzada, la noble dama merece que se le aplique aquello de "no ha obscurecido famas literarias ni ha hecho sombra a vanidades de salón". Consciente de su trabajo, en el camino andado, no la han inquietado las competidoras que se afanan por ser las primeras en alcanzar el triunfo. Permanece fuera de los grupos extremos que viven alentando exclusivismos estrechos. Su tono es dulce y persuasivo. Es grande y firme la simpatía que la acompaña.

Adelia di Carlo

Las aventuras

LAS BELLEZAS DE



1 —No es nada lindo ser presidente de un club como el Pastenaca A. C.... ¡Y qué trabajo trabajar!



2 —Primero tengo que nombrar un tesorero, después uno que vigile al tesorero, más tarde otro que vigile al que vigila al tesorero...



5 (Siguen las voces... de primavera). — Bueno: hay que decírselo.
—¿Por qué no se lo decís vos?



6 (Siguen las voces... de otoño). — ¿Vos le pedís la renuncia?
—Claro que sí. Se la pido cuando quieras...



9 —¡Araca, muchachos: asado en puerta!
—¡Y con chinchulines, me parece!



10 —¡Se acabó el presidente, pero también se acabaron los de abajo!

de Chingolo

Por PERCY CROSBY

LA POPULARIDAD



3 —Y, por fin, otro que los vigile a todos y a mí también. ¡Ufa! ¡Qué trabajo trabajar!



4 (Voces detrás de los tablones). — ¿Quién lo nombró presidente?
—Nadie. El mismo se nombró.



7 —¡Complotitos a mí! Conque ¿yo trabajo de presidente y nadie me toma en serio?



8 —Ahora van a ver quién es Callejas: ¡Fuego, fuego, tres veces fuego!



11 —¡Adiós, Pastenaca, el club de los giles: te voy a convertir en churrasco!



12 —Ahora, cuando empiece a llegar la barra de uno en fondo, les pido primero el voto y después les doy un castañazo, un castañazo y el voto y así hasta... verte, prenda mía.

ALBUM POETICO DE "CARAS Y CARETAS"

DADIVA

Todo lo que poseo me basta por ahora.
¿Qué habrías de otorgarme que no tenga, Señor?
Acendraron mis bienes los faustos de la aurora
y hoy, para ser más rico, me mandas un dolor.

El alma, en la clemencia de tu presente, llora
y el llanto constituye mi riqueza mejor.
¡Señor, que él purifique mi vida pecadora
como el perfume logra santificar la flor!

Una dádiva Tuya faltaba a mis tesoros,
y ni las raras joyas ni los más rubios oros
íntegramente hubieran satisfecho mi afán.

¡Sólo el Dolor, sumándose a mi parva riqueza,
completó mis caudales con su dócil tristeza
y sus misericordes caridades de pan!

J. Jesús Reyes Ruiz

A UN NARANJO Y A UN LIMONERO VISTOS EN UNA TIENDA DE PLANTAS Y FLORES

Naranjo en maceta, ¡qué triste es tu suerte!
Medrosas tiritan tus hojas menguadas.
Naranjo en la corte, ¡qué pena da verte
con tus naranjitas secas y arrugadas!

Pobre limonero de fruto amarillo
cual pomo pulido de pálida cera,
¡que pena mirarte, mísero arbolillo
criado en el verde tonel de madera!

De los claros bosques de la Andalucía,
¿quién os trajo a esta castellana tierra,
que barren los vientos de la adusta sierra,
hijos de los campos de la tierra mía?

¡Gloria de los huertos, árbol limonero
que enciendes los frutos de pálido oro,
y alumbras del negro cipresal austero
las quietas plegarias erguidas en coro;

y fresco naranjo del patio querido,
del campo risueño y el huerto soñado,
siempre en mi recuerdo, maduro o florido,
de fronda y aromas y frutos cargado!

Antonio Machado

EL SOL MORIRA

El sol morirá de viejo...
Mas nunca alzarán el vuelo
las garzas de mis anhelos
y los murciélagos negros
de mis malos pensamientos.

La llama de mis deseos
no abrasará la maleza
del monte de tus deseos.

¡Oh, quién pudiera aburrirse
en los llanos de ultra-cielo!
Vulgar trinidad burguesa
en los llanos de ultra-cielo;
con una sonrisa idiota
vagando por "in aeternum";
las manos siempre cogidas
en los llanos de ultra-cielo.

Mas yo apagaré mi vela
y el sol su bombillo eléctrico,
y aquí no ha pasado nada,
¡no hay llanos en ultra-cielo!

Sembraron en tierra virgen
la planta feraz del miedo.
Tiene raíces de aroma
la planta sutil del miedo.
Siembras nuevas suplantaron
a los bejucos del miedo,
pero unas cuantas raíces
quedaron en infra-suelo.
¡Quién sabe si al fin a todas
ahogue la planta del miedo!

Ansias de liberaciones
y sueños de astrales vuelos,
quimeras de asolizajes
en remotos soles muertos.

Cuando Adán ya no se agache
en su progresivo ascenso,
entonces será la hora
de alzar los ojos al cielo.
Pero Adán morirá joven
y el sol morirá de viejo
y no habrá más garzas blancas
ni más murciélagos negros.

Dice la trompa agorera
de los augures hodiernos
que faltan millones de años
para que muera ese viejo.
¡Animo, pues, pobre diablo!
¡Al yunque, al bozal, al freno!
Para que sean dichosos
los biznietos de tus nietos.

¡Y sin las cándidas garzas
y sin llanos de ultra-cielo
y *sin malezas ni* llamas
y sin murciélagos negros
y con raíces de aroma
metidas hondo en el suelo!

José Z. Tallet

R-A-D-I-O *Dinty Moore,*

el fino y exquisito cronista del micrófono



DIBUJO DE VALDIVIA

He aquí un caso al revés de todos los otros de la radio. Generalmente, es el micrófono el que da popularidad y a veces personalidad al que lo enfrenta. Pero, en el caso de Guillermo Zalazar Altamira, conocido por su seudónimo de Dinty Moore, el compinche de Trifón, las cosas ocurrieron por contrario sensu: el actuante dió personalidad y categoría al micrófono. La historia de Dinty Moore nace en el periodismo: es, pues, una historia que reconoce orígenes bravísimos. Salir del anónimo que ahoga al espíritu, brillar con luz propia en un ambiente en que todo son reflejos, es tarea que sólo puede realizarse a fuerza de talento. Ojalá muchos Dinty Moore vayan apareciendo por los micrófonos de la ciudad.

ADA FALCON ES UN HADA



1 **El día que la compraron, las Tres Gracias se juntaron.**



2 **Debuta con tonadillas y hace tantas maravillas...**



5 **Ya más grande, en la revista al gran público conquista.**



6 **Y con compañía propia, laureles y plata acopia.**



9 **Como estrella cotizada, vuelve donde fué "estrellada".**



10 **Más tarde, con su contrato, le da a Yanquele un mal rato.**

DIBUJOS DE

En el próximo número publicaremos

REMEDIOS POR

El diario londinense "News-Chronicle" da cuenta del sensacional descubrimiento hecho por el experimentador alemán barón Von Ardenne, que, a pesar de no tener más que 26 años, se ha hecho ya famoso en el mundo científico por sus trabajos sobre el oscilógrafo de los rayos catódicos, que permite determinar el curso de las tormentas magnéticas y la ubicación de un aeroplano en vuelo.

En su laboratorio de Berlín ha venido haciendo el barón Von Ardenne experimentos sosobre las ondas ultracortas y ha llegado a producir, por medio de éstas, tanto la insensibilidad en el cerebro de otra persona, con un efecto de anestesia parecido al del éter y cloroformo, como, por el contrario, el aumento de actividad cerebral.

A raíz de este descubrimiento, el doctor Guillermo Beaumont, director de la clínica municipal de St. Pancras, Inglaterra, ha declarado que llegará el momento en que los médicos podrán hacer sus recetas prescribiendo ciertas longitudes de onda en vez de remedios.

Se recuerda que en 1929 el profesor Esau, de Jena, informó que había descubierto unos rayos que podían ser transmitidos sin hilos, en la

QUE "HECHIZA" A LA MUCHACHADA

Por ALBERTO PIDEMUNT



3 ... que Traversa (¿cómo es eso?) le ofrece "chincuenta peso".



4 Es "La Joyita Argentina", joya que atrae y fascina.



7 En la radio hace un debut más triste que un ataúd.



8 Jineteando un potro arisco, con Delfino llega al disco.



11 Pero, ante "buenas" razones, reanuda las relaciones.



12 Y hoy dice que pronto hará un gran cambio. ¿Qué será?...

VALDIVIA

las aleluyas de Virginia Vera.

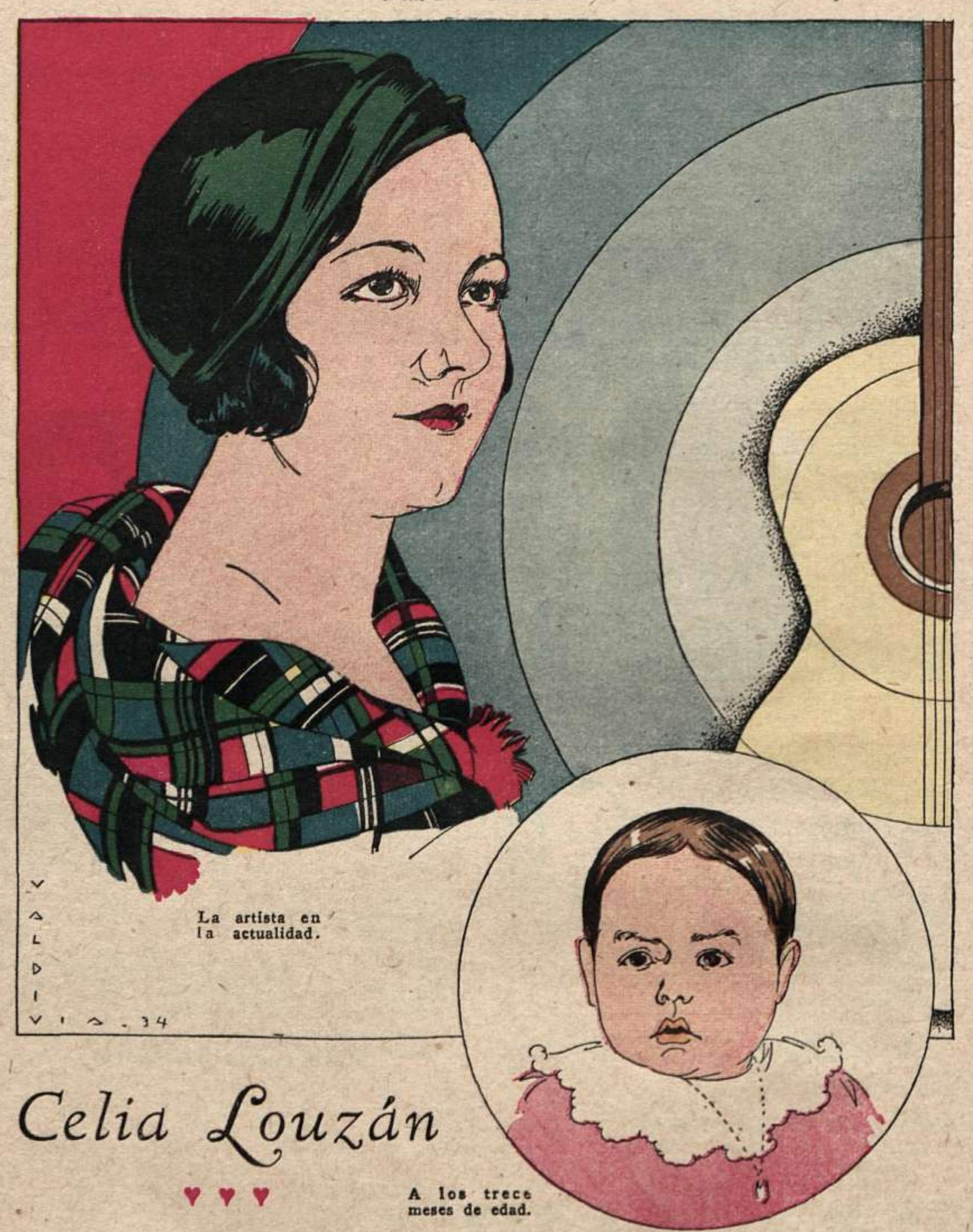
ONDA CORTA

forma de ondas ultracortas, hasta una distancia de trescientos cincuenta kilómetros, por medio de las válvulas inalámbricas comunes, y que llegaban a matar instantáneamente determinados gérmenes, así como animales de muy reducido tamaño.

Por su parte, el marqués Marconi, el famoso sabio italiano que tanto impulso dió con sus descubrimientos de radio, declaró al redactor de esa sección del "News-Chronicle", que está haciendo experimentos con ondas cortas que cree pueden dar lugar al hallazgo de rayos mortíferos.

—Me dicen algunos ingenieros — añadió Marconi — que esas ondas cortas pueden matar a los ratones y los pájaros. No he hecho todavía experimentos con ellos como rayos mortíferos, pero si se interna uno por ese camino siente que le invade una tremenda sensación de entusiasmo y de terror a la vez.

El mismo Von Ardenne ha comenzado a hacer estudios en el sentido de utilizar el descubrimiento para corregir la debilidad mental y la imbecilidad congénita y se tiene entendido que ya ha reunido indicios muy alentadores para el progreso de la nueva aplicación.



La artista en la actualidad.

A los trece meses de edad.

Celia Louzán

♥ ♥ ♥

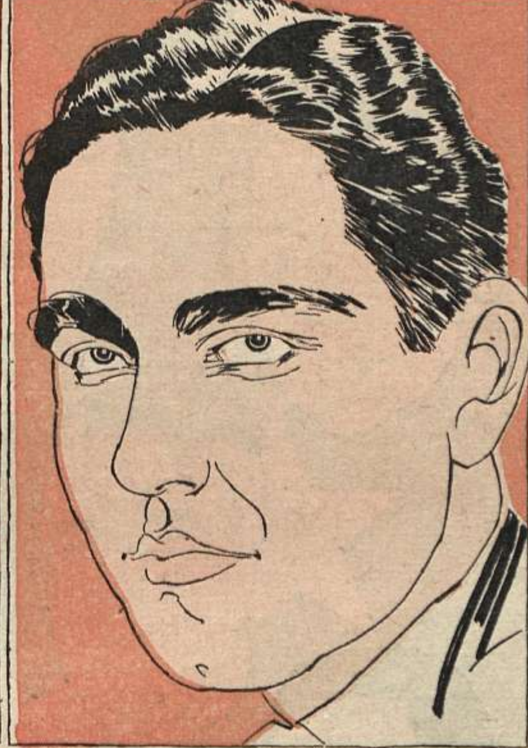
He aquí el caso de una vocación que al manifestarse desde los tempranos años de la infancia pudo mantenerse incólume y triunfante a través de todas las vicisitudes que supone la vida humana. Celia Louzán sintió la atracción del canto desde los 9 años de edad. Fué tan fuerte en su espíritu esta temprana inclinación que nada pudo impedir, años más tarde, que la precoz cancionista afrontara el juicio del público en un conjunto nativo dirigido por los señores Anselmi y Fleurquin. El veredicto de la "fiera" le fué favorable y desde entonces Celia Louzán vivió consagrada a la perfección de su arte. En 1922 partió con Muiño y Alippi en aquella famosa gira por España cuyos resultados fueron triunfos sobre triunfos. Celia cantó ante la familia real con éxito rotundo. Al volver a la patria abandonó las tablas hasta el año 1933 en que volvió a reiniciar sus actividades en el teatro Nacional y en los espectáculos radioteatrales del San Martín. Luego Radio Prieto la contrató para reforzar su elenco de este año. Celia Louzán posee una voz fresca y bien calibrada. Su modo de interpretar el cancionero criollo es muy personal y no imita a nadie, lo cual quiere decir que posee personalidad en dosis suficiente como para que el público lo reconozca así.

♦ DIBUJOS DE VALDIVIA ♦

PERFILES DEL MICROFONO

DIBUJOS DE BATLLE





DANIEL ARROYO

ESTE joven cantor nacional, cuyo verdadero nombre se oculta bajo el seudónimo del epígrafe, debutó hace poco por Radio Sténtor demostrando verdaderas calidades y excelente sentido musical. No es un cultor más del folklore nativo: es una promesa que ha de convertirse en valiosa realidad si sigue por la senda que, hasta ahora, parece haber elegido.

CARLOS LAFUENTE

A través de su lucida actuación radiotelefónica, Carlos Lafuente ha demostrado poseer el temperamento y los medios adecuados para triunfar de por sí en el escenario de la canción nacional. Sabe manejar con pericia su caudal vocal y conoce, además, los secretos de una interpretación justa y legítima. Actúa por Radio Sténtor, Excelsior y Fénix.



CHELA MORAN

UNA voz agradable en cantidad y calidad, un espíritu educado y un temperamento sensible caracterizan a esta cantante, cuyas audiciones por Radio Fénix cuentan con el apoyo e interés de numerosos escuchas. La labor radiotelefónica de Chela Moran se destaca por la honestidad artística y el afán de renovación. El éxito le abrió las puertas de par en par, pero la distinguida cantante sigue estudiando con fervor.



Compañía de comedias musicales Remón Ficher

El arte radioteatral es muy diferente al del teatro escénico. Distinto en su presentación y distinto en su técnica. Esto es lo que han comprendido a fondo Agustín Remón y Jacobo Ficher, directores de la compañía de comedias musicales que actúa por Radio Nacional. Expertos ambos en los menesteres del teatro y de la música, han combinado acertadamente un espectáculo nuevo comenzando por escribir el primero obras especiales para el *micrófono*, y el *segundo*, componiendo música adecuada al mismo fin. Después se lanzaron a la tarea de escoger los intérpretes capaces de hacer triunfar la obra tan armoniosamente concebida. Y en ese respecto, el ojo experto de los directores tampoco ha fallado. Resultado de todo ello, a más del cuerpo de colaboradores anunciado, ha sido un espectáculo enteramente nuevo que rompe con la mala tradición de las malas adaptaciones microfónicas, camino por el que el arte radioteatral iba hacia un agotamiento definitivo. Remón y Ficher tendrán, pues, el mérito de haber sido los autores del verdadero *renacimiento*, de un nuevo arte en el cual se pueden depositar justificadas esperanzas.

DIBUJOS DE VALDIVIA

EL SABADO DE GLORIA

Por HOLOFERNES

No puedo más! ¡Esto es insoportable! Cualquier empleaducha disfruta de las ventajas del sábado inglés y a mí ni siquiera me conceden el descanso del sabado de Andorra, que es la potencia más pequeña que se conoce".

Estas son las palabras que Gloria Hénderson dirigió altivamente al director de la broadcásting en que actuaba.

—Usted olvida, señorita Gloria, que su contrato reza: "tres días por semana" y que los días están formados por 24 horas cada uno, si no hay error en mis cálculos — contestó el director.

Gloria lo miró fijamente; se cuadró delante de él en una actitud de desafío que el "flemático director" capoteó sin pestañear:

—Usted olvida, señor Economías, que yo he sido contratada para una broadcásting solamente y me hacen actuar en las seis.

—Más popularidad para usted.

—¡Caramba!... ¿Quiere usted más popularidad?... ¡Lo que es los oyentes me van a encontrar hasta en la sopa! Si hay opereta allá estoy yo; si hay drama no puedo quedar sin intervenir; si se enferma un "speaker" allá va Gloria. El otro día recibí una carta en la que un oyente me llamaba "amiga inseparable" y eso... ¡eso es una indirecta!

—Yo creo, al contrario, que eso viene a apoyar mi teoría: a fuerza de escucharla se ha constituído usted en la "inseparable amiga" del oyente, lo que significa un éxito.

—Otro me escribió llamándome "su sombra"... ¿También eso apoya su teoría?...

—¡También!... Ofensa habría si, en lugar de "su sombra", le hubiera llamado a usted "su mala sombra".

—¡Es usted un cínico!... Es usted un...

La voz del speaker cortó el diálogo.

—¡Señorita Gloria!... ¡Vamos!...

—Voy... pero lo que es otro sábado no me pescan... así... como película continuada.

Dijo esto la artista y se dirigió a una de las salas *a reemplazar el disco que terminaba.*

A la "dirección artística" llegó en ese momento el repórter de una revista de radio próxima a ver la luz. Después de los saludos de práctica, las ponderaciones de fórmula y las mentiras de estilo, solicitó fotografías y pidió permiso para que el fotógrafo que lo acompañaba tomara algunas notas importantes, grupos de artistas del elenco, etc.

El "tranquilo director", que sabía que lo de los grupos era imposible porque sólo actuaban en esos momentos Gloria y... los discos, le prometió los grupos para más tarde.

—¿Tienen ustedes un elenco para cada broadcásting? — inquirió el periodista.

—¡No sería posible!... Desorientaríamos al oyente. Nosotros tenemos un sistema especialísimo que es el que hasta ahora nos ha dado mejores resultados: contratamos a un artista y lo hacemos actuar, en forma rotativa, en nuestras seis radiodifusoras. Le hacemos cartel y nos resulta mucho más económico.

—¿Y se conforman con esa manera de explotarlos?

—¡Explotarlos!... Diga usted mejor: *"con esa forma de hacerlos conocer"*. Los artistas piensan que el público oyente se hace esta reflexión: "¡Cuando Fulano actúa tanto, es porque debe ser muy bueno!"

—Y... ¿no piden aumento nunca?...

—Se dan casos, sí, pero... cuando se atreven a pedirlo ya es tarde. ¡Han dejado de interesarnos por demasiado conocidos!...

—Condición esta última que les facilitará la entrada a otra broadcásting.

—Al contrario. De su condición de *"muy conocidos"* pasan automáticamente a la de *"excesivamente gastados"*.

—Y... entonces... ¿qué hacen?...

—Renuncian a sus pretensiones y continúan su rotación por nuestras propaladoras, con la consiguiente rebaja de sueldos, como medida punitiva y como un recurso que nos permita "pagar" a otro que *"quiera hacerse conocer"*. No se puede tener consideraciones, amigo periodista.

En este momento Gloria penetra en la oficina llorando desconsoladamente y diciendo:

—¡Ya sabía yo que este sábado sería fatal!

—¡Tenga calma, Gloria! — se animó a decir el "inconmovible" director.

—¡Qué calma ni calma!... ¿Sabe usted lo que acaban de decirme por teléfono?... Pues que yo era superior a las golondrinas porque ellas no aparecen nada más que en verano y yo lo hago en todas las estaciones... ¡Esto también vendrá en apoyo de su teoría!...

La voz del "speaker" gritó nuevamente:

—¡Vamos, Gloria, a la otra estación!...

—¡Que vaya Rita! — respondió fuera de sí. — Yo no "roto" más.

—Sin embargo — dijo con toda calma el director — su contrato reza...

—El contrato rezará lo que quiera... ¡Para mí como si fuera ateo! En esta casa me han convertido en un tren carreta que toca en todas las estaciones.

—¡Gloria, vamos!... —grita el "speaker". — He puesto el disco de los dos lados.

—¡Pues póngalo usted ahora de canto!

Y, sin más palabras, tomó su carpeta y echó escaleras abajo, murmurando:

—¡Qué sábado, señor! ¡El peor de mi vida!...

—¿Podré dar la noticia de esta retirada? — preguntó el periodista.

—¡Ya lo creo! — contestó el director.

—¿En qué forma?

—En la apropiada para estos casos; ¡se ve que es usted nuevo, mi amigo!... Le voy a dictar... Escriba: "Se ha retirado a disfrutar de un merecido descanso y a someterse de paso a una intervención quirúrgica, la señorita Gloria Hénderson, que durante cinco años actuó en las broadcástings y *en las que pronto reaparecerá*".

—Pero... — exclamó sorprendido el periodista — ¿usted cree que reaparecerá?

—Renunciará a sus pretensiones y comenzará su rotación, aunque con la consiguiente rebaja de sueldos que nos permita financiar la costosa búsqueda de "valores nuevos" en que estamos empeñados.

PIMIENTA EN GRANO

No sé si ustedes conocen la historia del segundo inventor del paraguas. Es interesante y merece la pena recordarla:

Corrido por un aguacero intempestivo un honrado caballero se guareció en el zaguán de una casa y, esperando que escampase, se dió a meditar: — Si este techo que me preserva de la lluvia pudiera prolongarse hasta mi domicilio es evidente que no me mojaría; ¿por qué no techarán las calles para que los viandantes eviten el mojarse en casos como éste que me tiene aquí perdiendo lastimosamente el tiempo? ¡Hombre!, por muchas razones; — se respondió a sí mismo el caballero, — *primero, porque resultaría costosísimo*; segundo, porque oscurecería las calles, y tercero, porque las calles dejarían entonces de ser calles. Mucho más práctico sería buscar el medio de que el techo caminara simultáneamente con uno. Bastaría con un techito de un metro cuadrado, más o menos (en forma circular de ser posible)... Acaso no fuera difícil hallar, además, un material liviano y, entonces... ¡Ya está! le colocaríamos un palo en el medio, lo tomaríamos de ese palo...

Al llegar a este punto nuestro hombre se paró en seco; miró ruborizado a todas partes, y no pudo contener una carcajada. Acababa de descubrir el paraguas por segunda vez.

Nos hemos acordado de este cuento porque el señor Hugo Gernsback acaba de descubrir un dispositivo que, con toda la apariencia de un inocente receptor, es nada menos que un aparato (asómbrense ustedes) para *combatir el insomnio*. Lo ha bautizado con el nombre de Hipnotone y tiene la propiedad de producir ruidos de una monotonía tan enervante que es capaz de hacerlos dormir a ustedes aunque ese mismo día hayan perdido todo el capital en desafortunadas especulaciones de bolsa, aunque sufran el más horrible dolor de muelas que pueda imaginarse y, por añadidura, se les haya muerto la suegra esa misma tarde. Un control de tono permite graduarlo a voluntad, pues se ha evidenciado que el insomnio que provoca un dolor de muelas ha menester de un sonido diferente al que causa, pongo por caso, un disgusto amoroso.

Ahora bien; ustedes y yo y el señor Gernsback (que además de ser un técnico indiscutido es un extraordinario humorista) *sabemos muy bien que el Hipnotone* se había inventado hace mucho rato. Hay en los programas de nuestras radiodifusoras números verdaderamente soporíferos que le llevan la ventaja al invento del señor Gernsback de no necesitar control de tono para surtir efectos segurísimos. Funcionan automáticamente.

Por eso nos hemos acordado del inventor del paraguas.

Sorgo DE ALEPO

CONFERENCIA DE BROADCASTERS SUDAMERICANOS

Los broadcasters sudamericanos reunidos recientemente en esta capital, arribaron, finalmente, entre otras, a *las siguientes conclusiones*:

1) Dar por fundada la Unión Sudamericana de Radiodifusión — USARD — con sede permanente en Montevideo.

2) Encomendar a la mesa directiva de la Asociación Nacional de Broadcasters Uruguayos — ANDEBU — las tareas de organizar la asamblea constitutiva de la USARD, que se realizará en Río de Janeiro en julio próximo, con el objeto de aprobar los estatutos y elegir las autoridades definitivas.

3) Designar autoridades provisorias hasta julio próximo a la autoridades de la ANDEBU, y adoptar hasta entonces, en lo que fueren aplicables, los estatutos de la Unión Internacional de Radiodifusión, con asiento en Ginebra

4) Reconocer un derecho de prioridad a las estaciones por cualquier iniciativa en el modo de propagar que pueda considerarse como una creación o como la adopción de un medio novedoso, y prohibir su aprovechamiento por cualquier otra estación por un periodo no mayor de 3 meses. Este privilegio, su comprobación y su uso será sometido a la decisión de la USARD.

Además se decidió recomendar a la consideración de la próxima conferencia de Radiocomunicaciones, *los siguientes puntos*:

a) Que se divida la banda de broadcásting (550 a 1500 kilociclos) ambas exclusivas, en noventa y seis canales de diez kilociclos de ancho, cada uno.

b) Se llamará canal a una banda de diez kilociclos de ancho, o sea cinco kilociclos a cada lado de la frecuencia asignada.

c) Clasificar a estos canales en libre o exclusivo, semi libre o semi exclusivo y común.

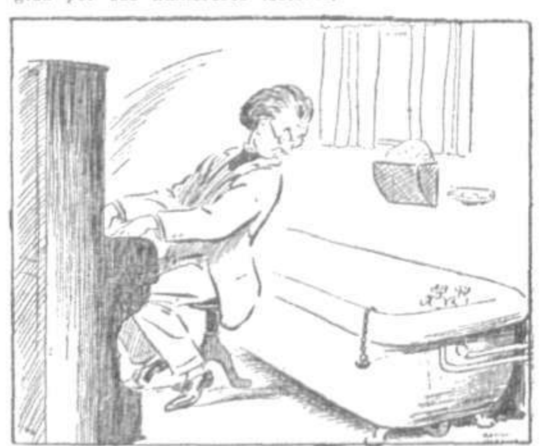
d) Las estaciones se clasificarán en tres categorías: A B C, según que ocupen el canal libre, semi libre o común. La inclusión de cada estación en su correspondiente categoría quedará al criterio de las autoridades del país, dándose preferencia, sin embargo, a las más antiguas.

e) La potencia a autorizarse para una nueva estación será de un mínimo de 100 vatios (medidos en antena, onda continua, sin modular).

"RADIO POPULAR"

Hemos recibido un ejemplar de esta excelente publicación técnica, cuya dirección ha pasado a manos del señor E. Sans Capdevila, ventajosamente conocido en el mundo de la radio.

El flamante director ha impreso a "Radio Popular" una nueva orientación que, sin duda, será bien acogida por sus numerosos lectores.



El pianista de la radio ensaya en su casa el rumor del arroyo.

"IN CRESCENDO"

—¿Cómo va ese espíritu de imitación? — preguntó un humoristq que se las trae al dueño de cierta broadcásting.

—Bien, bien. En pleno desarrollo. Ahora se halla en ese período del crecimiento en que se comienza a arrojar la máscara de la timidez. El muchacho promete, promete... — contestó el destacado broadcáster, sin perder el aplomo ni el buen humor.

Efectivamente, es así. El cine comentado era, puede decirse, hasta hace poco, exclusivo de una sola estación. Pero bastó el sólo anuncio de la enorme cantidad de cartas que recibía el "cinecharleta" para que los demás se apuraran a instalar en sus salas "poderosos" equipos de cine para llegar a la más perfecta de las imitaciones.

Revistas musicales

Mientras algunos preparadores de programas radiotelefónicos parecen estancarse en determinados moldes, otros en cambio, animados por un espíritu inquieto de renovación, procuran introducir en el micrófono notas verdaderamente novedosas.

Tal es el caso de las revistas musicales que se propalan todos los miércoles de 20 a 21 horas por Radio Spléndid en la audición que auspicia la nafta Wico Standard. El doctor Emilio Gouchón Cané ejerce la dirección artística de dichas revistas y el maestro A. Averbuj actúa como director de orquestas y coros. Ambos son, pues, una garantía efectiva de la calidad de los espectáculos a ofrecerse.

AUDICIONES RECOMENDABLES

LA SERRANITA, folklorista nacional, en *Radio Spléndid:* los martes, a las *12.15* y *13.15*; miércoles, a las *22*; sábados, *12.30*, *13* y *13.30*, y domingos, a las *22.15*, *22.45* y *23.15*. En *Radio Rivadavia:* los martes, a las *11.30*, y miércoles, a las *21* y *21.45*.

LAS AMERICANITAS, conjunto americano, en *Radio Sténtor:* los jueves, a las *19*, *19.45* y *20.45*, y los domingos, a las *20.45* y *21.30*.

Orquesta sinfónica de JOSE MARIA CASTRO, en *Radio Excelsior:* los martes, a las *20* y *21.30*; los sábados, a las *17*, *18.45* y *19.15*, y domingos, a las *20* y *21.15*.



Correo del radioescucha

A una "leitora e admiradora" de "Caras y Caretas", San Pablo, Brasil. — Mercedes Simone, contra lo que usted indica, sigue actuando por Radio Nacional en las horas y días de siempre. De modo que nos extraña que usted no pueda sintonizarla como de costumbre.

A Pegaso, Capital. — Alfonso Ortiz Tirado, el cantante mejicano contratado por Radio Spléndid, goza de mucho prestigio en EE. UU. Pero aquí... lo han descubierto los señores Gache y Devoto.

A Radioescucha disconforme, Olivos. — A nosotros también nos molestan los chistes forzados que "improvisan" ciertos "speakers". Es una mala moda que, sin duda, pronto será mandada al archivo, pues, generalmente, el ingenio está siempre ausente.

¡NO ME DIGA, CHE!...

—Que el debut de Fernando Ochoa, por Radio Nacional, fué todo un auspicioso acontecimiento para los aficionados radioescuchas.

—Que el más popular de los artistas del micrófono ha prometido varias novedades para el año en curso, a las que se propone "administrar" sabiamente para que no se le terminen antes de la temporada.

—Que nada ni nadie se libra de ser llevado al micrófono: ahora se anuncia que Trifón y Sisebuta, los héroes de Mac Manus, expondrán sus líos domésticos por radio.

—Que con tal "fausto" motivo, ya imaginamos los conflictos que esta novedad suscitará en ciertos hogares radioescuchas.

—Que Radio Excelsior tiene un excelente número en el conjunto hawaiano "Aki and his hawaian troubadours".

—Que la misma estación se apunta verdaderos porotazos con las transmisiones de los conciertos del maestro español Viñes.

—Que lo sucedido con el fracaso del personaje que quiso imponer un popular actor, enseñará a los broadcasters que el público no es tonto ni se deja impresionar por una propaganda más o menos eficaz.

—Que fué ésa la primera "rodada" de la temporada, y que palpitamos que habrá otras por el estilo.

—Que, por lo visto, los directores artísticos no quieren comprender que teatro y micrófono son dos cosas completamente distintas.

—Que sólo lo comprenderán cuando el mismo público radioescucha tome cartas en el asunto.

Las protestas del público

Señor jefe de la sección Radio-Cocktail "Caras y Caretas".

Estimado señor:

Usted, que desde las páginas de esa prestigiosa revista, no pierde la ocasión de señalar los defectos (¡y cuántos son!) de nuestra radiotelefonía, sabrá hacer un paréntesis a sus tareas para escuchar mi queja. Ahí va:

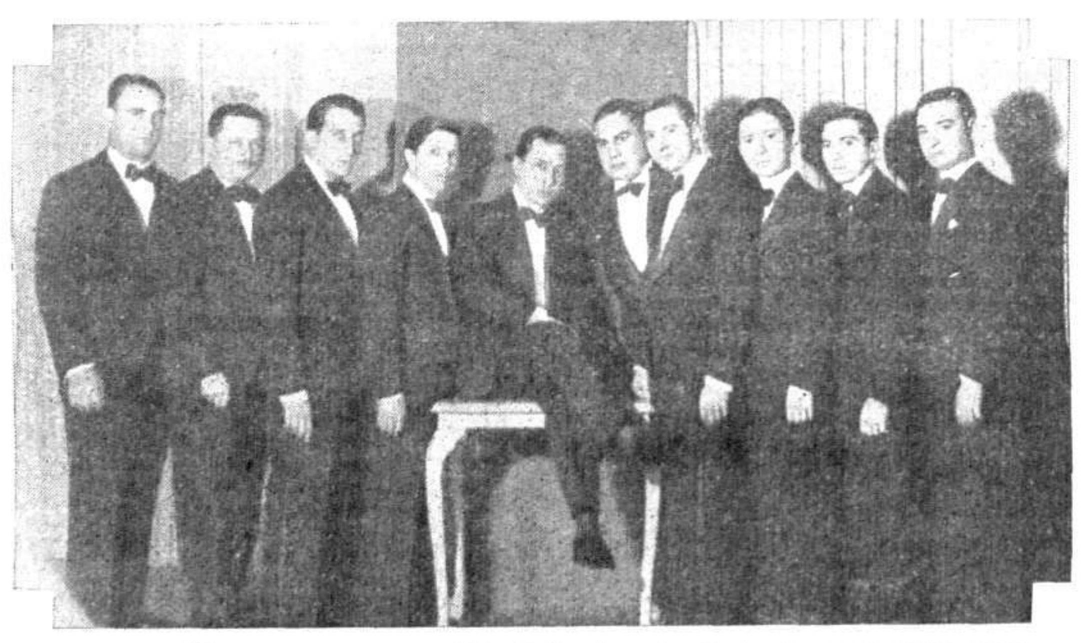
¿Por qué los señores broadcasters reunidos en "concejo deliberante", sin torre ni carillón, no trataron el punto referente a la tediosa simultaneidad de números a ciertas horas del día?

Pues usted no ignorará que de 19 a 20 horas en todas las estaciones hay dúos de guitarra, "estilistas" (me río del estilo) comentaristas (¡cruz diablo!), graciosos o grasosos y así por el estilo. Protesto ¡protesto! y como yo, todos los radioescuchas.

Soy su affmo.

El de la bata verde

EN EL MUNDO



Pedro Maffia, el popular director de orquesta típica, rodeado por los componentes de su conjunto, que ofrece por Radio Esténtor programas constantemente renovados.



El eficaz actor español García León, ante el micrófono de Radio Argentina, improvisa una divertida charla.



Los delegados a la reunión de broadcasters sudamericanos visitando la fábrica de Radio Prieto en compañía de los señores Prieto y Schroeder.



Blanca Podestá y Enrique Roldán, que ofrecieron por L T 8, Radio Rosario, interesantes audiciones.



Don José Macías (hijo), "speaker" y animador de C X 22, Fada Radio, de Montevideo, que hizo una visita a "Caras y Caretas".



Efraín U. Bischoff, poeta y autor teatral que realiza novedosas audiciones por L V 2, Radio Central, de Córdoba.

DE LA RADIO



Florencio Parravicini, Mecha Ortiz, Federico Mertens y Julio Ferrando durante la entretenida audición que brindaron por L R. 9, Radio Fénix.



Los hermanos Neyra, populares ya en radio, visitan los domingos las salas de los hospitales y ejecutan para los enfermos. Aquí los vemos en el Rawson.



Nelly Rubens, la brillante y joven soprano que ha reaparecido ante el micrófono de Radio Excelsior.



Ricardo Palomba Melo (Odracir), que actúa exitosamente como comentarista en L V 1, Radio Graffigna, de San Juan.



Sam Liberman, director de la conocida jazz del mismo nombre, que cada vez afianza más, en Radio Prieto, sus bien ganados prestigios.



La conocida actriz Aída Arce y el maestro Buccini, que debutaron con éxito en la compañía de operetas de Radio Prieto, como primeras figuras.

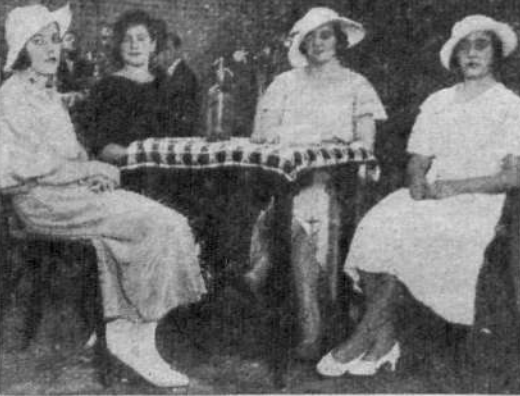
Fiestas sociales en Tucumán





Familias de López de Gas, López de Alvarez y Alurralde, en una de las mesas, durante la velada que se celebró en el parque 9 de Julio.

Animada rueda de distinguidas señoritas y jóvenes de la sociedad tucumana en otra de las mesas en dicha fiesta.





Señoritas de la colonia siriolibanesa, en el vermut danzante de beneficio realizado en el local social de la nombrada colectividad.

Fiesta social en Villa Allende



Familias de Torres, Fotheringhan, Argañaraz, Caciro y Garimendi en una mesa de la brillante velada que organizó el Golf Club.



Señorita Ada Lezcano y subteniente Roberto Abarcu durante un descanso, en animada charla.



Familias de Rodríguez, Martínez, Pons y Torria, comentando la reunión.

El cuatrerismo en el norte argentino

Hemos leído, en "La Voz del Chaco", en una de cuyas últimas ediciones dice:

"Nos llegan reiteradas informaciones sobre el recrudecimiento del cuatrerismo en el norte del Territorio. No se trata ya de carneadas aisladas, hechas por personas necesitadas, recurso extremo de hambrientos y desocupados. Ha adquirido sí magnitud considerable, realizándose arreos de hacienda en gran cantidad sin miedo a las autoridades. Es más. Los delincuentes se han organizado en tal forma que proceden con tranquilidad y seguridad completas, amenazando con represalias de todo orden a quienes le opongan dificultades o los denuncien a las autoridades en busca de represión. En una palabra, se han vuelto azote y peligro permanentes para toda la extensa zona que limita con Formosa y Saita.

Los males que ocasiona el cuatrerismo a los establecimientos ganaderos exige la adopción inmediata de medidas represivas enérgicas, bien coordinadas. Para ello, nunca será eficiente la sola acción de la policía chaqueña, por actividad y celo de que diese prueba. Es indispensable la acción combinada de las autoridades de Formosa, Salta y Chaco. Hay que impedir que los límites de los dos territorios y de la provincia imposibiliten como hasta hoy, la persecución implacable de los delincuentes, su captura y sometimiento a la autoridad judicial. Los cuatreros organizados en banda no deben seguir disponiendo de la ventaja de poder salvarse de la acción policial con pasar de una jurisdicción a otra. Mientras no se salve este inconveniente tendremos que lamentar la ineficacia de todo el esfuerzo de la autoridad local para reprimir el mal.

Entendemos que el procedimiento aconsejado, puesto en práctica, ha de producir efecto inmediato. El cuatrerismo es un mal mientras no hay efectiva decisión de las autoridades para combatirlo. Y esta decisión urge que llegue, para seguridad de los trabajadores y prestigio de las autoridades. Dejamos a la consideración y acción del gobierno del Territorio la sugestión apuntada".

No creemos necesario añadir comentario alguno. Este mal del cuatrerismo está pidiendo, hace años, la implacable persecución de gobernantes y policías. Hace años, pero...



—No sé por qué no aprendes con lo bien que te explica las lecciones la intitutriz.

—Porque a las mujeres no hay quien las entienda.

(De *Gutiérrez*, Madrid)

AUTO-MOTO-CICLISMO

Por PEDRO FIORE

Los golpes audaces en ciclismo

Las cosas fantásticas pasan a menudo en ciclismo. Recuerdo perfectamente, que en una carrera ciclista de París a Brest — 1200 kilómetros en una sola etapa — por el año 1913, el lote de los competidores comprendía siete equipos oficialmente inscriptos y todos muy poderosos. Estaban allí los hermanos Georget, Van Houvert, Lapize, Faber Petit Breton, Maneger, Dortignac, Cornet Maitron y otros más, que corrían en representación de Peugeot, Alcyon, La Française, Le Globe y Clement Gladiador. En una carrera de 1200 kilómetros, fácil es comprenderlo, nadie se apuraba a la largada. Había que andar un día y dos noches y la cosa, por cierto, no era para precipitar el desarrollo del certamen. Treinta ases del ciclismo comenzaron su marcha a 28 kilómetros por hora, cruzaron por Versalles, hicieron la venia al pasar frente al palacio de Luis XV y de otros tantos reyes, ya sin trono, y siguieron unos kilómetros más hacia Rambouillet. Se habían recorrido tan sólo unos 35 kilómetros cuando del medio del pelotón, como si fuera un proyectil de acero, surgió Mauricio Brocco, gran corredor de pista, muy criticado para las pruebas de carretera y considerado también como el "loco lindo" del lote.

¿Qué iba a hacer este pequeño fenómeno que debía construírsele un cuadro especial de bicicleta para que pudiera pedalear?

Y Brocco, sin tener en cuenta aquellas y otras consideraciones, bajó la cabeza sobre el manubrio y se fué solo. Viajó toda la noche, sacó 42 minutos de ventaja al pelotón y cuando creyó que aquello era ya lo suficiente como para que los periodistas hablaran del asunto, entró en una posada, se acostó y durmió tranquilo hasta la mañana siguiente. Todo lo había calculado... hasta la hora máxima en la cual debía enviarse a los diarios las informaciones más importantes.

¿Por qué se había escapado Brocco sabiendo que no resistiría su esfuerzo más de unos 200 kilómetros?... Sencillamente porque Brocco había firmado un contrato con la Alcyon, y la Alcyon en aquellos años debía imponer su nombre en cualquier situación, fácil o difícil.

Se habló de aquella locura durante años y años...

No crean los lectores que el gesto audaz de Brocco fué el único. Puedo citar los del mismo corredor en una Vuelta de Francia; de Gerbi en varias carreras; de Galetti; de los mismos Pelisier; de muchos otros; pero todos han sido planeados, por lo general, al principio de la carrera, es decir, que un corredor se escapa y sorprende al pelotón y se va sin que nadie crea en la seriedad del hecho... Y cuando la luz se abre y entre el fugitivo y los que persiguen hay más de mil metros, la cosa se pone difícil de solucionar.

Pero los golpes de más audacia en ciclismo son los que se intentan cerca de la llegada, cuando veinte o más corredores han ya agotado sus energías a través de un trayecto de cien o más kilómetros y al no haber podido solucionar la carrera en forma definitiva, resuelven recorrer los últimos kilómetros a tren lento para intentarlo todo en el embalaje. Este último golpe es el de más audacia.

* * *

Recuerdo también que en el año 1924 el malogrado ciclista italiano Octavio Bottecchia había sido contratado por la Automoto para correr la Vuelta de Francia y "ayudar" o hacer el "peón" de los Pelissier, ases ya consagrados en el mundo ciclista.

Bottecchia, modesto, se fué a París, aguantó las risitas de sarcasmo de los ases y se alistó en la carrera. Su misión era la de ayudar al equipo y si aguantaba el tren, una vez llegado a unos 1500 metros de la raya final en la ciudad de Le Havre donde finalizaba la primera etapa, debía partir a fondo para abrir el camino a Pelissier, luego abrirse a los 300 metros finales para que el as ganara.

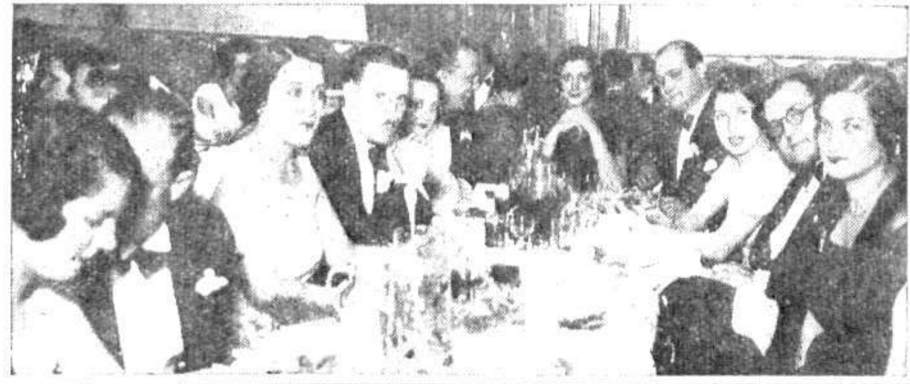
Bottecchia partió a fondo a los 1800 metros. Y tan a fondo empujó sobre los pedales que al mirar atrás, a los 300 metros finales, vió que el pelotón estaba a más de 200 metros... Y optó por ganar la etapa, lo cual le valió una reprimenda del director del equipo.

Alfredo Maturana, aficionado de segunda categoría, actual campeón argentino de resistencia, tenía en el último gran certamen más o menos la misión de Bottecchia. El diminuto corredor de Alcyon sabía que en el pelotón estaban los "sprinters" de su equipo y que nada podría hacer él — por su propia cuenta — si se venía a la meta con otros veinte corredores. Y fué el protagonista del golpe de audacia más sensacional de nuestra época ciclista. A unos tres kilómetros de la meta, "metió la cabeza en el manubrio", se jugó entero. Sorrió primero al lote completo de los otros corredores, luego comprendió que aquello era jugar con el fuego, y por último estimó que aquella era, por lo menos, la locura ciclista más fantástica del año. Y mientras tanto el diminuto corredor de Alcyon corría y corría cada vez más hacia la meta donde el público esperaba la llegada de veinte ases juntos.

A lo lejos Maturana se perdía. Tan pequeño, tan encorvado sobre la máquina, tan casi invisible era aquella silueta ciclista, que su aparecer sobre la raya de llegada sacó de las casillas hasta el más frío calculador de cosas deportivas. Y el gesto audaz le valió a Alfredo Maturana, el título de Campeón Argentino de Resistencia de 1934.

Sin duda los técnicos deberán girar alrededor de este triunfo haciendo frases huecas para demostrar que ha ganado la casualidad... pero al final de cuentas, debo decir muy claramente que este año ha ganado francamente el más seguro de sí mismo, el único corredor quizá que a unos diez kilómetros de la meta final supo considerar su situación y la de los demás, y sin ser egoísta pudo convencerse que entre veinte nada le quedaría seguro y que en estos casos más valía solo que... acompañado de tantos amigos.

Fiesta benéfica en Córdoba



Una de las mesas de la velada a beneficio de la Casa Cuna.



Durante la fiesta, los distinguidos concurrentes hicieron gala de buen humor.

Necrológicas



Señor Fernando Félix Rocha, cuyo deceso ha provocado general duelo.



Señor Rafael P. Zabaleta, quien al desaparecer causó hondo dolor.



Sra. Dolores López de Torrente, cuya muerte enluta a una respetable familia.



Señor Oscar Manuel Ramírez, estudiante de San Luis, de sentida memoria.



Capitán José C. Barraza, de los bomberos de Salta, muy estimado por sus camaradas y amigos.



Señor Raúl Ahumada, víctima de un trágico suceso, que produjo unánime pesar en Rosario.



Señor Ramón Dornaletche, prestigiosa personalidad de Avellaneda.



Señor Saturnino E. Yarnoz, cuyo fallecimiento causó hondo dolor.



Señor Pedro Luisi, comerciante. Su fallecimiento ha sido muy sentido.



Señora Josefa A. Zabala de Arbia, fallecida en General Belgrano (F. C. S.).

De Almafuerte

Aquellos que te aman hasta la adulación, que es una vileza, te odiarán hasta la calumnia, que también es otra vileza.

* Aquel que procede por emulación — que es *un eufemismo escolar de la envidia* — que vaya a parlar de su grandeza en los mentideros subalternos de la ciudad, *o en la trasbodega* de la farmacia de su aldea: nadie tan insignificante que *no signifique* algo para alguien.

* Nunca desciendas a la lamentación, que es la más comprometedora de las confidencias.

* Los pueblos no pueden pasarse sin ídolos; pero tampoco pueden pasarse sin devorarlos.

* Tan indigno del hombre es fingir penurias como averiguar si son ciertas.

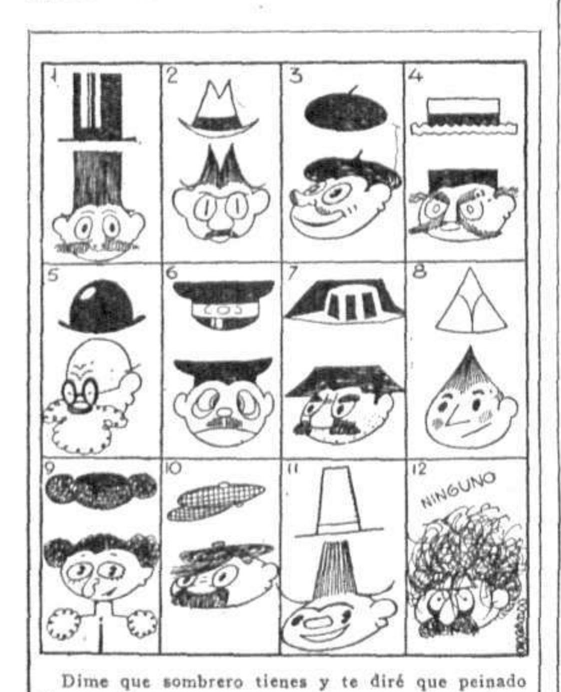
* A veces un gran destino está dormido y viene el dolor y le despierta.

* El dolor para los débiles suele ser una puerta que se cierra, y para los fuertes una puerta que se abre.

* La envidia es una protesta casi siempre justa; hasta cierto punto justa; porque hay injusticia y hay crueldad en llamar a diez mil para elegir a uno solo.

* De diez personas que baten tu llamador, pálidas y llorosas, la cuarta parte se ha lavado la cara con vinagre y se ha untado los ojos con zumo de cebollas; pero que toda lágrima te mueva a su consolación.

* La envidia es planta de clima benigno: no prospera ni en las cumbres ni en los polos, ni en los arenales tórridos. Es dolencia de escolares, de marquesas, de chulas, en las capillas literarias, en las redacciones de los diarios. Se enferma del mal de la envidia, en el trajín de la lucha, las almas mediocres, las que no son ni sal ni azúcar, con motivo de los triunfos de otras almas también mediocres, también insípidas. — *J.*



Dime que sombrero tienes y te diré que peinado llevas.

(De *Gutiérrez*, Madrid)

Cincuentenario del Club Dependientes de Rosario



Cabecera de la mesa en el banquete organizado por la distinguida sociedad, al que asistió el Gobernador de la Provincia.



El primer mandatario santafecino, doctor Luciano Molinas, pronunciando su discurso.



Señoritas que, con todo éxito, tomaron parte en el festival.



El presidente de la asociación, señor Víctor Vilela, agradeciendo la demostración.



Parte del numeroso público congregado en la fiesta, que se celebró en la Sociedad Rural.

Garibotto Ercole "hincha" de Boca Juniors, en el Registro Civil de la sección 4.ª

POR FELIX LIMA

QUÉ le parece, Coancito, se ante d'intrar al Requistro Sevil de inta Boca, por hacer la dobida inscripciún dil mío óltimo purrete, se pasamo por lo de Tonio, se pasamo, e propio de recalada, se tomamo ina botiglia de nebiolín, se tomamo?

—¿Una, Garibotto? — *inquiere el candidato a testigo.*

—¡E anque due, anque! ¿E osté, Loisito, de decir, qué dice?

—¿Yo? Si yo para el vino, don Garibotto, soy como el pesto para la trinetada, soy.

—¡Bravo Loisito, bravo!

—¡Ah, loro! — mojó el otro testigo en puerta de Registro Civil, agregando por lo alto de un cuello de plancha que le embretaba el cogote: — *La tercera botiglia, si hay caso, la pago yo, la pago.*

—Intunce, de dir, se vamo liquero, se vamo, Coancito, Loisito e anque Yovanín.

—¡Cha, qué apurón, don Garibotto, qué!

—¿No sabe osté, Yovanín, que mí propio, ante de la coatro, debo vorver a bordo del "Bartolo Terzo" para hacer livantar la presiún de la caldera, e casi de segoido, salir para Goalegoaychó, rimolcando do patachún in lastre, rimolcando?

—¡Bah!...

—Claro que voy, perque, ¿sabe?, tanto inta Boca come inta Consepciún del Orogoay o Cuncordia, primo la obligaciún, e dopo, la devusiún.

—¿Estuvo el doménica en River, viejo?

—Siempre que m'istoy in tierra, nunca farto coando coega Boca nunca, e coando m'incoentro a bordo in navegaciún, hago del boen ricoerdo para lo mochiacho de lo colore azul y mariyo, que, a ese día y a esa hora, coegan in Rácing o in Horacán, in Platense o in Chacarita, coegan con lo fonebrero.

—Hincha viejo, ¿eh?

—Mi sun socio di Boca dal tiempo in que Roberto Cocrane, fulbac, hacía de la maraviglia con la pelota, hacía.

—Impresiones de hincha futbolístico que... que no naufragan en el Riachuelo del olvido, ¿no?...

—Ya que habla de la impresiún foerte, de decirle le diré que la impresiún que mí foé resebido coando Tesorieri yeguó di Oropa a bordo del piróscafo franchese "Mosella", no se borrará mai de la mia memoria. ¡Ese sí que foé arquero!...

—El regreso de la triunfal gira de Boca Juniors por el viejo mundo, en 1925, si el mate no me falla.

—Recoerdo que coando vi al fenómenos de Tesorieri propio in la borda del "Mosella", propio, m'hizo explusión la caldera de la contentesa, e me puse a gridar ogoal qu'in hincha de River devanti a Fereira. E le metí a la sirena de lo pormone: ¡Eviva Boca Cuniors! ¡Salute, Américo Tesorieri e cumpañía bella! De segoido, foi impucao por la marea del intosiasmo, e m'incontré in la calle, gridando come in loco forioso e senza chaleco de foerza. Armada la manifestaciún, tanto mí come Ludo e Bachicha Pamela, se posimo a caminar in dietro a lo mochacho del coadro vitorioso de Boca, se posimo, e sin darnos coenta, de tanta qu'era noestra cuntentesa, *se yegamo a piese propio* hasta la cancha de Boca, in caye Bransen, se yegamo, se. *¿E ostedes qué hicieron* ese día tanto de la memuraciún?

—Idem de infantería, Garibotto, y de orgullo boquense.

—¡Bravo, Loisito! Así me gusta, perque la Boca, foé recebido como es dobido a so coadro trionfador in Oropa, coadro del qu'era figora saliente Tesorieri Américo. ¡Bravo, de noevo, mochachos!

Tres botellas de nebiolín, ¡oh, los progresos de la *industria nacional*!, y proa al Registro Civil de la sección cuarta, algo escorado el cuarteto.

—¿Italiano?

—Sí, señorita: Garibotto Ercole, patrún del rimolcador "Bartolo Terzo".

—¿Casado?

—¡Eh, Cristo! Aquí tengo la lebreta del Sevil, la coal dice como es dobido, que mí no sun come tanto marinante de la Prefetura, e soldati de lo goardia adoanera.

—¿Edad?

—Mí sun dal novanta e uno, o sea, coaranta tré al presente. La mama del chico, qu'ista la mía siñora, se llama Anunziata Campobasso, Anunziata cun la zeta, come foé escrebido a la cartolina de la lebreta del Requistro Sevil.

—¿Los testigos?

—Juan Martelli, soltero.

—Póngale, siñorita, que hace el oso e anque el novio, con ina chocoloncita papa que vive in calle Pinzún.

—¡No le pregunto a usted! ¿El otro testigo?

—Luis Arcuri, casado, guinchero.

—¿Qué nombres le va a poner al niño?

—Américo, in primo logar, come in homenaque a Américo Tesorieri, el gran goardavalla que foé de Boca, e Mena, in secondo término, para hacer la testimoniaciún de la mía simpatía al otro arquero, que tanto laorel conquistara. ¿Quedaría, intunce, señorita?

—Américo Mena Garibotto Campobasso.

—¡Bravo! Sará otro hincha fotbolístico el porrete, e in coanto tenga lo mese necesario para poder darse voerta in la sua piccola catrera, siguro que al ver a la mamma in la delantera, l'hase la palomita

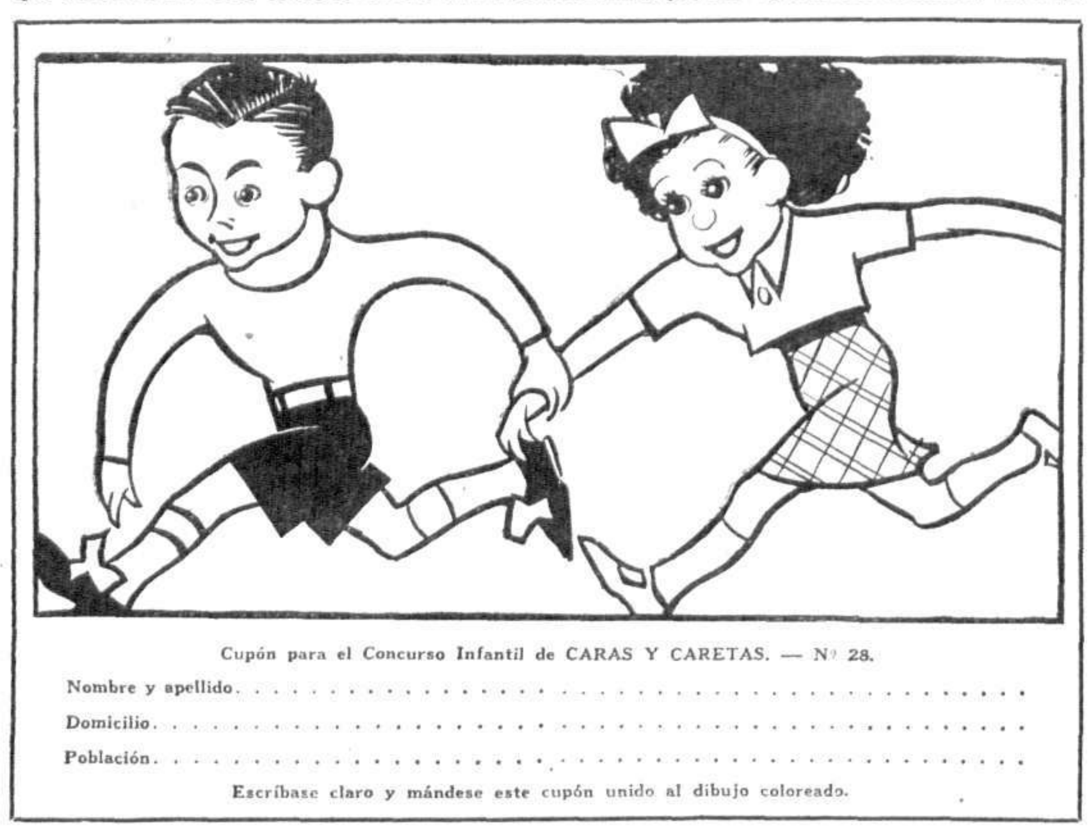


DIBUJO DE CANO

CONCURSO INFANTIL

PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al "gouache" el dibujo que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso Infantil de "CARAS Y CARETAS", Chacabuco Nº 151-155, Buenos Aires. Se otorgarán CIEN PREMIOS *que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.*



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — Nº 28.

Nombre y apellido. . . . .

Domicilio. . . . .

Población. . . . .

Escríbase claro y mándese este cupón unido al dibujo coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del concurso correspondiente al mes de enero, han correspondido a los firmantes con los nombres que a continuación se expresan:

Aguerre, Hugo Abel.
Alvarez, María Esther.
Buggiolachi, Luis María.
Buenaño, Trinidad.
Bolzeri, Ricardo Alberto.
Bedone, Amanda.
Bonomi, Milcíades.
Beranger, Alfredo.
Baltzer, Teresita.
Brets, Lolita.
Bacigalupe, Miguel.
Borgarello Trossero, N. L.
Bessie, Alvarez, Luisa.
Busto Campos, María C.
Beneventano, Domingo.
Ceschi, Julia Haydee.
Carballo, Irma Haydee.
Cesarino, Ricardo.
Coma, Elvira L.
Conca, Elvirita.
Cianchetta, Elisa C.
Carril, Julia.
Comolli, Mechita. ... ...
Coletti, Natividad.
Cheruse, Domingo Pablo.
Chorni Sirant, Sofía.
Di Pietro, Héctor.
Dominici, Flora.
Daguerre, Mirta Norma.
Delorenzi, María Lucrecia.
Ekard Vionnet, Lucy.
Enríquez, Germán.
Esquivel, Raúl A.
Festa, Bruna.
Firpo, Anita Ignacia.
Fernández, Armando V.
Friedman, Nicolás.
Ferani, Rosita A.
Gozzi, Aberto.
Guarneri, María Luisa.
Gutiérrez, Sara Ofelia.
Gómez, Octavio A.
Gemignan, Elvira.
Iribarren, Josefa Leonor.
Iriarte, Celia E.
Iraola, Ruth Fanny.
Lovaine, Diego Isidoro.
Lértora, Julia Leonor.
Laborde, Héctor.
Licata, Rosita.
Lardies, Ana María.
López, Teresa.
Lagana, Carmen.
Mazzanti, Angel.
Martínez, María Matilde.
Monfardini, Pierina.
Messayeh, Rubén A.
Magnasco, Irma.
Mauro Pino, Fernando.
Motta, Carmen.
Montemurro, Domingo.
Mayor, E.
Nesprías, Cora.
Ody, Carlos.
Orduvini, Augustito.
Petrocelli, Nilda.
Paz Pinedo, Blanquita.
Paillás, Carlos Alberto.
Pañart, Antonio.
Palomero, Leonor A.
Parera, Laura.
Palacín, María Angélica.
Poch, Miguel A.
Queipo Texeira, Ernesta.
Rigotti, Pascual.
Robles, Rosa María.
Retes, Oscar N.
Ruzich, Olga N.
Rodríguez, Francisco M.
Rosolino, Amalia.
Recalde, Evelina.
Sklepek, Verónica.
Simunovich, Anita María.
Sotelo, Sara V.
Suller, Rafael.
Sanmarco, Natividad G.
Scala, Acira.
Santillán, Nelda Estela.
Sertal, Elena.
Surigaray, María Laura.
Tschopp, Inés R.
Teves, Nélida.
Valerdi, Julio O.
Vizán, Norma Betty.
Vidal, María Esther.
Vegas, Eusebio.
Valentino, Florentina.
Zeballos, Emma.
Zamora, Rubén J.
Zuza, Mary.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 16 y 17 del corriente, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

El paisano y el gaucho

Cuando se ve un hombre de campo montando un buen caballo, bien vestido, con buen chiripá y un buen poncho, y que habla en estilo de campo pero con cierta decencia, por decirlo así, en las palabras que usa, exclamamos: Este es un paisano.

Cuando vemos, en cambio, un hombre de campo desaiiñado, con mal apero, que anda quebrándose y habla grosera y torpemente, pensamos: Este es un gaucho.

A nuestro modo de ver existen entre el paisano y el gaucho diferencias radicales.

El paisano inspira confianza, el gaucho más bien recelo.

Hay en él algo de astucia y de doblez que hace suponer que esconde en parte su pensamiento.

El paisano bromea y charla en su lenguaje pintoresco, sin segunda intención; el gaucho habla sin que se conozca nunca cuáles son sus fines.

Cuando se trata con paisanos se ve que usan un lenguaje claro, directo; entre gauchos todo se habla como por disfraz, todo se dice con una segunda intención oculta que sólo alcanzan los que están entendidos.

El verdadero paisano es siempre noble; el verdadero gaucho es siempre astuto.

Del primero puede fiar cualquiera, del segundo tienen que desconfiar todos.

El paisano es valeroso y a veces agresivo, pero siempre de frente, avisando cuando va a atacar a alguien para que éste se defienda.

El gaucho es valiente también, pero nunca deja de buscar el modo de sacar ventaja, aunque sea indecorosamente.

El paisano es un hermoso tipo moral, aunque sea tosco, como buen hombre de campo; el gaucho no conoce otra moral que la de sus conveniencias del momento.

El paisano tiene el alma sana, llena de generosos sentimientos, como se lee en su mirada tranquila y fresca; en los ojos del gaucho se lee, en cambio, algo así como un resentimiento social, el rencor del nómade, la irritación del salvaje, ojos inquietos, recelosos, a cuya mirada acompaña y completa su palabra, desconfiada y ambigua, jamás clara y categórica.

El paisano, montado en su caballo, y con todos sus arreos, sabe desenvolverse en el campo, es práctico en esa vida independiente en que hay que valerse de los recursos propios, del ingenio y de los músculos, de la resistencia y la audacia, que constituye el modo de ser del habitante de las campañas argentinas; pero, a pesar de su independencia y su aislamiento, nótase en sus palabras que hasta tiene nociones de derecho y deberes, y que ya alcanza cierto grado de civilización.

El gaucho, no. Conoce también la campaña y el modo de vivir en ella, quizá mejor que el mismo paisano; pero está — y lo ostenta — reñido con la civilización, tiene sentimientos en cierto modo salvajes, y sus ideas son informes y confusas. — *E.*



EN EL POLO NORTE
— Está dando la vuelta al mundo sin escalas.

"Caras y Caretas" en el interior de la República

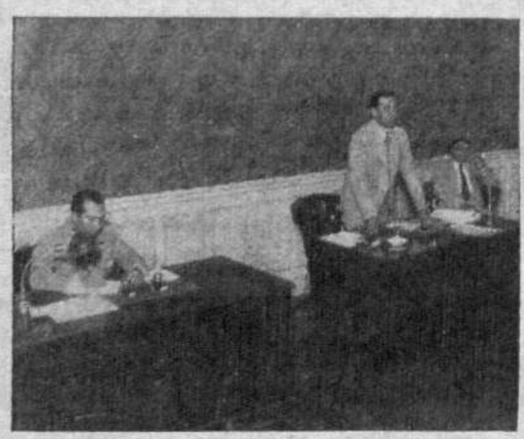
MENDOZA



El señor Pedro Burgos Terán dando la bienvenida, en nombre del gobierno provincial, a los alpinistas que escalaron el Aconcagua.



El gobernador, don Ricardo Videla, y sus ministros, al inaugurar la exposición de frutas frescas que obtuvo señalado éxito.



El ministro de Hacienda, doctor Cano, durante su conferencia sobre la creación del Banco Mixto.



Provisiones que fueron repartidas por la Sociedad de Beneficencia a los damnificados en las inundaciones.



Familias arruinadas por la crecida del río Mendoza, en el momento de iniciarse el reparto de donaciones del gobierno.

"Caras y Caretas" en el interior de la República

SAN LUIS



Demostración a la señora Avelina M. de Landaburu, en el Club Social, con motivo de trasladarse a la metrópoli, agasajo al que asistieron las señoras de Ponce de León, Pérez, Barbosa, Jurado, Noar, Venere, Parelleda, Luco, Arias, Zapata, Rodríguez Saa, Landaburu, Mendoza, L'Huiller, Ponce, Jofré y Sainz.



Durante el lunch, ofrecido a la señorita Clara Landaburu por el personal de la escuela Rivadavia, en casa de la señora Lola de Belgrano Rawson.



Banquete organizado por los correligionarios políticos del doctor Próspero Cantizani, nuevo presidente del partido Demócrata Nacional.

LECTURAS INFANTILES

Peso de los líquidos

¿CÓMO se pesan los sólidos? — preguntó el maestro en la clase de física de aquella tarde.

Nadie responde.

Veamos — dice animando a sus alumnos, — ¿qué es un sólido?

Silencio

— Lo que vemos, tocamos, tiene forma, color y peso, ¿no es acaso un cuerpo sólido? ¿No hemos hablado de esto en otra lección?

— ¡Ah! — exclaman los niños pensando que era tan fácil la definición que acababa de darle el maestro y que ellos habían aprendido y olvidado.

— Bien, ¿recuerdan cómo se pesan los sólidos? ¿Hay que separar algo en ellos?

Los niños se miran unos a otros. Parecen pensar, recordar

Lorenzo levanta la mano. A una señal del maestro se puso de pie y expuso:

— Usted, señor, nos ha enseñado que los cuerpos sólidos se pesan directamente, sin separar nada.

— Muy bien contestado. ¿Les parece entonces a ustedes que con los líquidos se puede hacer lo mismo?

Vuelven a pensar los niños y luego la clase entera exclama:

— ¡No, señor!

— ¿Por qué?

Alberto levanta la mano y dice:

— Para pesar los líquidos hay que colocar a éstos dentro de un recipiente que hay que pesar antes cuando está vacío, y después el mismo recipiente con el líquido.

— ¿Y así tendremos el peso?

El niño vacila en responder.

— ¿Haciendo la diferencia se tiene el peso del líquido solo?

— Sí, señor.

— ¿Todos los líquidos pesan igual?

— No, señor.

— ¿Por qué?

Nueva vacilación de los alumnos que no están seguros de la respuesta que deben dar.

El maestro les aclara la cuestión así:

— El peso de los líquidos varía de líquido a líquido. Por ejemplo: Mientras un litro de agua pura pesa un kilogramo, un litro de alcohol pesa sólo 797 gramos. Si ustedes recuerdan que un kilogramo son mil gramos, comprenderán bien la diferencia que existe entre uno y otro líquido. En cambio, un litro de mercurio pesa 13 kilogramos y medio aproximadamente. Esto nos demuestra que también los líquidos como los cuerpos sólidos tienen densidad diferentes. Y así tenemos que el mercurio tiene una densidad de cerca trece veces y medio mayor que la del agua.

— ¿Qué es el mercurio, señor? — preguntan varios escolares.

— Un cuerpo metálico líquido que se conoce con el nombre de azogue. Es blanco, brillante con un brillo metálico que se parece a la plata. Puede solidificarse. Ustedes lo conocen porque se usa en los termómetros con que se toma la temperatura a una persona cuando está enferma. También se emplea en los barómetros. Bueno, ya hablaremos más adelante de toda la importancia de este cuerpo. Pero, volvamos a los líquidos. Hemos dicho que existen líquidos y líquidos y hemos dado ejemplos. Ahora deseo que ustedes con todo esto que acaban de aprender, hagan una composición breve, sin olvidar los detalles más importantes; recuerden al agua pura y el alcohol.

Reciente la lección los niños se inician a la tarea con todo entusiasmo.

ADELIA DI CARLO





Banquete a un exintendente



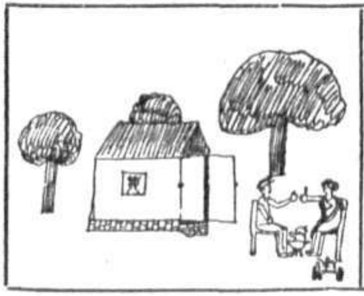
Aspecto parcial del gran banquete ofrecido por el vecindario de Bragado al señor Enrique L. Cevallos, en reconocimiento de la proficua labor realizada como intendente de la progresista localidad.



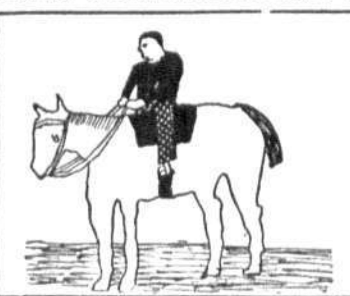
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, y de tamaño de postal. Deberán tener el título de lo que representan, y al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: "Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS, Chacabuco 151".



548. — Mateando.
Sara E. Peralta.



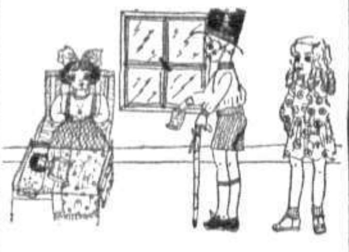
549. — Juan en su pingo.
Rubén Evequez.



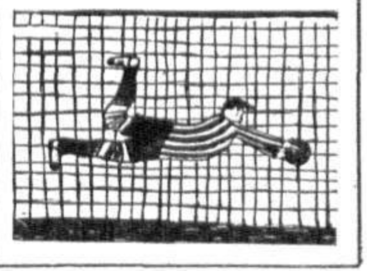
550. — Maneco y su amigo.
Esther D. Unúrraga.



551. — Cuadro campestre.
Nilda Borello.



552. — La muñeca enferma.
Esther Ochoterena.



553. — Una buena atajada.
José Luis Escobar.

ENCANTADORA VELADA

POR

E. G. GLUCK

▼▼



EL, 35 AÑOS, AMABLE.
ELLA, 28 AÑOS, HERMOSA.

(Un comedor. El señor y la señora están cenando. La comida es excelente y la señora está de un humor exquisito)

ELLA. — ¿No tomas más perdices?

EL. — ¡Fíjate que me he servido dos veces y abundantemente!

ELLA. — ¡No hay dos sin tres!... (*amablemente*) ¡Vamos!

EL. — ¡No! ¡Termina tú! ¡A ti te gusta tanto como a mí.

ELLA. — ¡Es posible!, pero me causa más placer verte comer, que comerla yo. Pareces tan feliz...

EL. — Te ruego... insinúas que soy glotón.

ELLA. — No, dame tu plato.

EL. — Si es una orden, obedezco.

ELLA (*vaciando el contenido de la fuente en el plato del marido.*) — ¡Ahi está! Si es que no te agrada la perdiz, pide otra cosa.

EL. — ¿Es un reproche?

ELLA. — Absolutamente, es un cumplido que me corresponde, ¡pues yo preparé este plato! ¡No es la cocinera, soy yo!... Comprendo que ha de estar bien, cuando le has hecho el honor de...

EL. — ¡Evidentemente!... Me apresuro a felicitarte. Una cena suculenta como ésta, con una mujercita deliciosa como tú, ¿no es acaso el mejor remedio contra la neurastenia?

ELLA (*riendo.*) — ¿Temes la neurastenia?

EL. — ¡Con los sinsabores que me ocasiona la administración! ¡Este año hubiera tenido que ascender a jefe de la oficina! Me han dicho que era demasiado joven...

ELLA. — ¡Lamentas ese defecto!

EL. — No lo lamento, pero me ha afectado mucho esta decepción (*la boca llena.*) ¡Ves... he perdido el apetito!

ELLA. — Ya veo... ya veo... Con tal que te quede lo suficiente para comer los huevos a la nieve que...

EL. — ¿Hay huevos a la nieve?

ELLA. — ¿Y por qué no?

EL. — Es verdad... por qué (*un momento, dudando*). ¡Mi querida, mi querida! Tengo una idea atroz.

ELLA (*afectando asustarse.*) — ¡Cielos!

EL. — Estoy intranquilo de verte tan linda...

ELLA. — ¡No!

EL. — ¡Eres demasiado hermosa!... Además he notado que cada vez estás demasiado bonita y que la comida es perfecta... absolutamente perfecta, como esta noche, he observado que la exquisitez de los platos y de tu humor es una compensación anticipada a un suplicio que me aguarda.

ELLA. — ¿Sabes que eres un profundo psicólogo?

EL. — ¡Oh, profundo!

ELLA. — Sí, sí. Hablo seriamente.

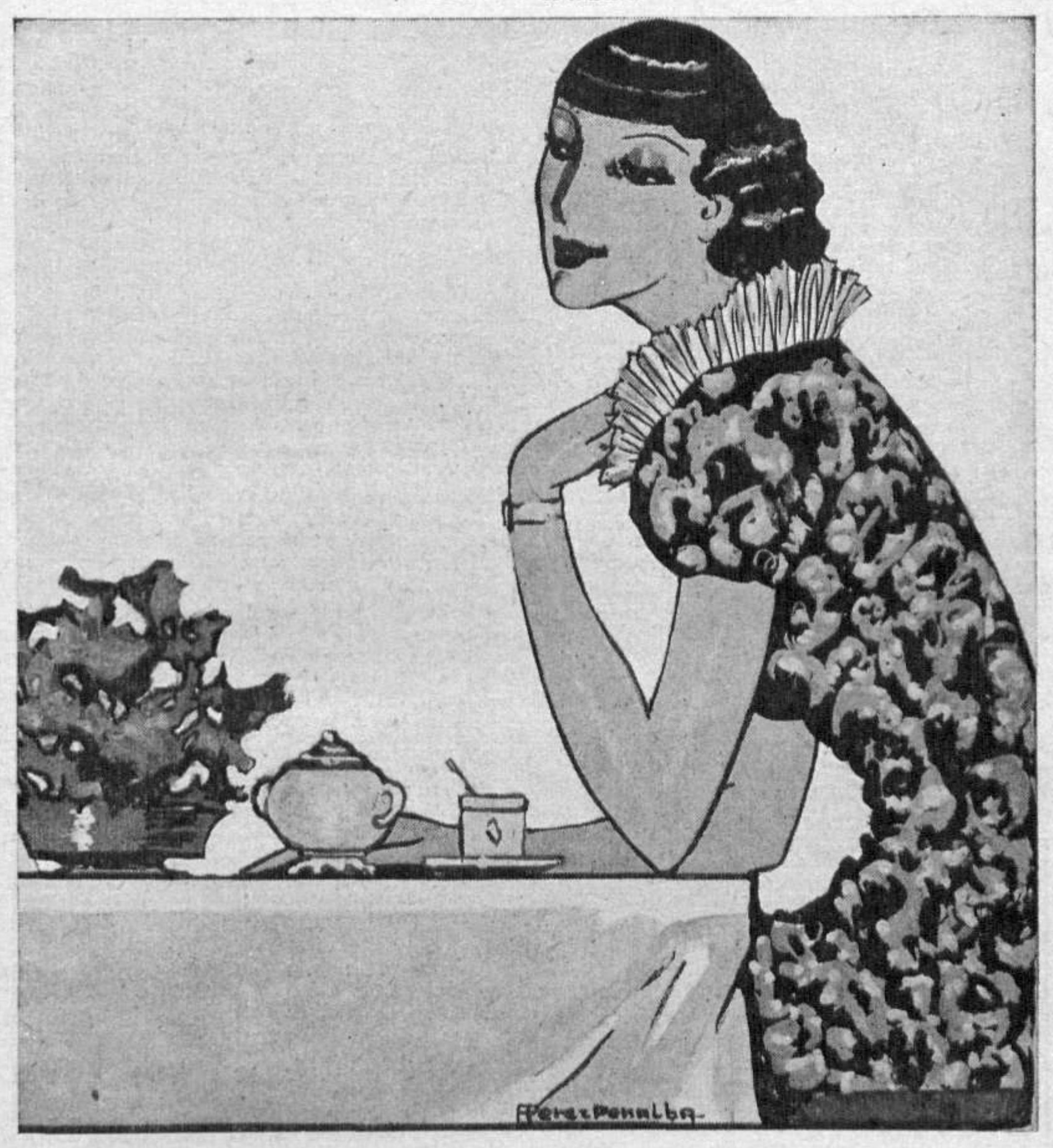
EL. — Entonces tengo motivos de estar apenado. Te ruego, querida, abrevia mi tormento. Dime pronto qué accidente me espera.

ELLA. — Desde luego no es un accidente.

EL. — ¡Ah!

ELLA. — Para juzgarlo como un accidente tendrías que estar muy malhumorado y sin querer adularte puedo decir que tú tienes muy buen carácter.

EL. — Queridita, te ruego... ni un cumplido



más, de lo contrario voy a asustarme... Dime pronto...

ELLA. — ¡Ah!

EL. — ¡Debe ser espantoso!

ELLA. — ¡Pero no!

EL. — ¡Habla entonces!

ELLA. — ¿Sabes qué estoy pensando?

EL. — No.

ELLA. — ¡Pues bien, pienso que mamá tiene razón cuando dice que te tengo miedo!

EL. — ¿Eso dice tu querida mamá?

ELLA. — Sí... y no se equivoca. Me doy cuenta... ¡te temo!... Sí, sí... Tengo miedo cuando frunces el ceño... ¡Nunca me percaté como hoy!

EL. — ¡Dios mío! ¿Qué me espera?

ELLA. — Si no te temiera, no tendría la precaución de amansarte con pequeñas golosinas y mimos. ¿Quieres que te lo diga? ¡Pues bien! Cuando reflexiono me encuentro humillada... Es verdad, una mujer no debe temer de disgustar a su marido...

EL. — ¿Qué será lo que me espera, Dios mío?

ELLA. — Hace ocho días... ¿Comprendes? Ocho días que he aceptado... una invitación de la señora de Remagne.

EL. — ¡Uf! ¡Era esto! ¡Una invitación de la señora de Remagne!

ELLA. — ¡Oh!, ya sé que no la quieres.

EL. — Nada, porque es una mala lengua y una pécora pretenciosa; pero aun quiero menos que a ella sus reuniones.

ELLA. — Es decir, que no te gusta la sociedad; eres muy casero.

EL (*abatido.*) — ¡No soy muy casero! Evidentemente me encuentro mejor en mi casa que en la casa de las personas que me desagradan, como los de Remagne.

ELLA. — Pero allí se encuentran...

EL. — ¡Bah! ¡Bah! Engreídos que lucen su smóking en casa de tus amigos *(resignado)*. ¡En fin! ¡Tengo el agradecimiento del estómago! La perdiz deliciosa hará pasar los enojosos Remagne... ¿Para cuándo es este suplicio?

ELLA. — ¿No te dije? Pero, para esta noche.

EL (*saltando.*) — ¡Para esta noche! ¡Ah, no, no! (*Con tono de reproche*). ¡Ah! esto está mal... después de esta cena tan rica, ir a casa de... ¡No,

de veras! ¡Hubieras debido advertírmelo antes! ¡La sorpresa es demasiado fuerte! Tan fuerte como desagradable... Voy a hacer mala digestión...

ELLA (*sonriente.*) — ¡Pobre mártir!

EL. — ¡Oh, te puedes reír! ¡No dudarás de mi contrariedad! Hubiera sido feliz quedándome aquí.

ELLA. — ¡No compadezcas tu suerte! ¡Vas a concluir por hallar mucho de qué quejarte! Vé a vestirte mejor... Tu traje está preparado... Tu corbata blanca te espera...

EL (*obediente y afligido.*) — ¡Ah, mi velada miserablemente perdida!

(*Dos horas más tarde, un taxi los lleva hacia el petit hotel de los de Remagne. Ella está alegre, pero su buen humor no convence a su marido, que rezonga contra los de Remagne, los diseña con colores poco halagüeños, los acusa de falta de tacto, de farsantes... Cuando llegan a la calle donde habitan sus "amigos", oyen un gran barullo*).

EL. — ¿Serán tan numerosos los invitados que causan este bullicio? (*asoma la cabeza por la portezuela*). ¡Oh, Cielos! ¡Hay un incendio! ¡Dios mío, si sólo fuera en la casa de ellos!

ELLA. — ¡Qué malo eres!

EL. — ¡Palabra de honor! Es... ¡es el hotel de ellos que arde!

ELLA (*asustada.*) — ¿Cierto?

EL. — ¡Mira!

ELLA. — ¡Oh, Dios mío!

EL CHOFER (*interviniendo.*) — Señor, no puedo avanzar más... Hay una barrera...

EL SEÑOR. — Bien, bien... bajaremos... (*A su señora*). Quiero verlo de cerca. (*Satisfecho*). ¡Nunca dudé de la Providencia! ¡Pero hoy sí que estoy seguro que existe!

ELLA. — Si tú te crees espiritual...

EL. — Qué quieres... ¡es la emoción que me paraliza el espíritu!

(*Ordena al chofer y dejando a su esposa en la vereda, se aventura cerca de los vecinos valientes y desinteresados que, esperando la llegada de los bomberos, combaten el incendio con baldes de agua... ¡Qué imprudencia! Un gracioso lo toma por al brazo y lo arrastra bruscamente*).

EL CHISTOSO. — ¡Miren un refuerzo!

UN OBRERO. — ¡Ah! El señor elegante... Haga la cadena como sus camaradas. (*Y le puso un balde lleno en la mano*).

VARIAS VOCES. — ¡Si, sí! ¡Perfectamente!

EL CHISTOSO. — ¡Esto te enseñará a venir a ver cómo trabaja el pobre pueblo!

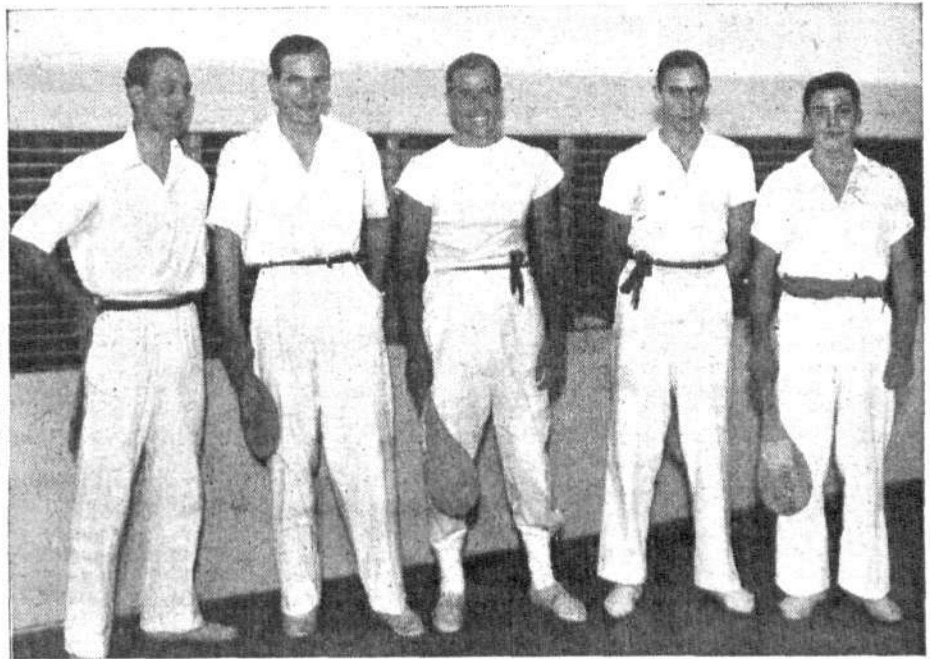
(*El señor comprende que lo mejor es no resistirse. Si tratara de escabullirse correría el riesgo de recibir un poco del agua destinada a apagar el fuego... Grita a su señora desolada que tome el coche y con mucha conciencia cumple su papel de salvador improvisado. Su actitud le vale la aprobación general... "¡Bravo, el hombre del tubo! ¡Bravo, el aristócrata! ¡Es un tipo estupendo!" grita la multitud que, un rato antes, se sentía dispuesta a hacerle pasar un mal rato*).

EL (*halagado por los elogios, decía entre sí.*) — Evidentemente, no es ésta una velada encantadora. De todas maneras, prefiero hacer la cadena y no la reverencia ante la señora de Remagne... ¡Ay, sí!... ¡Y lo que más me consuela es que mi mujer está cien veces más desesperada que yo de esta aventura!

TRADUCCIÓN DE E. C. Q.

DIBUJO DE ALICIA PEREZ PENALBA

Los deportes en Rosario



Los jugadores Eloy Estévez, Arturo Nelsen, Wilfredo Parody y Carlos Oxilia, que intervinieron en el campeonato de pelota, organizado por el Club de Gimnasia y Esgrima.



Team de la Asociación Argentina Amateur, que irá a Europa, y que en un match nocturno empató 2 a 2 con un eleven del Newells.



Equipo del Newells Olds Boys, rival del combinado Amateur, defensor de sus colores en dicho encuentro.



POR EL MUNDO DE LOS DEPORTES

Actuará en Buenos Aires Gene Sarazen

En estos días llegarán a Buenos Aires los profesionales norteamericanos de golf, Gene Sarazen y Joe Kirkwood, invitados especialmente por las autoridades de la Asociación Argentina de Profesionales de Golf.

Los dos jugadores que vienen con el propósito de actuar en nuestros "links" son figuras que se destacan con relieves propios por la actuación sobresaliente que han tenido en los torneos más importantes realizados en los últimos años.

Joe Kirkwood ostenta el título de campeón de Canadá, pero es indudable que la figura de Sarazen, ganador del campeonato abierto de Gran Bretaña de 1932, y varias veces campeón de Estados Unidos, tiene para los aficionados y profesionales mayor atractivo, por cuanto se trata de un deportista universalmente conocido.

Gene Sarazen se inició como "caddie" a los 8 años en el club Apawamis, y fué posteriormente asistente en los clubs Brooklawn Country y Fort Wayne Country, llegando a hacer sus primeras armas de jugador profesional en 1921 en el Teitsville Country Club. Sus notables condiciones para la práctica del deporte se evidenciaron al año, cuando en 1922 ganó el campeonato abierto americano, ocupando en el mismo certamen el tercer puesto en 1927 y el quinto en 1928.

En los años 1922 y 1923, ganó también el campeonato americano de profesionales, y ya en 1925 obtuvo un triunfo resonante en el campeonato metropolitano abierto de Estados Unidos al clasificarse en el primer puesto, precediendo a destacados jugadores.

En un "match challenge" entre Oakmont y Wetschester, en Baltimore, a 72 hoyos, no obstante ser en ese entonces un jugador consagrado, afianzó más aún su prestigio al vencer a Walter Hagen por 3 a 2.

Su actuación en Inglaterra le ha dejado también muy gratos recuerdos, pues ganó en el año 1923 el campeonato de profesionales del norte y se clasificó segundo en el campeonato abierto de Gran Bretaña en 1928, y tercero en 1931. Fué vencedor del torneo de profesionales de Miami y se impuso igualmente en el certamen realizado en Agua Caliente, en Méjico.

Y una ratificación más de la personalidad deportiva de este jugador, radica en el hecho de que integró el equipo representativo de América en los "matches" realizados con Gran Bretaña en 1927, 1929 y 1931.

Tendrán, pues, los aficionados argentinos la oportunidad de ver actuar a un jugador con una larga y brillante foja de servicios. La permanencia de los dos golfistas norteamericanos en nuestro país será aproximadamente de una semana.

Aunque no se ha trazado definitivamente el programa de actividades de los mismos, además de las exhibiciones que harán en nuestros "links" se tiene el propósito de concertarle a Sarazen un partido a 72 hoyos con el profesional argentino José Jurado, en cuyo caso se jugarían 36 hoyos en una cancha y 36 en otra. El partido se realizaría, según los informes que me han suministrado, a pedido del jugador norteamericano.

La esgrima argentina en las pedanas europeas

Una opinión autorizada sobre la actuación que han tenido los esgrimistas argentinos en su última excursión por los países europeos, es la de Angel Pérez Franco, que acompañó a la delegación en calidad de secretario y como enviado especial de "La Prensa".

Entusiasta cultor del noble deporte de las armas, buen camarada y amigo, me resultó fácil abordarlo para que me diera sus impresiones sobre el desempeño de nuestros tiradores. Le hago una pregunta, e inmediatamente le dejo la palabra:

"Dejando de lado todo lo que se ha dicho sobre ese viaje, cabe ahora interrogarnos: ¿Han triunfado los nuestros en las pedanas europeas? Yo creo que sí, en lo que concierne a demostrar que tenemos una esgrima propia, elegante, artística, y, por sobre todo, eficaz, a pesar de las circunstancias desfavorables en que han actuado y la rapidez casi cinematográfica con que tenían que subir a las pedanas europeas a enfrentar a campeones que figuran entre los esgrimistas de primera línea, los que, como es lógico suponer, descansados y preparados de antemano, los ponían a dura prueba.

"Sí, nuestros muchachos han triunfado en toda la línea. Los he seguido a través de su peregrinación artística por Italia, Suiza y Francia, cunas de la esgrima clásica, y puedo asegurar que la suya ha sido toda una revelación, tal vez porque en estos momentos se está abandonando allí los viejos cánones del arte exquisito, debido a las exigencias del ambiente de cada nación, que impone victorias a toda costa, aun sacrificando reglas fundamentales del arte de las armas.

"De que nuestra esgrima se ha impuesto en Europa por medio de los maestros argentinos, lo demuestran también las expresiones con que el público que asistía a los encuentros expresaban su admiración:

"— Bellos esgrimistas, plásticos y cerebrales — decían en Italia y Francia los entendidos, después de cada match disputado por los nuestros, añorando quizás los tiempos de oro de su esgrima — Lástima — agregaban — que sean demasiado escolásticos — refiriéndose con esto a su línea impecable, su guardia clásica y su noción exacta de la medida y el tiempo. Y este defecto, achacado a los nuestros y que fué otrora el orgullo de la esgrima de esos países, resultaba así el mejor elogio para los argentinos, los que hacían revivir, en cada presentación, las emociones de un arte que allá se va olvidando y que retoña vigoroso aquí, trasplantado por los Pini, los Merignac, los Scarani y otros artistas de la pedana que escapan a mi memoria.

"Por lo demás, si fueron para hacer esgrima y aprender, han cumplido ampliamente su programa, pues han hecho aquélla en el más alto concepto de la misma, y aprendido muchas cosas que fortalecerán su cariño hacia el arte clásico, sin dejarse llevar por el falso miraje de triunfos basados en arrojos acrobáticos o recursos raros de otra índole.

"Y así como se fueron, silenciosos y modestos, han regresado nuestros muchachos, trayendo en su haber un campeonato de Europa, ganado en un match de florete que será memorable, cuando Alberto Luchetti venció a Eduardo Gardere, otro de sable obtenido por el maestro Lullo contra el campeón de Francia Tournon, y varias otras victorias alcanzadas en Italia y Suiza, gracias a la excelencia de nuestra esgrima".

— ¿Y qué impresión le merece la esgrima que se practica en Europa?

"Mi impresión es, que salvo honrosas excepciones, no es la que conocimos aquí por intermedio de los grandes maestros italianos y franceses, que dejaron su esencia y su belleza en nuestros institutos militares y en las pedanas de los aficionados. Exigencias de un cerrado patriotismo y luchas de preeminencias locales en las grandes competiciones, han creado en Europa la llamada esgrima de combate, hecha toda de fuerza y de acrobacia, con lo que se va dejando de lado el arte y la línea, y, sobre todo, la objetividad estética de los grandes encuentros de otras épocas.

Somos, pues, los depositarios del viejo credo esgrimístico, y dada la situación actual de la esgrima europea, con un poco que sigamos trabajando, seremos también los que ocuparemos los primeros puestos en las próximas competiciones mundiales.

HECTOR RAMOS OROMI

LA NOVELA DEL JUEVES
TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

LA SOMBRA PERDIDA



Por Gilbert Charles





PUEDE ser que digan que estoy loco, pero no me importa, y mi familia puede hacerme internar si quiere, me río de ello terriblemente. Sí, terriblemente. Es la única palabra que conviene a esta vida insensata en que se ha tornado la mía. Ya os veo sonreír con malicia, como diciéndome: "¡Esa vida insensata: siquiera por una vez ha dicho la verdad!" Pero, yo sé también que estas cosas tienen para mí una evidencia soberana: la vida de ustedes es absurda, y ustedes no son más que canarios. Si mi vida es insensata, no es porque yo desvaríe, sino porque el mundo no tiene sentido.

He aquí que me extravío de nuevo: no es de filosofía de lo que yo deseo hablarles, ni de cosas que ustedes tomarían por pretenciosas futesas; no es de un hecho, de una revelación y de una angustia, cuya luz y cuyo sufrimiento me iluminan y me anonadan. ¡Y si yo diera argumentos a la locura de ustedes, ella sería más terrible que la que ustedes me imputan; ustedes no han contado nunca en mi vida y a partir de esta noche los borro a todos, los elimino de una manera más decisiva que si los matara.

Yo no recuerdo muy bien cómo empezó todo esto en mi espíritu, pero sí recuerdo maravillosamente el primer acto que me produjo esta inquietud y la sorpresa que ello causó a todos cuantos me rodeaban. Ciertamente, no sospechaba en la bajeza y en la ferocidad del mundo, o, si se quiere, en su falsedad. Yo podía imaginar fácilmente todos los disgustos que ciertas actitudes podrían acarrearme. No importa: no podía evitar el hacer ciertos gestos y el pronunciar ciertas palabras, pues yo obedecía a una fuerza interior más fuerte que todas las consideraciones de prudencia.

De prudencia y de amor propio. Y, sin embargo, el amor propio no intervino en seguida en los hechos. Muy al contrario, yo me he sentido a menudo humillado por las diferencias comprobadas entre la común humanidad y yo, y no ha sido sino adquiriendo una consciencia más exacta de las cosas que llegué a axaltar mi orgullo. Este orgullo, en su origen, no fué muy evidente. En efecto, se apoyaba en el desprecio hacia las personas que me rodeaban, frente a las cuales me sentía superior, pero sin la creencia de que fuera único. Yo pensé, he pensado largamente, que otros hombres sufrían como yo, tanto como yo, tal vez más que yo, por la mediocridad triunfante. Hoy he llegado a comprender que ellos terminan siempre por adaptarse. Yo, no. Lo que llaman mi locura, no es otra cosa que una rebeldía que no terminará sino conmigo.

Era en los últimos días de un otoño triste y hermoso. Nuestra casa se erguía en medio de los pinos y de las encinas. A quinientos o seiscientos metros de ella pasaba la carretera bordeada de plátanos con hojas claras. Habíamos terminado de almorzar y tomábamos el café debajo de los árboles. Hacía aún mucho calor y las moscas pasaban zumbando a través de un polvo dorado. Estábamos mi padre, mi abuela, mi hermana y yo. Mi padre era un hombre alto y pesado, de rostro muy rojizo y dormitaba dulcemente al calor y a la luz, mientras algunas gotas de sudor le nacían en las raíces de sus cabellos raros, rodaban por su frente y se detenían un instante en sus espesas cejas. Mi hermana, que se casó después con un hombre que la quería, era ya lo que es hoy; falsa, delgada, bastante afectada, con su mirada dura; sensual y mala, estoy seguro de ello, y amante del dinero, lo que es bastante común, ¿no es verdad? Y lo que me indigna más es que todo esto está demasiado lejos de mí.

Mi abuela vestía de negro desde la muerte de su marido. Era una mujer inmensa y angulosa, con unas manos y unos pies de unas medidas verdaderamente extraordinarias. Para ella, una familia no era más que una razón social, y lo que ella llamaba su economía, yo digo su avaricia (y nunca he sabido establecer bien la diferencia), consistía en que ella no amaba absolutamente el dinero, sino las dignidades que él confiere. Ella hubiera deseado que su familia hubiera sido la más rica del cantón. Así quería hacer sentir su autoridad. Este carácter rígido era, sin embargo, susceptible de alguna ternura; pero austera, desagradable, ineficaz, no podía ni quererme ni detestarme de una manera absoluta. Yo era el heredero de la familia, pero un heredero indigno. Ella sufría, pero yo no puedo llegar a compadecerla.

Esta descripción es, sin duda, un poco larga, pero es indispensable. El cuadro que se presentaba a mis ojos era éste: mi padre adormecido; mi hermana inclinada sobre un diario de modas, y mi abuela dedicada a su tejido, volviendo de cuando hacia mí su mirada severa y descargándome no sé qué violenta irritación.

Mi garganta se oprimió de pronto, sentí en mis párpados cierto ardor y un calor súbito en mi frente. Un peso indefinible hacía penosa mi respiración; a cada segundo me parecía que mi corazón iba a dejar de latir. Me levanté, asiéndome con fuerza a mi sillón de mimbre y grité: "¡Yo sé, a pesar de todo, que el mundo existe!"

Luego me puse a sollozar.

▼

Mi padre se restregaba los ojos, sobresaltado; mi abuela se había levantado de su asiento con un gesto trágico, y mi hermana me miraba con un gesto de desprecio.

En el momento más fuerte de mi crisis nerviosa este espectáculo me dominó de una manera irresistible y algunas palabras que estaban destinadas a ellos fulguraron en mi cerebro:

—¡Aturdido, aturdido, Agripina ultrajada, pécora, pécora!

Pero en el mismo momento en que escribo, no puedo afirmar si pronuncié esas palabras.

Lloré durante casi dos horas, con grandes sacudidas que me conmovieron enteramente, y a mi sufrimiento y a mi ansiedad se mezclaba por momentos una extraña, una poderosa alegría. Se había llamado al médico, que me aplicó una inyección, y me sumí pronto en una lenta e indecisa sonnolencia, con los ojos cerrados, pero siempre despierto.

En una pieza alargada, mi padre y mi abuela conversaban con el médico. Mi oído se había puesto increíblemente sensible, y oí estas palabras:

—Antes de fin de semana lo llevaremos a Bayona, para que lo vea el profesor Lestrade.

Y aun cuando a ellos no les importaba mi voluntad, recibí aquella decisión con la más completa indiferencia.

▼

No está en mi propósito entrar en los detalles de estas incidencias.

El profesor Lestrade se empeñó en persuadirme de que debía ir a pasar algunos meses en una casa de salud. Empeño bien inútil; pues yo estaba decidido de antemano a hacer todo lo que ellos quisieran.

Cuando se duda de la realidad del universo, ¿puede importarnos estar en un lado o en otro?

▼

La casa de salud estaba compuesta de varios pabellones muy amplios, diseminados en un parque lleno de verdor y de aguas vivas.

No era una prisión demasiado afligente, y me resigné bien pronto a una vida que no me parecía muy rigurosa.

Por la mañana, a las ocho, mi enfermera venía a despertarme y me conducía a la ducha. Luego yo volvía a mi cama, reposaba, y calmada mi excitación, me sentía casi feliz. Me traían el té, los diarios, a veces algunas cartas. El médico venía a verme a eso de las diez, y entonces conversábamos largamente. Era un médico joven, limpio, bien vestido. Me habitué sin mucha pena a sus visitas.

Antes de almorzar, yo iba a dar un paseo por el parque.

¡Apacible paseo; monótono rodar de los días!....

▼

En esta calma y en este reposo, terminé por descubrir un vacío.

Esta existencia vegetativa vivida en un apacible retraimiento no podía dejar de provocar al fin una reacción en mí.

El gusto por el cambio de ambiente bastaría para explicarla, pero será necesario agregar que yo había hecho provisiones de energía y que era preciso gastar de alguna manera la salud que me había vuelto. Este nuevo vigor se traducía en frecuentes insomnios. No era que tardara en dormirme, sino que me despertaba a medianoche y esperaba durante horas enteras algo que no venía nunca.

El invierno reinaba ahora sobre el parque.

Yo abría la ventana y miraba largamente el musgo cubierto de nieve, los árboles que tendían hacia la noche sus ramas desnudas, a veces una luna blanca y fría que hacía brillar en la sombra mis vidrios estriados de escarcha.

Una noche, a eso de las dos (el aire era vivo y puro y me quemaba el rostro), creí percibir sobre un lejano macizo una forma ligera que ondulaba débilmente en un silencio inimitable.

No soplaba siquiera una onda de viento.

Me pareció que esta incierta aparición iba desenvolviendo una larga echarpe transparente que subrayaba su marcha insensible.

Y creí por un instante que un rostro me sonreía a través de la noche como el recuerdo de un paraíso perdido y como la promesa de una felicidad misteriosa.

▼

Poco a poco y de noche en noche, la imagen se fué precisando más y más.

Las más diversas fantasías creaba mi espíritu alrededor de aquel vestido de nieve, en torno a aquel vestido de luna.

Los libros que leía, las más bellas palabras de amor que han atravesado los siglos, unían sus prodigios en un encantamiento henchido de presentimientos y de sortilegios. Seguramente pareceré ridículo si digo que evoqué entonces, en la apariencia de un mundo desaparecido, un hada, el genio de la soledad y de la desolación.

Distinguía fácilmente todas las curvas de su gran cuerpo blanco y rubio, y los ojos, sobre aquella forma apenas entrevista eran de una luminosidad que no pertenece a nuestro pobre planeta: tenían un fulgor impío, un invencible relampagueo.

Pero siempre se me perdía su rostro.

Cuando esta sombra victoriosa se disolvía en la bruma de la mañana incipiente, yo me quedaba algunas veces en mi pieza, durante largas horas, soñando con aquellos rasgos realmente divinos.

¿Había sido víctima de alguna alucinación?

Era muy posible.

¿Es que aparte de la realidad, en el mundo de la ilusión, no hay nada más

fértil, más lógico, más armonioso que este conjunto de fenómenos incoherentes en que los hombres encuentran sus satisfacciones? ¿No reserva él los más bellos placeres y esta fulgurante claridad que desgrana en algunos las tinieblas entre las cuales nos debatimos?

¿Una ilusión amorosa de esta naturaleza no me introducía en una realidad más profunda, en un más secreto conocimiento de las reglas y de las operaciones del espíritu? Pues el espíritu es amor, o no es nada.

Los hombres no son tan malos como se los cree, pero sí son más bestias.

Yo guardé para mí el secreto de aquellos encantamientos nocturnos, si bien el médico me creyó curado, como ellos dicen. Yo podía, según él, mezclarme de nuevo entre "mis semejantes".

¡Qué amarga ironía!

¿Encontraría yo fuera de esta casa a la hija del silencio y de la noche cuya presencia y cuyo recuerdo le daban color a largas horas de mi vida?

▼

PARA finalizar mi convalecencia, decidieron enviarme a Saint-Tropez, donde pasaría los últimos días del invierno. Y allí debía quedarme durante la primavera y todo el verano.

La sensación de plenitud física que da el clima mediterráneo a quien viene del frío, fué suficiente para distraerme de mis pensamientos durante algunos días.

Es verdad, yo no olvidaba a mi desconocida amiga, pero soñaba con ella como con una graciosa figura surgida desde el fondo de la tristeza y del fastidio, para sonreírme.

En el hotel donde me había instalado podía comer a pleno aire. Desde una gran terraza, escaleras con balaustradas descendían hacia el mar, a través de un pequeño bosque de pinos, para llegar hasta una pequeña ensenada donde el agua era clara y tibia.

Mis días eran tranquilos y perezosos.

Yo siempre he amado el mar. Me bañaba, y fumaba innumerables cigarrillos, tendido sobre las rocas que brillaban al sol, duras y negras en medio de la tierra rojiza y del agua verde y azul.

Cuando caía la tarde, interrogaba ávidamente a las colinas secas, a los senderos pedregosos, a las anfractuosidades de la costa. Hubiera deseado ver reaparecer a mi compañera. Pero sólo me respondía el murmurio aéreo del mar al chocar contra las rocas.

▼

UNA vida de tal manera inactiva corre más pronto de lo que se supondría, y yo, para reconocerme, no tengo, en la sucesión de mis días, más que el recuerdo de ciertas obras que ocuparon mi retraimiento.

El verano resplandecía.

Un calor duro, crujiente, establecía su imperio sobre nosotros desde por la mañana. Después de cenar, en la noche pesada, yo bajaba a la villa e iba a beber algunos vasos de cerveza en un bar que estaba sobre el puerto. Imagino una especie de largo colador del que cuelgan papeles multicolores, y dentro de este colador, una baráunda danzante. Los hombres y las mujeres tenían pequeñas mantillas rojas, azules o blancas, a veces rayadas, que dejaban los brazos, los hombros y la garganta desnudos. Este traje tan simple y al mismo tiempo tan alegre, le daba a aquel espectáculo un no sé qué de libre y de triscador, de amable júbilo.

El sábado era día de gala. Esto significaba que el precio de las bebidas era más caro y que los clientes eran invitados a disfrazarse. Con los medios más elementales se rivalizaba en ingeniosidad. Tuvimos así un baile de negros, un baile de "apaches" y luego (es a esto a lo que yo quiero llegar), un baile tahitiano. Un baile tahitiano parece una cosa bastante simple: una pieza de seda alrededor de la cintura, y todo está dicho. Bien pocos habían adoptado este vestido, y la mayor parte llevaban, más o menos felizmente, hojas y rafia.

Fué entonces que observé a una alta mujer de cabellos rubios y que, no obstante su rubicundez, me pareció una reina salvaje. Con los pies desnudos dentro de las sandalias de cuero, bailaba con un aire grave y casi religioso. Alrededor de su cuerpo palpitaban, tales las ligaduras rotas, guirnaldas de hojas y trenzas de rafia dorada como su cabellera. Yo me sentía emocionado por aquella gracia primitiva y fiera que se desprendía de cada uno de sus gestos, de su danza casi inmóvil, y de sus ojos límpidos, y tal emoción no

era solamente la que se experimenta delante de una mujer joven y hermosa, sino que tenía un principio indefinible de angustia y de melancólico placer Una advertencia obscura me ordenaba reconocerla y, en mi incertidumbre, un sentimiento de euforia (¿cómo decir, sino así?) nacía en mí, se desarrollaba, comenzaba a invadirme. Yo me entregué a ella sin esfuerzo, pues adivinaba la aproximación subterránea de un amor más puro que el de los hombres, la perfección de la serenidad.

La visión de aquella hija del norte, de su piel clara a través del vestido de hojas, me introducía en un universo donde las viejas leyes que pesan sobre nosotros en este mundo absurdo perdían toda autoridad y, asimismo, toda semejanza de razón. Yo participaba en una existencia más noble, más compleja, más sabia a la vez y más ingenua; yo respiraba un aire sin mancha.

No sé cuánto tiempo duró esta contemplación. La joven pareció observarla, y no se asombró de ello. Si ella exteriorizaba alguna sorpresa, nuestro reconocimiento no se efectuaría. Yo lo sabía, en efecto, con la brutalidad de un golpe de fuego: en aquel cuerpo de carne y de sangre vivía el alma misma que danzaba en la nieve y en la noche helada.

¿Creéis que hice un solo gesto?

Había visto sus ojos y sabía que en adelante en cualquier parte del mundo que yo fuese esta muchacha vendría a darme su fuerza y su frescor.

Cuando volví al hotel, ubicado sobre la colina ya envuelta en las sombras nocturnas, me sentía lleno de felicidad. No era una felicidad, compréndanme bien, una pequeña felicidad humana a nuestra talla, sino un ritmo tranquilo y seguro, una llama obstinada. Yo sabía, por lo demás, que mi vida ya no necesitaba explicaciones: rechazaba todos los comentarios de los filósofos; poseía una certidumbre infinita. La felicidad se había encarnado en mí. He aquí el hecho en torno al cual todo debería girar.

▼

VARIAS noches volví a ir al bar del puerto. Yo mismo no sé si esperaba la llegada de mi amiga: ella me había dado una cita, una de esas citas a las cuales no se puede huir. Volví a verla una vez, hacia medianoche, y leí en sus ojos que no había llegado la hora en que ella debía hablar, pero cuando esa hora llegara, ningún poder podría impedirle acudir junto a mí. Después me pareció que me decía provisoriamente adiós.

Fué algunos días después de eso que abandoné Saint-Tropez.

▼

DESDE varias generaciones, mi familia posee, al borde de la costa "Landaise", una rústica villa. Es una casa muy sencilla, construída en madera, la que ha sido estucada al exterior, con colores vivos. Está bastante deteriorada, pues mis padres no han ido allí durante veinte años; pero es cara a mi corazón desde mi infancia. Fué en ella, en efecto, donde pasé las más bellas horas de mis vacaciones, en aquella época feliz de la vida en que no tuve ni tiempo para martirizarme, ni para que la vida se revelara ante mí en todo su salvajismo.

Aquellas soledades del Extremo Oriente ofrecen a menudo a la fantasía los más graves paisajes, una profunda y magnífica desolación, una grandiosidad que triunfa en el silencio y en el olvido.

Cerca de la casa corre un arroyo que va a desembocar al mar. Nace en un vasto lago de orillas plateadas donde los nenúfares muestran entre los juncos sus blancas corolas que flotan sobre el agua sombría, urna del rocío. Entre el lago y el mar, la corriente serpentea en medio de una vegetación casi tropical. Una viajera me dijo un día que aquel espectáculo le hacía evocar el recuerdo del Paraná. Y es que, en efecto, entre los abedules y los álamos blancos se ve a menudo aparecer alguna victoria, suntuosamente extendida sobre las aguas, o la flor roja del hibiscus.

¡Cuántas veces, acostado en el fondo de un barco, he paseado mi inquieta nostalgia bajo esas bóvedas de verdura! Es que allí encontraba yo el reposo. Allá, todo me hablaba de sabiduría y de resignación. Mis incertidumbres se resolvían en indiferencia. Yo me abandonaba enteramente en una pereza deliciosa. Mis más grandes preocupaciones consistían en entreabrir algún libro o en tomar el fusil para ir a la duna, en compañía de un perro negligente, en procura de alguna tórtola demasiado tonta para caer bajo el tiro de un cazador distraído.

En esta frontera de Europa occidental, me emocionaba profundamente con la idea de que no tenía frente a mí más que aquella llanura y aquella masa del océano, la marejada del Atlántico durante miles y miles de kilómetros, y podía arriesgarme a suprimir del universo lo que no era yo. Sentado sobre la duna, donde crecen el hinojo amargo y el cardo, me pasaba las horas construyendo hermosos sueños en el viento del mar.

Los días que más me agradaban eran tal vez aquellos del equinoccio, cuando el furor del viento hace crecer desmesuradamente las mareas y en que las olas, rompiéndose contra las dunas, arrancan grandes bloques a sus murallas de arena. Entonces pensaba en los cataclismos y en el aniquilamiento, en medio de las sordas explosiones y de los rugidos de aquel mar cenagoso.

▼

ERA una noche como las demás noches. El sol terminaba de abismarse en una gloria sangrienta, y yo remontaba tranquilamente la alta duna dirigiéndome hacia la pequeña cabaña donde un pescador me daba de cenar. El calor decaía, y cuando llegué a la cumbre de la duna, me sentí envuelto por un cierzo helado que venía de la selva próxima y que traía un penetrante olor a resina. Tuve un brusco escalofrío.

Un perro, desde el otro lado de la corriente, ladró largamente contra las primeras sombras.

En mi alrededor reinaba el admirable y funesto encantamiento de la soledad.

▼

EMPUJÉ la puerta y recibí en el rostro el calor de una gran fogata de leña. El "Sarcelot" me sonrió y me trajo una silla arrimándola hacia el rincón de la chimenea. Lo llamaban así porque este pescador era también cazador de "sarcelles" (cercetas) del país. Y, como vió que yo tenía frío, me preparó una taza de café en el que no economizó el coñac.

El viejo pescador me quería bien: cuando yo era niño, me enseñaba a cazar con tramperas o me fabricaba barriletes, siempre contándome magníficas historias.

Mientras yo tomaba la sopa de cebolla y comía encurtidos de oca, entraron varios pescadores. Habían pasado casi toda la tarde cerca de la embocadura del arroyo dedicados a la pesca y venían a solicitarle al "Sarcelot" hospitalidad hasta el alba, en que irían a vender sus pescados en las ciudades. Ellos me conocían desde hacía tiempo y me saludaron afectuosamente. Eran gentes simples y rectas, duros para el trabajo, con las manos y el corazón rugosos. Pero eran pescadores y marinos; no eran paisanos como los otros. No lo sabían ellos mismos, pero tenían en la sangre el gusto de la aventura y, tal vez, el sentido de lo maravilloso.

En aquella pieza obscura, en la que alternaban el reflejo de las altas llamas y las grandes sombras que surgían de la chimenea, se formaban para mí sueños ardientes y nefastos, un mundo de fantasmas y de hipótesis.

Un viejo pescador de abundante bigote blanco, evocaba las ruinas y los cadáveres que la guerra había depositado sobre aquella costa desolada. Y a la muchacha de su relato, esa muchacha hinchada por el agua marina y cuyos cabellos pálidos se mezclaban a un collar de perlas sin igual, yo la imaginaba con su silueta solitaria resbalando en medio de los pantanos y sobre las dunas en esta noche en que se oían los gemidos del viento y los gritos agudos de los chorlitos que huían de la furia del océano.

Estas fúnebres imágenes debían, naturalmente, dirigir mis pensamientos hacia aquella otra forma femenina que se deslizaba sobre los macizos en el silencio estrellado de una noche de escarcha. Y, bruscamente, me sentí derribado por la angustia.

Esta angustia que me había poseído durante tantos días y que yo había logrado olvidar, volvió a despertar en mí con un vigor no igualado.

Vi en ella algo así como un signo que venía desde lejos, algo como el anuncio de algún gran acontecimiento que decidiría mi destino.

¿Cuál?

Yo no lo imaginaba siquiera, pero sabía que mi desconocida amiga se había comprometido, y que era allí donde nuestras dos vidas volverían a reunirse.

Yo temblaba de fiebre, de ansias y de miedo, como sometido a la influencia de algún brebaje, como librado a presentimientos sin medida.

La puerta gemía a cada ráfaga de viento.

El humo de la alta chimenea estaba brutalmente diseminado sobre los muros ennegrecidos de aquella cabaña, y, en la sombra que no lograban disipar ni los leños de pino ni la débil luz de una lámpara a querosén, mi perro se puso a gemir dulcemente.

Fuí presa de un sentimiento tan intolerable, que le dirigí un puntapié a aquel animal fiel, para que cesara en su largo llanto.

Yo sabía que ocurriría en la noche algo que exigiría mi presencia, y, sin embargo, no salí.

El temor me paralizó al franquear aquella puerta, y me impidió abandonar aquel abrigo donde resonaban voces humanas, exitándome el ir a hundirme en una sombra llena de advertencias terribles.

Y, por otra parte, ¿cómo escapar a una orden que yo sentía en todo su rigor?

Mi suerte, hoy en día, está muy lejos de ser envidiable, seguramente: pero la prefiero cien veces a las tristes horas y minutos que he pasado entre los muros de aquella cabaña, a la espera de peligros inevitables.

No pienso que todos los hombres sean como yo, ya lo he dicho, pero creo, sin embargo, que puedo tener hermanos de infortunio.

¿No les ha ocurrido, en un día de sol, estando en presencia de un hermoso paisaje, rodeados de amigos a quienes ustedes aman, obscurecerse todo en torno y buscar vanamente una respuesta a una pregunta no formulada, a una pregunta eterna?

Nada interesa en ese momento más que aquella respuesta que no se halla, y toda la belleza del mundo no es más que un señuelo, una máscara brillante que esconde horrorosos secretos.

A aquella hora de la noche, tal era mi estado de ánimo.

Pero, en aquella cabaña castigada por el viento y mientras rugía el mar, aquella inquietud tomaba una intensidad desesperada.

Mi perro había reanudado su llanto y rasguñaba la puerta.

Fuera de mí, me levanté, saludé a los pescadores y salí.

Me sentí en seguida envuelto enteramente por la borrasca. La bruma ponía en mis labios el sabor amargo del yodo.

Un rayo rasgó el cielo en un largo trecho, y a su luz percibí la alta voluta de una ola sobre una playa de apocalipsis.

Me dirigí hacia mi casa. Se hubiera dicho que mi perro buscaba rastros sobre la arena. Y cuando quise abrir la puerta, vi que no estaba cerrada...

▼

NINGÚN poder humano, estoy seguro, habría podido impedirme que entrara. Y, tan pronto como hube franqueado el umbral, sentí dos brazos que me rodeaban los hombros y una boca temblorosa que buscaba la mía.

En medio de la obscuridad más profunda y del ruido de la tempestad, he conocido un amor que está por sobre todas las palabras, un amor en el que toda el alma trabajó y fué fecundada...

Pero esto no les interesa a ustedes y yo prosigo estos recuerdos en silencio.

▼

A la mañana siguiente, cuando me desperté, estaba solo.

Me levanté y busqué de pieza en pieza.

La casa estaba vacía.

Entonces lancé un fuerte grito, corrí hacia la duna y me arrojé sobre la arena, sollozando.

Hubiera deseado morir allí, sin moverme.

Cuando quisieron arrancarme de aquella arena donde yo quería aniquilarme, sé que me resistí con furor.

Por fin me llevaron, y no recuerdo más lo que siguió.

▼

ESTÓY nuevamente en la casa de salud. Sin duda mis padres esperan que aquella hija del silencio y de la noche no llegará nunca hasta mí.

Pero se equivocan. Una pieza cerrada no es la prisión que ellos creen; pues se abre a todos los vientos del espíritu.

No tengo más que esperar y espero.

Puede ser que esta noche...

▼ GILBERT CHARLES ▼

A PUNTA DE LAPIZ

Por Caballé

Integridad moral

—Lo admiro porque mantiene su línea de conducta.

—¡Pero si es un mentiroso!...

—¿Y qué tiene que ver? Mantiene su línea de conducta en la mentira, tanto, que se arrepiente después de haber dicho una verdad.

¡Esa docencia!...

—¡Esos profesores de literatura!... Le preguntan a mi hijo que quién es Zorilla y como les contestara que el campeón argentino de natación lo aplazaron. ¡Brutos!

—No, brutos no. Acaso ellos se referían al centre - forward de Independiente.

Nouveau-riche

—¡Qué hermosa biblioteca! ¿Tiene algo de Shakespeare?

—¿Por quién me toma? Todo lo que tengo es mío.



Celebración obligada

—¡Juro solemnemente no beber más una sola gota de alcohol!

—Te felicito sinceramente. Es una actitud decisiva en tu vida.

—Te invito a tomar un copetín, para festejarla como se merece.

Al diablo, con sus armas

—Constituyamos una entidad contra los juegos de azar.

—Para ello hace falta capital. ¿De dónde lo sacaremos?

—Nada más sencillo: organizando una rifa con premios en metálico y una tómbola.



Meditación usuraria

—Si presto al treinta por ciento, la justicia me condena. Si no presto nada, no recae sobre mí ninguna sanción penal. Sin embargo, si en el primer caso perjudico al acreedor en un treinta por ciento, en el segundo lo embromo en un cien por ciento.



Examen de moral

—Vamos a ver. ¿Cuál es para usted una buena acción?

—La que da el quince por ciento de dividendo.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.—	Trimestre	$ oro 2.—
Semestre	„ 5.—	Semestre	„ 6.—	Semestre	„ „ 4.—
Año	„ 9.—	Año	„ 11.—	Año	„ „ 8.—
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del corriente año	40 „	Número atrasado del corriente año	50 „		

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año . . . . $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

Olivar Fundador del Aceite Clase Bau.



Ni con cepas del año ni con olivos nuevos se puede obtener un OPORTO o un BAU.

OBTENER UNA PLANTACION DE OLIVOS CUYOS FRUTOS NO SEPAN AL TERRUÑO, ES OBRA DE SIGLOS: SOLAMENTE CUANDO LA TIERRA QUE LOS SUSTENTA, DE TANTO DEPURARSE, YA ES MAS DEL CIELO QUE DE LA TIERRA (PRIVILEGIO DE LA VEJEZ) EL FRUTO O SEA LAS OLIVAS LLEGAN A DAR LA CLASE - BAU. — UNICA «URBI ET ORBE».

TAL ES LA CUNA DEL ACEITE DE OLIVA CLASE - BAU MARCA BAU.

AÑO XXXVII.—Nº 1854
14 DE ABRIL DE 1934

TALLERES GRÁFICOS
DE CARAS Y CARETAS